

**LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO A PARTIR DEL DISCURSO
NARRATIVO COMO UN PROCESO SEMIÓTICO.**

CARLOS GERMÁN CELIS ESTUPIÑAN

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE IDIOMAS
MAESTRÍA EN SEMIÓTICA**

2008

**LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO A PARTIR DEL DISCURSO
NARRATIVO COMO UN PROCESO SEMIÓTICO.**

**Trabajo de grado como requisito para optar al título de
MAGÍSTER EN SEMIÓTICA**

POR:

CARLOS GERMÁN CELIS ESTUPIÑAN

Bajo la dirección de:

PhD. ANA CECILIA OJEDA AVELLANEDA.

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE IDIOMAS
MAESTRÍA EN SEMIÓTICA**

2008

TABLA DE CONTENIDO

LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO A PARTIR DEL DISCURSO NARRATIVO COMO UN PROCESO SEMIÓTICO.

Introducción	1
1. LA NOCIÓN DE “DISCURSO NARRATIVO” UNA DIALÉCTICA ENTRE SEMIÓTICA E HISTORIA	
Introducción	5
1.1 LA HISTORIA COMO RELATO	9
1.1.1 Los argumentos contra la narratividad	11
1.1.2 De la historia contada a la de los historiadores	11
1.2. EL RELATO DE FICCIÓN	11
1.2.1 La Semiótica narrativa de Greimas	14
1.3. LA FUNCIÓN NARRATIVA O LA VIDA COMO RELATO	18
2 LA FUNCIÓN ONTOLÓGICA DEL TEXTO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO DESDE UNA PERSPECTIVA SEMIÓTICA	25
Introducción	25
2.1. SEMIÓTICA DE LA CULTURA	26
2.1.1. El Texto. Una mirada desde la semiótica de la cultura	27
2.1.2 Las funciones del texto:	29
2.2. EL TEXTO DESDE LA FILOSOFÍA REFLEXIVA Y LA HERMENÉUTICA	31
2.3. HACIA UNA ONTOLOGÍA DEL TEXTO DESDE UNA PERSPECTIVA SEMIÓTICA	37
3. LA CONDICIÓN NARRATIVA DEL SÍ MISMO.	
Introducción	40
3.1. FUNDAMENTACIÓN CONCEPTUAL DE LA NOCIÓN DE SÍ MISMO.	41
3.2. LA IDENTIDAD PERSONAL	47
3.3 EL SÍ MISMO Y LA IDENTIDAD NARRATIVA	50
3.4. LA CONDICIÓN NARRATIVA DE LA VIDA: ENTRE DESCRIBIR Y PRESCRIBIR	54
3.5. LAS CONSECUENCIAS ÉTICAS DE LA VIDA COMO RELATO	56
3.6. SOBRE LA INICIATIVA COMO EJE CONFIGURADOR DE LA ACCIÓN EN LA IDENTIDAD NARRATIVA	58
CONCLUSIÓN	65
BIBLIOGRAFÍA	68
ANEXO	70
EJERCICIO DE APLICACIÓN	71

RESUESPA

TITULO: * LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO A PARTIR DEL DISCURSO NARRATIVO COMO UN PROCESO SEMIÓTICO *

AUTOR: CARLOS GERMÁN CELIS ESTUPIÑAN**

PALABRAS CLAVES : Texto, Semiótica de la cultura, Semiosfera, Arco hermenéutico, Sí mismo, Interpretante.

CONTENIDO:

La discusión en torno a la noción y la función del texto representa gran pertinencia al interior de las disciplinas que investigan el lenguaje y los procesos de construcción de sentido. Así, este escrito pretende ser un aporte que, desde la investigación en semiótica, permita el encuentro entre teorías; en este sentido se enfrentan dos perspectivas, en apariencia opuestas, sobre el texto, una la inaugurada por Iury Lotman con su propuesta de la semiótica de la cultura y por otra parte la hermenéutica reflexiva de Paul Ricoeur; el objetivo es mostrar como éstas ópticas se articulan en torno a la hipótesis que propone al texto como una mediación que tiene implicaciones tanto en la construcción ontológica del sí mismo como en la constitución de la cultura.

* trabajo de grado

** Universidad Industrial De Santander, Facultad De Ciencias Humanas, Escuela De Idiomas, Maestría En Semiótica, Director, Phd. Ana Cecilia Ojeda Avellaneda.

RESUMEN FRANCÉS

La discussion au tour de la notion et de la fonction du texte est devenue très pertinente à l'intérieur des disciplines dont leur sujet de recherche est le langage et les processus de construction du sens. Cet article prétend être un apport qu'en partant de l'investigation en sémiotique permette la rencontre de plusieurs théories sur le sujet. En ce sens on confronte deux perspectives, apparemment opposées sur le texte, l'une inaugurée par Iury Lotman sur la sémiotique de la culture, et l'autre, proposée par Paul Ricoeur dans son herméneutique réflexive. L'objectif est montrer l'articulation des deux perspectives au tour de l'hypothèse qui propose le texte comme une médiation qui a des implications aussi bien au niveau de la construction ontologique du soi même comme dans la constitution de la culture.

SUMMARY

TITLE: THE MEDIATOR FUNCTION OF THE TEXT ON THE ONTOLOGY CONSTRUCTION OF THE SELF FROM A SEMIOTIC PERSPECTIVE.*

AUTHOR: CARLOS GERMÁN CELIS ESTUPIÑAN**

KEY WORDS : Text, semiotics of culture, “Semiosfera”, “Arco hermeneutico”, Onne self, Interpretante,

Discussion about the function and notion of the text deals great pertinence within the disciplines that investigates language and the construction process of sense. In this way the following writhing attempts to be a contribution that starting from the semiotics research allows the theory meeting, two perspectives about the text apparently opposite, are confronted; on one hand the proposal about semiotics of culture by Iury Lotman; and on the other hand the reflexive hermeneutica by Paul Ricoeur. The objective strives on showing how these points of view articulate around the hypothesis that stands the text as a mediation that implies the ontology construction of one self and the constitution of the culture.

* work of grade

** University Industrial the Santander, Faculty the Sciences Humans, School Idioms, Masteries of Semiotic, Direct, Phd. Ana Cecilia Ojeda Avellaneda

LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO A PARTIR DEL DISCURSO NARRATIVO COMO UN PROCESO SEMIÓTICO

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende ser un apoyo conceptual para la investigación en literatura, particularmente al interior del proyecto “Postulaciones del estado nación en la literatura colombiana del siglo XIX”, adscrito a la Maestría en Semiótica de la Universidad Industrial de Santander. El punto de partida está signado por la proposición de una hipótesis que será el eje orientador que marque el curso de su desarrollo. Se trata, inicialmente, de reconocer la importancia que tiene para la vida humana la construcción del sentido, proceso que sucede a partir de la mediación de signos y símbolos, especialmente los que se configuran como productos culturales que contribuyen a la comprensión de sí mismo. En este orden de ideas, se plantea la hipótesis de que es posible una dialéctica entre las identidades personal y colectiva que confluyen en la noción de sí y desde allí, realizar una construcción argumentativa que muestre la posibilidad de la construcción del sí mismo a partir del discurso narrativo como un proceso semiótico.

Para tal efecto, es necesario indagar acerca de la naturaleza de los conceptos que configuran el enunciado de la hipótesis. Por tal razón, se plantea en el primer capítulo la noción de discurso narrativo. Esta parte tiene un carácter descriptivo y explicativo en la que se propone mostrar el proceso metodológico que da lugar a dicho concepto, y así hacer una aproximación a la función narrativa. La noción de “discurso narrativo” surge como una propuesta de filósofo francés Paul Ricoeur ante la dificultad que se enmarca en la discusión existente a partir de la oposición entre el relato histórico y el relato de ficción. Dicho enfrentamiento, tiene como base la concepción de verdad que subyace a cada una de estas formas discursivas; en el caso de la historia su fundamentación teórica se ancla en la filosofía analítica de la historia y en la historiografía francesa. En el relato histórico, la verdad es una pretensión que se ampara en recursos de orden tanto epistemológico como metodológico que sustentan la referencia como evidencia de la certidumbre configurativa de la historia. Por tal razón, Ricoeur despoja la noción de acontecimiento del carácter de contingencia a la que se ve sometida por la historia, y desde allí muestra que el relato histórico ha mantenido oculta su dimensión narrativa, aspecto que al interior de las ciencias humanas y sociales le ha conferido su especificidad disciplinar, dado que se impone como oposición a la fugacidad del presente con la que se caracterizan tanto el acontecimiento como la historia contada. En esta parte se muestra cómo la historia requiere, efectivamente, de una serie de elementos que comparte con la narratividad y que constituye una articulación entre historia y ficción; tal es el caso, para hacer una anticipación, de la cronología a la que se subordina el acontecimiento y la atemporalidad pretendida por la historia.

Posteriormente, se formula la otra parte de la oposición que dará lugar al discurso narrativo, se trata de lo concerniente al relato de ficción. Aquí se toma como punto de

partida la propuesta semiótica de Greimas, quien apunta en oposición a la historia, que la legitimidad de un relato no está dada por la referencia sino por su composición interna, es decir su estructura. Esta propuesta adquiere su fundamentación en la noción de discurso, entendido como una serie de frases que poseen sus propias normas de composición; a partir de las cuales, es posible organizar y delimitar la forma en que se encuentran, siempre que puedan ser reducidas a una cantidad de unidades fundamentales (signos); de modo que se puedan formular las disposiciones que determinan sus relaciones internas. De esta forma, el análisis estructural del relato surge como un sistema de modelización que se aplica a un conjunto de relaciones acrónicas. Su procedimiento parte de la constitución del itinerario de las funciones actanciales, en el que se incorporan algunos caracteres universales de la acción humana. Y por último, se propone el elemento que resuelve la dialéctica entre ficción e historia, a partir de la función narrativa; la cual, consiste en tomar los aportes comunes de las diversas clases de discurso narrativo y, desde allí, su incidencia en la configuración de esa unidad estructural y contingente que es la “vida”. De modo que el vínculo entre historia y ficción, emerge de *reconocer* la *diferencia* de los valores del pasado, en los cuales se encuentra contenida la aurora de comprensión que va de lo real a lo posible.

No obstante, el discurso narrativo, para el efecto que ocupa esta investigación, debe configurarse en una formación que le de un lugar frente a la condición temporal humana; un lugar en el que pueda dar cuenta de la permanencia y del cambio, en donde pueda fijarse por la escritura y también abrir el horizonte a nuevas posibilidades, discursivas y existenciales; se trata del objeto de la semiótica, fuera del cual, diría Greimas, no hay salvación: el texto. De ahí surge la necesidad que genera el segundo capítulo de este trabajo, en el cual se espera hacer una propuesta sobre el texto, desde una perspectiva semiótica, que opere como un mediador, cuya función ontológica es fundamental en la construcción del sí mismo. El procedimiento obedece a que la discusión en torno a la noción y la función del texto, representa gran pertinencia al interior de las disciplinas que investigan el lenguaje y los procesos de construcción de sentido. Así, lo que se pretende es que la semiótica permita el encuentro entre teorías; en este sentido, se enfrentan dos perspectivas, en apariencia opuestas, sobre el texto, una la inaugurada por Iury Lotman con su propuesta de la semiótica de la cultura y, por otra parte, la hermenéutica reflexiva de Paul Ricoeur. El objetivo, es mostrar cómo éstas ópticas se articulan en torno a la hipótesis que propone al texto como una mediación que tiene implicaciones tanto en la construcción ontológica de sí como en la constitución de la cultura. De este capítulo se deduce que el encuentro con otras culturas, con otros modos de acción, en y a partir de la literatura o cuasi- mundo de los textos, en el que se permean de un contexto a otro, recodificándose y abriéndose a nuevas y múltiples significaciones, es el escenario donde se actualiza la relación entre signos que confluyen en los entramados semánticos que constituyen los textos, sumándose a la construcción de esa serie infinita de interpretaciones (fundamentos del sí mismo y de la cultura) que se incorporan inevitablemente a la dinámica del texto como realización del sentido.

En este orden de ideas, se ingresa a la pregunta por el sí mismo, que desde la perspectiva que se impone esta investigación, vislumbra que la narrativa, es una condición fundamental para su construcción. Así, pues, lo que se pretende mostrar en el

tercer capítulo, es que el sí mismo no es algo que esté dado, puesto que se debe a una mediación que integra la condición humana de ser en el lenguaje y en el tiempo. Que en este caso confluyen en la noción de identidad narrativa. Así, se establece como necesidad inicial hacer un recorrido por los orígenes que dan lugar a la noción de Sí mismo, anclados en una discusión entre tradiciones filosóficas que van de la exaltación del yo por su condición existencial y metafísica, que se expresa en su capacidad de reflexión inmediata; hasta una tradición que concibe al yo como un siervo del lenguaje. De esta oposición, surge la posibilidad narrativa en la que no se apela a un esencialismo como el caso de la primera perspectiva de la que Descartes es su representante; ni se fomenta un insustancialismo diseminado en la imposibilidad de aprehender una verdad sobre sí, que es la propuesta de Nietzsche. Estos polos se encuentran en la identidad narrativa, la cual implica la discusión sobre los elementos que constituyen la identidad personal, como son los extremos *Idem* e *Ipse*. El primero, se refiere a la identidad de lo mismo, lo cual abre la posibilidad a la noción de carácter, como aquel elemento que permite hacer el reconocimiento de una persona, a partir de recurrencias sedimentadas a partir del establecimiento de identidades a lo largo de su vida. Y, por otra parte, se encuentra la *ipseidad*, como el elemento que implica el tiempo, el cambio, el azar, la alteridad, y que fundamenta el mantenimiento de sí. Estos elementos, signan la apertura a las implicaciones éticas de entender la vida como un despliegue narrativo. El cual sucede, a partir del reconocimiento de la historia, articulada con las expectativas, las cuales convergen en el presente, lugar de la acción, de los comienzos, de: La iniciativa.

A partir de la noción de iniciativa se inaugura el horizonte a la reflexión sobre la acción en el tiempo, en sus vertientes cosmológico y fenomenológico, así como a sus consecuencias éticas. En este sentido, la responsabilidad que implica la acción, tiene un anclaje en la imputación moral a la referencia al sí mismo narrado, a través de la noción de testimonio. Con estos elementos, se propone la hipótesis que se pretende desarrollar, como es la concepción de la vida a manera de un relato de sí mismo, en el que la narración configura la acción de vivir, de asumir la historia y de construir proyectos realizables, en los que nuestras iniciativas, signifiquen sus posibilidades de materialización y desarrollo tanto a nivel colectivo como individual.

Finalmente, se propone un ejercicio de análisis semiótico, en el que se intenta mostrar a partir de la semiótica del discurso, un esbozo aplicativo de las nociones que implican el discurso narrativo en la construcción del sí mismo. El texto elegido es un fragmento de un cuadro de costumbres escrito por doña Josefa Acevedo de Gómez; titulado “Valerio o el calavera”. Este texto permite pensar la vida humana, en especial lo que constituye la memoria colectiva y la función de quien escribe la historia, en este caso, se trata de reivindicar la existencia de alguien que es recordado por su maldad; lo cual, no lo hace un sujeto malo sino con pocos valores morales, que permanecerá en la memoria como anti-ejemplo. Sin embargo, la transformación que se opera en el relato pretende reivindicarlo para la historia. Lo anterior, es consecuente con lo que plantea Ricoeur cuando afirma que al ser humano las únicas historias que no le pertenecen son las de su nacimiento, porque hacen parte de quienes vivieron ese momento y pueden contarlos; y, la de la muerte que corresponde a quienes construyen las versiones de lo que fue su vida. Además, nos abre la posibilidad de ingresar al mundo de lo que sucedió, desde la

historia y la ficción, a partir de estos relatos que constituyen la literatura colombiana del siglo XIX, con el fin de indagar la axiología en que se funda nuestra historia y desde allí pensar, con base en la literatura, en un mundo de posibilidades y proyectos realizables, que comprometen nuestras iniciativas.

1. LA NOCIÓN DE “DISCURSO NARRATIVO” UNA DIALÉCTICA ENTRE SEMIÓTICA E HISTORIA

Introducción

El presente texto tiene como objetivo fundamental mostrar el desarrollo de la noción de “discurso narrativo” desde una perspectiva descriptivo-explicativa. Para tal efecto, será necesario hacer el recorrido conceptual que da lugar a la discusión de la cual emerge dicho concepto. Así, es pertinente aclarar que tal noción obedece a los postulados que sobre este particular plantea el filósofo francés Paul Ricoeur (1913-2005), cuyo itinerario hermenéutico-reflexivo aporta importantes elementos para la comprensión general, de “la construcción del sí mismo a partir del discurso narrativo como un proceso semiótico” del cual este texto es una parte.

Para lograr el objetivo propuesto es necesario hacer un acercamiento a la fundamentación teórica concerniente al discurso narrativo. En consecuencia, se dará tratamiento a tres problemas particulares. El primero tiene que ver con la función del relato en el conocimiento y la comprensión histórica. Esta cuestión reviste importancia en tanto el talante de relato de la historia se ha mantenido bajo un velo que oculta su dimensión narrativa; aspecto que al interior de las ciencias humanas y sociales confiere cierta especificidad a la historia como disciplina. En este sentido, los referentes conceptuales que movilizarán este segmento del texto, son tomados, por una parte, de la filosofía analítica de la historia y por otra de la historiografía francesa.

El segundo problema intentará responder la pregunta por el lugar y la función del relato en la literatura de ficción. El vector teórico principal estará a cargo del estructuralismo francés, aunque tendrá en cuenta algunos de los principales aportes de la crítica anglo americana. En esta parte, se profundizará con mayor énfasis en el cometido general del texto; en el que se propone como hipótesis que el relato histórico y el de ficción comparten una estructura narrativa; ahora, la pregunta es saber si sucede lo mismo con la función, cuestión que abre la puerta a un tercer problema en el que se estudia la pretensión de verdad de la historiografía y la literatura de ficción. El desarrollo del estudio mostrará el siguiente procedimiento. Inicialmente, se ocupará de despejar la hipótesis de la estructura narrativa común a las dos formas de relato, a saber, historiografía y literatura de ficción; para posteriormente, ver desde allí si estas formas de relato asumen la historicidad en modos similares o distintos. Un mayor progreso se alcanza respecto a la relación con la referencia, pues, si bien, cada una se remite a lo que se refiere, ambas coinciden en aportar a la descripción y redesccripción de nuestra condición histórica. El concepto que dinamiza esta dialéctica es el de “verdad” presente en cada una de las intencionalidades del acto de *contar*, en el sentido en que cada modalidad dice algo que afirma nuestra historicidad radical.

El discurso narrativo se muestra, entonces, como producto de la dificultad de diálogo existente entre dos tradiciones investigativas opuestas, que bajo la pretendida noción de

verdad, heredada del pensamiento positivo, han ampliado su mutuo distanciamiento. En torno a la oposición entre ficción e historia, estos problemas serán abordados en las tres partes fundamentales que conforman este escrito. En primer lugar se mostrará cual es el estatuto narrativo de la historia; a partir de los procedimientos explicativos de la historia científica, los cuales no obran como sustitutivos de un relato anterior o historia contada, sino que operan junto con él, pues se incorporan en su estructura configurativa. Este cometido se inicia mediante el trabajo con conceptos como, acontecimiento, frase narrativa, seguimiento de la historia; los cuales, apuntan a una reformulación de la noción de suceso en oposición a la historia que no se construye con base en los acontecimientos, sino como una dialéctica en la que el relato surge como una combinación de la figura y la secuencia del acto configurativo. Así pues, esta parte analiza cómo los procedimientos explicativos de la historia científica no sustituyen el acto de *contar*, sino que permiten proyectar la proposición de una concepción acerca de la narratividad histórica.

De este modo se resalta el aspecto configurativo del relato a partir de la fundamentación de la concepción antinarrativista de la comprensión histórica. Posteriormente, en la segunda parte se tratará el aporte de la semiótica estructural, específicamente desde la propuesta de A.J. Greimas. Allí se aborda la pretensión estructuralista de “descronologizar” el relato, y se propone liberar el tiempo del relato de la reducción formalista que la limita a una estructura acrónica de relaciones lógicas. Para tal efecto, se dará un breve rodeo por los primeros intentos de formalización, como es el caso de la morfología del cuento de Vladimir Propp, con el fin de entender la influencia de este modelo en el de Greimas; luego se hará una descripción de los principios fundamentales del análisis estructural y por último se esbozará la sintaxis de los modelos actanciales que llevan a la descronologización del relato, esto con el fin de apelar al carácter irreductible de la temporalidad en el mismo. Finalmente, se abordarán los distintos modos narrativos del discurso, que van desde el relato de ficción, hasta las llamadas formas empíricas como la historia, la biografía y la autobiografía. En este orden, se trabajarán las nociones de *imaginación histórica* y, *ficción* y *mimesis*, básicamente. Esto con el fin de mostrar cómo uno y otro comparten ciertos elementos estructurales que los hacen ser “un solo juego de lenguaje” y los constituyen en “una actividad o una forma de vida”.

1.1 LA HISTORIA COMO RELATO

Para abordar esta parte del problema, es pertinente no perder de vista que la corriente analítica de la historia no se ocupó de estudiar el estatuto narrativo de la historia; por tal razón, es importante saber de qué modo se llegó a tal discusión. En principio, se trataba de elucidar el carácter explicativo de la historia a través del modelo hempeliano conocido como “covering-law model”, propuesto por Carl Hempel en su trabajo “*La función de las leyes generales de la historia (1942)*”. Allí, se concentra en argumentar que las leyes generales funcionan del mismo modo en las ciencias naturales que en la historia; aunque, no precisamente a través de la inserción de acontecimientos singulares de carácter visual, como primer nivel discursivo, puesto que la enunciación de una

hipótesis universal se ve limitada por la cercanía con la peculiaridad del acontecimiento¹.

Desde el principio del análisis se le suprime al “acontecimiento” su estatuto narrativo y se le fundamenta a partir de la diferencia existente entre lo universal y lo particular. Tributaria a esta concepción deviene la idea de concebir el “acontecimiento” histórico como algo extraordinario que sucede con poca frecuencia. Por otra parte, para que algo pueda ser tomado en el orden de acontecimiento singular, debe, en primer lugar, tener en cuenta aquello que lo precede y como segunda condición que se exprese una continuidad que permita formular una hipótesis de carácter universal que, una vez sometida a la verificación, pueda ser tomada como ley. Con el ánimo de dar cumplimiento a este proceso que explica el acontecimiento es necesario verificar las condiciones iniciales, constatar si efectivamente obedecen a la formulación de leyes generales y, finalmente, que no esté ligado a un error de conexión lógica que impida derivar conclusiones de premisas.

Ahora bien, en este punto surge la pregunta de si la historia se acoge realmente a este modelo de verificación que explica acontecimientos de orden tanto natural como histórico. En este sentido, surge una dificultad de concordancia con el modelo, debido a que las regularidades que fundan su intención explicativa, tienen la imposibilidad de expresarse de manera clara y determinada, en tanto comparten condiciones de falibilidad derivadas de la sabiduría y la psicología popular así como en prejuicios cuyos anclajes son percepciones mágicas o místicas del curso de la naturaleza. De aquí el único recurso que acepta la tesis de Hempel consiste en decir que la historia se basa en “esbozos explicativos” cuya función es orientar el curso a tomar en la identificación de regularidades características; y, rechaza aquellos aspectos que, ajenos al proceso explicativo, pueden ser tomados como propios del objeto histórico tales como su “importancia”, “significado” y “pertinencia”, afectados por procesos como la “empatía”, la “comprensión” o la “interpretación”. Lo anterior, constituye la razón por la cual ningún elemento del modelo hace mención a la naturaleza narrativa de la historia. Ricoeur, afirma que el historiador no formula leyes sino que las emplea, obviando la forma en que se establecen, puesto que no lee desde un modelo de explicación, lo cual se relaciona con la diversidad de anticipaciones y expectativas que habitan en la figura del lector de obras históricas. Aquí se pone en evidencia que Hempel no distingue entre un acontecimiento físico, que simplemente sucede, y uno que se convierte en histórico cuando es contado a través de crónicas, leyendas o memorias. A través de los conceptos de “enunciado singular”, entendido como los acontecimientos que suceden en lugares y momentos específicos, e informe, tomado como aquellos de carácter individual que suceden una sola vez, es posible entender la posición que ocupan en las configuraciones históricas más allá de sus enunciados singulares. De lo anterior, se deriva la cuestión acerca de la clase de discurso que funciona en la estructura explicativa de la historia.

Para ingresar en este asunto es pertinente considerar la estructura narrativa presente en las narraciones históricas, con el fin de elucidar en qué consiste el carácter específico

¹ RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*. Barcelona. Paidós. 1999.

del discurso narrativo. En este sentido, es oportuno tratar el carácter de las frases que conforman dicho discurso, a partir del análisis de la *frase narrativa* propuesta por Arthur C. Danto en su *Analytical Philosophy of History* (1965)². Cuando se habla de *frase narrativa* se refiere a la que cuenta dos acontecimientos sucedidos en momentos distintos pero de los que solo se describe el primero. Con esto se propone establecer una característica fundamental del conocimiento histórico, a la vez que permite hacer frente a la creencia de que un acontecimiento posee un significado estático otorgado por un testimonio perfecto que aporte una descripción íntegra del momento en que sucedió. En este sentido, quien relata un acontecimiento sería conocedor de todo cuanto tuvo lugar en el momento del suceso de manera que pueda representarlo completamente. No obstante, cuando un acontecimiento forma parte del pasado, la descripción íntegra solo cabe en la crónica ideal, la cual carecería de toda frase narrativa; en tanto esta describe un acontecimiento A mediante la referencia a un acontecimiento futuro B que era desconocido cuando se produjo A. Entonces, una frase narrativa constituye solo una de las múltiples, posibles, descripciones de una acción, subordinada al desconocimiento de los acontecimientos, los agentes y las condiciones que en el presente del historiador le es dado conocer.

Un elemento importante del uso de frases narrativas consiste en que permite cambiar la descripción que se hace de acontecimientos del pasado en función de lo que se sabe de futuros. Y, como no es posible hacer una descripción acabada del pasado es viable decir que uno de los elementos de un acontecimiento puede tener lugar en otro momento; dando espacio a la posibilidad de describirlo como causa de uno que sucedió después. Sin embargo, esto solo puede ser ordenado por el historiador que describe dos acontecimientos, sucedidos en tiempos distintos, pero se trata el primero desde el segundo; no obstante, exige como condición de validez que efectivamente ambos tengan lugar. Una frase narrativa aun no posee el estatuto de relato puesto que no cumple con el criterio de sucesión de acontecimientos de acuerdo a un orden particular, orden que permite hablar de discurso narrativo.

A continuación, a partir de esta concepción de orden se abre el escenario discursivo a las explicaciones históricas. Para tal efecto, Ricoeur, se basa en el trabajo de W.B.Gallie, *Philosophy and Historical Understanding* (1968)³, donde propone un acercamiento a la cuestión de la composición narrativa en general. Inicialmente, plantea que la historia es un modo particular de relato (*story*) cuya comprensión implica el perfeccionamiento de cierta condición personal o aptitud para dar seguimiento a un relato. Seguir una historia (*story*) es dar cuenta de la comprensión de las acciones, los sentimientos y los pensamientos que constituyen la sucesión que se desarrolla en una

² La discusión que sostiene Ricoeur con Danto tiene dos apariciones fundamentales en la obra del filósofo francés. Inicialmente se da en el ensayo “*Hacia una teoría del discurso narrativo* (1978)” en donde se resalta el aporte de Arthur C. Danto. A partir de su noción de *la frase narrativa*; mas tarde en “*Tiempo y Narración I* (1985)” destaca que este concepto constituye uno de los argumentos contemporáneos más sólidos a favor del carácter narrativo de la historia.

³ Cf. RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*. op. cit., p.92.

Tiempo y Narración I. configuración del tiempo en el relato histórico. Buenos Aires. Siglo XXI. 2003. p. 251.

dirección específica. La serie de acciones es la que motiva el deseo de continuar y se corresponde a dicho móvil a través de las expectativas que se encaminan al principio y al final del transcurso. El final de la historia atrae dicho proceso, por tal razón seguir una historia es dejarse llevar por la sorpresa, los reencuentros, los reconocimientos en fin todo lo que implique la conducción a una conclusión, que más que previsible ha de ser aceptable en el sentido de que una visión retrospectiva del relato de cuenta del final como su consecuencia. Mirar hacia atrás, de la historia, es una facultad que deviene de las expectativas que se suscitan al seguir una historia. La continuidad lógica que subyace al interior de toda historia es el vínculo entre lo contingente y lo aceptable, siendo lo *Contingente aceptable* el postulado de Gallie, presente, también, en la forma como se comprenden las acciones particulares de la cotidianidad.

Es momento de introducir la discusión sobre la historia contada (*story*) y la de los historiadores (*history*) que es el correlato de la oposición entre ficción e historia. La tradición epistemológica de la historia tiene sus anclajes en la noción de validez de cada una de las formas de narrar; así, se enfatiza en el problema de la referencia, la evidencia o la prueba documental que exige la historia y que es, en última instancia, la ruptura entre la crónica tradicional y la historia científica. La radicalidad con la que se ha planteado esta diferencia ha sido el principal obstáculo en la elucidación de un vínculo que la resuelva. El eslabón consiste en exponer que la historia (*history*) al igual que la historia (*story*) muestran acciones (bien sea de triunfo o fracaso) de un hombre o de una colectividad. Y, que la facultad de seguir la historia (*history*) deviene de la capacidad de comprender los relatos (*story*). Asimismo, las historias se siguen porque las contingencias que tejen su argumento despiertan el interés innato por los asuntos humanos, puesto que aquello narrado son acciones humanas pasadas, aun cuando se alejen de los sentimientos vividos en el presente. Las historias contadas son el sustrato de las historias de los historiadores, cuyos rasgos explicativos amplían las cualidades que motivan el *interés* por seguirla, debido a que tratan de acciones humanas, independiente de los sesgos institucionales que obren como mediaciones. Así, pues, las explicaciones históricas son, por una parte, generalizaciones, presentes también en relatos cotidianos, que aportan a la capacidad de seguir la historia; y, por otra, la posibilidad de distanciamiento que faculta a la crítica para tomar distancia del texto heredado y hacerlo más accesible.

1.1.1 Los argumentos contra la narratividad. El carácter narrativo de la historia se ha visto enfrentado al argumento que dice que la historia no se refiere a acontecimientos y que, además, no pertenece a la categoría de historia narrada (*story*) puesto que su método es diferente. Que la historia no se refiere a acontecimientos es un planteamiento que obedece a la premura epistemológica característica de los historiadores de tradición francesa. Desde allí establecen, en cabeza de Francois Simiand⁴, una crítica de los acontecimientos, donde describen los criterios utilizados por los historiadores del siglo XIX para determinar cuáles habrían de ser dignos de hacer parte de la historia. En primer término, se encuentran los acontecimientos cuya magnitud depende de la grandeza del hombre que los realiza. Este enfoque ha perdido utilidad en el sentido que

⁴ Citado por Paul Ricoeur en *Historia y Narratividad*. Op.cit., p.96.

la historia se ha distanciado de la historia política, e inclinado más por mostrar el desarrollo de instituciones y grupos sociales. Otro elemento, atribuye a los acontecimientos ciertos movimientos cadenciosos propios del ritmo del desarrollo de las instituciones, cuya fiabilidad consiste en la duración en el tiempo que las caracteriza. Y, por último la concepción del acontecimiento como una determinación del tiempo cuya función es periodizar el tiempo histórico que confecciona el historiador. Los anteriores criterios van en detrimento de la noción de “acontecimiento” y por consiguiente del carácter narrativo de la historia, puesto que consideran la narración como un restablecimiento de los acontecimientos al lenguaje; mientras, la historia es concebida como una investigación que deja de lado todo relato que no sea el que los agentes hubieran podido usar en su contexto. Así, pues, lo que la historia pretende es una conceptualización que determine los elementos invariables de la serie; y, de este modo, establecer lo que pasó realmente a partir de la evidencia material que validará una de las posibilidades y falsará las otras.

A continuación, esta parte del trabajo pretende mostrar el lugar que ocupa la noción de acontecimiento en la investigación histórica, en tanto los opositores de la historia de los acontecimientos toman como base su pretendida idea de que son de carácter acrítico; además, asumen que el acontecimiento se refiere a una acción individual, que no tiene duración en el tiempo y que emerge antes de las cuestiones hechas por el historiador. A lo anterior, se opone el hecho de que un acontecimiento no es un suceso, entendido como algo que simplemente sucede, sino que tiene implicaciones narrativas, puesto que, en cuanto algo se da, exige que se empleen frases que tengan tiempos verbales que den cuenta de que lo sucedido hace parte del pasado del historiador. Además, se implica la duración que es, en suma, una sucesión de acontecimientos que tienen un inicio, un medio y un fin. Una segunda oposición, se centra en mostrar que si bien el objeto directo de la historia consiste en aquello sobre lo que trata, entidades colectivas e individuos, el objeto indirecto se ocupa de los individuos y sus acciones, así que los cambios sociales no serían relevantes si no alteran la vida de cada uno de los individuos que lo vive. En este afectar la vida, está la intencionalidad indirecta del conocimiento histórico, este consiste en mostrar de manera paralela que el interés que se tiene por el conocimiento histórico es similar al que se tiene por el otro; de lo cual, se deriva la propensión a la nominación, es decir, dar nombre a las construcciones del método histórico, visible en términos como: La Antigüedad. El interés histórico por el otro, desde la concepción antinarrativista, promueve una recuperación del concepto de relato; en este sentido, Paul Veyne⁵, propone que la conceptualización de la historia, apunta a que sea vista como la “reivindicación de los inventarios completos” y no como una sociología. Finalmente, Ricoeur afirma que otra manera de oponerse a los argumentos antinarrativistas, con el fin de apelar al estatuto epistemológico del acontecimiento, consiste en hacerlo funcionar como un *concepto limite*, es decir, como la idea de lo que ha sucedido realmente; la cual, opera entre la historicidad de la experiencia humana y la historia como conocimiento objetivo de los acontecimientos.

⁵ Ibid., p.99.

1.1.2 De la historia contada a la de los historiadores. Esta parte del análisis se ocupa de la forma en que la historia procede en razón a la idea de relato. Los argumentos que fundan la oposición entre la historia como continuidad de la historia contada, afirman que esta es una perspectiva simple de discurso. Estas explicaciones se apoyan en que los acontecimientos dependen del orden cronológico, del presente tal y como se vive, así como de las creencias y prejuicios de los agentes históricos. No obstante, existen algunos elementos comunes a la narratividad de los que se sirve tanto la historia como la ficción. En primer lugar, se impone que frente a la vinculación directa del relato con un orden cronológico, existe también uno atemporal. La dimensión cronológica hace referencia a su carácter episódico, visible en el arte de seguir una historia. Y, la dimensión atemporal es la que nos concede la capacidad de *configurarnos una sucesión*. Los autores antinarrativistas han obviado esta operación configuradora, la cual enmarca la complejidad narrativa como mixto entre la secuencia y la figura. Respecto de la historia como relato “verdadero”, al compartir esta estructura, dispone que hasta un sencillo relato sea más que una sucesión cronológica de acontecimientos; de manera que, al integrar la historia a la narrativa, a partir de la operación de configuración, manifiesta tanto al contar como al seguir una historia, que subordina las partes en un todo narrativo que combina tanto lo cronológico como lo configurativo.

Respecto al argumento antinarrativista que liga contar una historia a la forma como se vive el presente, coloreado de las creencias y prejuicios de los agentes, se opone la condición de continuidad de la historia; puesto que, al decir de L.O. Mink⁶, la incorporación de los acontecimientos en la configuración de un proceso narrativo es similar al establecimiento de un juicio, juicio reflexivo en términos kantianos, en el sentido de que, seguir y contar una historia, constituye una vuelta sobre los acontecimientos, con el objetivo de integrarlos a totalidades sucesivas en las que la actitud expectante respecto del final, sucede como condición, estructural teleológica, immanente al juicio reflexivo. Así mismo, afirmar que los relatos compelen al lector a adoptar la óptica de los agentes al momento de realizar su acción, constituye un error si se reconoce que el “juicio reflexivo” comporta un punto de vista. Además, como plantea Ricoeur, lo sustancial del arte narrativo es relacionar una historia a un narrador; lo cual, implica el múltiple repertorio de actitudes que se pueden generar en un narrador frente a una historia.

1.2. EL RELATO DE FICCIÓN

Si bien, Ricoeur, se ocupaba en la primera parte de analizar el modelo de construcción de la historia, a partir de la elaboración del relato con pretensión de verdad; en esta parte, el objetivo se fijará en establecer si efectivamente el relato histórico y el de ficción, poseen una estructura común que posibilita la utilización de la noción de “relato” al punto que le confiera el carácter de discurso. Para tal efecto, sugiere dejar en suspenso la discusión sobre el carácter referencial de la historia verdadera y la ficción, puesto que es en este sentido que se legitima una noción de verdad a partir de los

⁶ Cf. RICOEUR Paul *Tiempo y Narración I. configuración del tiempo en el relato histórico*. Op. cit., capítulo II.

distintos modos de ser, frente al ámbito de la acción conocida como “pretensión referencial”. En esta vía, considerar el “sentido” del relato sin tener en cuenta su “referencia” remite a la estructura; es decir, al modo como vincula los acontecimientos que se cuentan en la historia. Por tal razón, la investigación exige que se tomen en cuenta los postulados que aportan los teóricos estructuralistas franceses, frente al análisis del relato de ficción. Sin embargo, se cotejarán con algunas contribuciones de la crítica literaria angloamericana.

Para dar inicio, se harán unas puntualizaciones respecto de los principios del análisis estructural del relato, a partir de tres características fundamentales. La primera, consiste en que su forma de proceder obedece a un método deductivo que reafirma la composición, casi axiomática, de un modelo que propone una hipótesis descriptiva, de la que pueden derivarse otras categorías fundamentales. La utilización del método deriva necesariamente de la multiplicidad de expresiones (orales, escritas, gráficas, gestuales) y de las clases narrativas (mitos, cuentos folklóricos, novelas, epopeyas, tragedias, dramas, películas) que son objeto de análisis.

El segundo elemento característico, refiere a la confección de un modelo que funcione de manera semejante a los procedimientos lingüísticos. En este sentido, a partir de las estructuras lingüísticas, se intenta inferir valores estructurales de un grado mayor que las unidades de nivel inferior a la frase; lo anterior, se ajusta al paradigma lingüístico propuesto por Saussure cuando anuncia que es posible separar la lengua del habla. El carácter sistemático del código y la lengua, permite afirmar que su rasgo sincrónico puede ser separado de su aspecto diacrónico. Así mismo, la forma en que se organiza es susceptible de ser delimitada, siempre que puedan ser reducidos a una cantidad de unidades fundamentales (signos), a partir de los cuales se puedan formular las disposiciones que determinan sus relaciones internas. De esta forma, el análisis estructural del relato puede ser visto como un modo de aplicar este modelo a entidades lingüísticas mayores a la frase. En esa vía se encuentra el *discurso*, entendido como una serie de frases que poseen sus propias normas de composición. De acuerdo con lo anterior, el relato es una de las mayores clases de discurso, puesto que la serie de frases que lo conforman obedecen a un orden particular. La influencia de la lingüística lleva a diversas derivaciones que van desde la analogía, como en el caso anterior, a la homología; estas, se van aclarando con el fortalecimiento de las distinciones, que hace Greimas, entre lingüística y semiótica, a partir de su segundo modelo; y, aunque no establece una supresión de la analogía, la complejiza, en el sentido que Barthes⁷ propone la literatura como equivalente de la lengua, en la perspectiva de Saussure, en tanto constituida por un conjunto de unidades básicas cuyas combinaciones dan lugar a relaciones estructurales propias del lenguaje.

El tercer principio a tener en cuenta en el análisis estructural del relato, consiste en reconocer la importancia del carácter organizativo, presente entre los atributos estructurales de un sistema lingüístico; el cual, se fundamenta en la subordinación de las partes respecto del todo y en la distribución por niveles a los que se adjudican distintos

⁷ BARTHES Roland et al. *Análisis estructural del relato*. México. Premiá. 1982.p. 7-38.

valores. Cuando el estructuralismo francés aplica esta perspectiva al relato, enfatiza más en lo configurativo que en el desarrollo temporal, lo que explica su tendencia a descronologizar, es decir, a reducir sus propiedades temporales a componentes formales de la estructura, privilegiando la subordinación sistemática de lo sintagmático a la dimensión paradigmática.

Con relación a lo antes mencionado, es importante tener en cuenta que, contrario al planteamiento del análisis estructural del relato, los historiadores hacen una sobrevaloración del aspecto cronológico y secuencial del mismo, y oponen al carácter narrativo de la historia, el hecho que los estructuralistas consideren este aspecto como parte del plano de la superficie, de modo que la acronía constituya un rasgo de la estructura profunda.

Antes de pasar al modelo de Greimas es necesario dar un breve rodeo por la primera aproximación a la formalización de relatos que, en este caso, se centra en el cuento ruso y constituye la propuesta de Vladimir Propp; la perspectiva, se orientará en la imposibilidad del formalista ruso para descronologizar los relatos de los que se ocupó; esto, con el fin de comprender los cambios metodológicos que han llevado a la total descronologización de las estructuras narrativas. Así, lo que pretendía Propp era despojar del velo de las laberínticas apariencias, la unidad incorruptible que habitaba el interior del cuento, a través del establecimiento de ciertos criterios de clasificación que dieran cuenta de características reales. Esta clasificación obedece a un “sistema de signos formales” por eso hablar de los motivos, el tema, los personajes y sus acciones, no constituye un criterio, lo que buscaba era una forma originaria del cuento, de ahí que proponga las funciones. Se especifica por función “la acción de un personaje definido desde el punto de vista de su significado en el desarrollo de la trama”⁸. Este concepto se moviliza operativamente a partir de la hipótesis que contempla como funciones los acontecimientos constantes del cuento, sin importar el modo, ni los personajes que las llevan a cabo. El número de las funciones como las estructuras subyacentes son finitas, y se llega a ellas separando la acción tanto de sus modalidades como de sus agentes, esto con el objeto de que finalmente quede el papel que efectivamente desempeñan en el conjunto de la trama. El orden de estas funciones no es arbitrario, puesto que depende de una serie de conexiones particulares que da lugar a una lógica del relato. Otra característica de las funciones es que ni se excluyen ni se contradicen, puesto que, en conjunto, forman una misma historia. De aquí, se derivan las nociones de forma, como lo particular de un relato, y estructura, como el sistema combinatorio propio de la configuración cultural del cuento ruso. Así pues, de la posibilidad de suprimir las variables resulta, *el* relato, que sería la “protoforma del cuento fantástico”. El modelo es formalista en tanto el carácter de la forma, a la que se refiere Propp, está constituido por la secuencia de las treinta y una funciones que subyace a todos los cuentos rusos. Éstas no pueden ser consideradas como una estructura profunda, sino como un mecanismo de la estructura de superficie, puesto que la “forma” es un mono relato cuya lógica está dada por la estricta secuencia (cronológica) de las funciones.

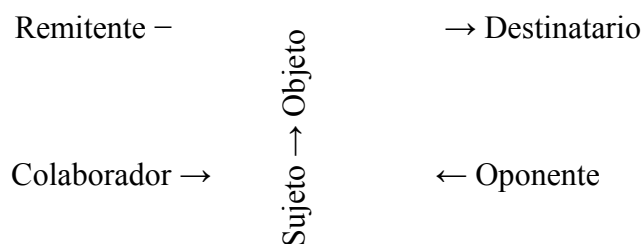
⁸ PROPP, Vladimir. *Morfología del cuento*, Madrid, Fundamentos, 1981, p.27.

1.2.1 La Semiótica narrativa de Greimas. La semiótica narrativa de A.J. Greimas⁹, responde a un esfuerzo por modelizar el relato. Se interesa por la construcción rigurosa de un modelo sustancialmente acrónico y por transformar los elementos diacrónicos del relato, es decir, el modo como se narra y se recibe. Por tal razón, no toma en cuenta las funciones que, como se dijo anteriormente, se deben a un orden secuencial; parte de los actores, a los que denomina *actantes* con el ánimo de diferenciarlos de los personajes que ejecutan las funciones.

A continuación, se verán los fundamentos del modelo actancial. En primer lugar, se constituye el itinerario de las funciones actanciales, en el que se incorporan algunos caracteres universales de la acción humana. Lo cual implica, que si el plano de la superficie, no ofrece las posibilidades combinatorias suficientes para describir la acción humana, es necesario acudir al plano profundo, donde se encuentra el principio de su construcción discursiva. En este sentido, Greimas hace eco al planteamiento del lingüista Lucien Tesnière, para quien la frase más sencilla puede ser considerada un pequeño drama, por cuanto es un proceso que involucra actores y circunstancias. Esta influencia, refleja el enfoque sintáctico deductivo del modelo actancial, en tanto le aporta un anclaje en la estructura de la lengua; además, le brinda estabilidad, debido a que la distribución de las funciones, en los componentes sintácticos, es permanente, y por último, un par de características que representan vital importancia para la investigación sistemática como son demarcación y cierre. Este modelo, también presenta un enfoque inductivo, derivado de itinerarios anteriores de funciones; así, se describe su estructura compuesta, a partir de la cual mezcla la construcción sistemática con múltiples disposiciones de orden práctico.

Esta complementariedad se expresa en un modelo que propone seis funciones repartidas en tres pares de categorías actanciales. La primera categoría está formada por la oposición sujeto objeto, fundada en la base sintáctica del modo *A desea a B*; aquí la causa que moviliza es el deseo. La segunda categoría se funda en la relación de *comunicación*, aquí la oposición es entre remitente y destinatario, en este caso la base sintáctica radica en que todo mensaje vincula a un emisor y a un receptor. En el tercer elemento, se combina el deseo y la comunicación en torno al antagonismo adyuvante y oponente; en este par, la base sintáctica es menos clara, pero finalmente es conformada por los modos del verbo en algunas lenguas, ciertos adverbios y algunos participios circunstanciales.

⁹ En esta parte de la exposición, se hace necesario un breve comentario respecto a la construcción teórica de Greimas a la que se hace referencia (teoría semiótico-narrativa), dado que ésta corresponde a un periodo anterior a los años ochenta del pasado siglo, donde su preocupación intelectual se orientaba hacia la fundamentación del análisis estructural. La pertinencia de esta nota radica en anunciar que, posteriormente, su obra dio un importante giro que trajo como consecuencia nuevas concepciones sobre el texto y el discurso con relación a la figuración del tiempo en los objetos de la investigación semiótica, lo cual le implicó tomar cierta distancia del estructuralismo para asumir una perspectiva con mayor influencia en la fenomenología.



A partir de lo anterior, se vislumbra que el modelo funciona mediante la combinación de tres clases de relaciones: desiderativas, comunicativas y activas; cuyo fundamento, es una oposición de carácter binario. No puede perderse de vista que se rige a partir de la combinación de los métodos inductivo y deductivo. Inductivo, puesto que usa los inventarios analizados y semiformalizados, y deductivo, por el resultado de las exigencias sintácticas. Así, pues, lo que al autor del modelo interesa es el sistema de relaciones entre los lugares que se ocupan en cada caso, sin importar las configuraciones temáticas. De lo anterior, surge el paso de los personajes a las acciones, lo cual permite comprimir, lo que en Propp eran las treinta y una funciones, a un relato de siete actantes cuyo vínculo depende del eje, deseo, comunicación y acción. De este modo, Greimas ha realizado un procedimiento, como él mismo lo llama, de “reducción” y “estructuración”. La intervención sobre el número de funciones no solo tiene consecuencias en la “reducción” sino que se hace extensiva al encadenamiento, ligado a su carácter sucesivo, por lo que confiere el término de “estructuración”; lo cual, también tiene implicaciones en la dimensión narrativa. Al respecto Ricoeur refiere citando a Greimas:

“En efecto, si logramos interpretar la relación de sujeción como ‘una dimensión que corresponde a las transformaciones reales de las estructuras’¹⁰, podemos defender también que toda relación sintagmática del discurso es fruto de transformaciones aplicadas a las relaciones paradigmáticas. El análisis estructural del relato puede definirse, en este sentido, como una reducción de lo sintagmático a lo paradigmático”¹¹.

Se tiene entonces que el modelo se ocupa del paso de los actantes a las acciones, es decir, de los personajes a las acciones. Una de las características principales de la propuesta de Greimas es la capacidad de “reducción” y “estructuración” con las que dotó el modelo, cuya base son las normas de transformación, presentes en las relaciones entre comunicación, acción y deseo. Así, pues, para establecer los *actantes* realizó un emparejamiento ordenado de la forma “prohibición versus violación”; procedimiento a partir del cual surge el planteamiento de segundo modelo, que vio luz en año de 1970, en *Du Sens. Essais semiótiques*. Allí planteaba que todas las transformaciones, sin importar su contexto sintagmático, emergen de una cadena sémica constituida por *conjunción* y *disyunción*; la cual, da lugar al inventario de las funciones que es en suma un conjunto de identidades que se unen o se separan.

¹⁰ A.J. Greimas, *Semantique structurale*, p.193, cap. «A la recherche des modes de transformation»

¹¹ RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*. op. cit., p.122.

Como se acaba de mencionar, en el segundo modelo, Greimas propone que las transformaciones, independiente de la categoría en que sucedan, emergen como relaciones de *conjunción* y *disyunción*. Así, la reducción de lo sintagmático a lo paradigmático, opera como un proceso que se desarrolla a partir del surgimiento de un contrato que se rompe y posteriormente se reanuda. En la ruptura está la disyunción que se resuelve en una nueva conjunción que, podría decirse, termina en la satisfacción de una carencia, la obtención del reconocimiento o la superación de una prueba. En síntesis, la propuesta del modelo consiste en superar la sucesión de hechos a través del tiempo. No obstante, el modelo desde su óptica actancial, no cuenta con los recursos suficientes para lograr su cometido –dice Ricoeur¹²–, dado que resalta la imposibilidad de reducir el desarrollo temporal en la narración, esto, en tanto destaca la noción de prueba que, como puede inferirse, es de carácter diacrónico. Además, allí se pone de relieve el enfrentamiento con el éxito, donde el paso de uno a otro, por efecto de la lucha, es fortuito, de ahí se deriva la dificultad de simplificar la sucesión a una implicación.

El carácter aleatorio de la búsqueda, obedece al sistema de valores incorporado por los términos contrato, violación, restauración. Por ejemplo, dado el caso de que no se acepte el contrato, surge la violación como una negación de los valores, al tiempo que se da una ruptura lógica. Al respecto, Greimas considera que la emergencia de esta ruptura ratifica un rasgo positivo que indica “la afirmación de la libertad del individuo”¹³. En ese sentido, la narración es una alternativa que muestra la capacidad de elección, que en el ámbito de la búsqueda no puede ser solamente lógica, sino que por su carácter transformacional de los términos (prueba, búsqueda, lucha) y de sus relaciones, da cuenta de una proyección ideal, temporalizadora, que es básicamente histórica. De ahí, que la narración funcione al modo de una mediación práctica, bien sea que apunte a recuperar un estado o situación anterior; o, que a manera de promesa, redima con un orden nuevo. La historia narrada, en su carácter de historia, ya sea que declare un estado de cosas existente o anuncie otro, plantea una limitación a las formulaciones netamente lógicas de la estructura narrativa; de modo que la comprensión de la trama que implica la inteligencia narrativa, antecede la recuperación de la narración sobre una lógica sintáctica.

A continuación, se dará paso a exponer, de manera más detallada, como Ricoeur entra a discutir el modelo de Greimas a partir lo que ha denominado la temporalidad irreductible del relato, basado en las siguientes premisas. Inicialmente, es necesario señalar los elementos del orden de la secuencia que el mismo análisis revela. Por otra parte, plantea mostrar el factor *a priori* del modelo, con el apoyo de algunas consideraciones de la crítica literaria inglesa.

En primera medida parte de lo que “El propio Greimas (...) reconoce: «Todo el relato, por tanto, se reduciría a una estructura simple, si no existiera un residuo diacrónico en

¹² RICOEUR, Paul, *Tiempo y Narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México. Siglo XXI. 1998. p. 447.

¹³ *Ibíd.*, p. 448.

forma del par funcional del tipo «afrontamiento versus logro», (...) que no puede convertirse en una categoría sémica elemental»¹⁴. Ahora bien, este par funcional es uno de los elementos constitutivos de una secuencia mayor, la búsqueda, cuyo carácter diacrónico es insoslayable»¹⁵. Una forma de abordar lo anterior es posible a partir de la oposición “orden vs. aceptación” así como en “afrontamiento vs. logro”, pues, aunque en apariencia parecen implicaciones necesarias se trata de sucesiones, que acontecen como el desarrollo -o sucesión- de hechos y son el carácter sustancial de la prueba, de allí se deriva la noción de relato como diacronía. Puede pensarse que las técnicas narrativas que introduce la trama tales como el suspenso, el dinamismo o la tensión dramática, se limitan a formas con las que se manifiesta la progresión del relato; sin embargo, proceder, en el análisis, mediante una dislocación de las funciones puede ser importante en la conformación de la prueba, esto no hace posible reducir la trama a una elaboración secundaria del relato; lo cual, solo sería viable si se hiciera una sustracción del aspecto temporal y se redujera a un proceso lógico que privilegia la disyunción. A partir de lo anterior, Ricoeur plantea el aspecto diacrónico en el sentido de lo paradigmático; con lo cual, trasciende las oposiciones que se unen y se separan y las lee desde el carácter temporal de la distensión, que en términos de san Agustín es *intentio* y *distentio animi*; a partir de la cual, afirma su “(...) tesis de que la especulación sobre el tiempo es una cavilación inconclusiva a la que solo se responde en la actividad narrativa”¹⁶. Con lo precedente, dice que la interpretación acrónica del relato no elimina la temporal puesto que la admite, en tanto con la dimensión acrónica se implica la noción principio-fin, del mismo modo que en Greimas “La relación de correspondencia que existe entre el establecimiento de un contrato (del orden establecido) y su ausencia (de dicho orden) es equivalente a la que se da entre la alienación y el hecho de disfrutar plenamente de los valores”¹⁷. Así, conjeturar la lectura acrónica y la temporal, obedece a las cualidades axiológicas que comparte con las nociones de contrato, violación, restablecimiento.

Greimas anota la existencia de un rasgo positivo en la ruptura, con la que se da lugar a “la afirmación de la libertad del individuo”, a partir de la cual se muestra la intervención del tiempo en dos modos; en primer lugar, la negación de la aceptación se rompe en un contrato cuya escisión no es lógica sino axiológica. Lo anterior, anuncia una alternativa explícita en la segunda instancia, y consiste en que el relato abre la posibilidad de elegir, entre la libertad del individuo (la ausencia de contrato) y la aceptación del contrato social. De este modo, se implica que el carácter de la transformación es histórico y no sucede como efecto de una mediación lógica que pretenda resolver oposiciones. Así, se entiende que la “prueba” no se limita a expresar de modo figurativo el modelo de las transformaciones, sino que es en sí misma un elemento fundamental de la transformación; la cual, permite una proyección ideal de la operación de temporalización. En este sentido, el tipo de mediación que se lleva a cabo en el relato es fundamentalmente práctica, tanto si, en el sentido que postula Greimas, pretende el restablecimiento de un orden anterior, o si abre la posibilidad a un nuevo orden que se

¹⁴ A.J. Greimas. op. cit., p. 205 (trad. Cast.: pág.312).

¹⁵ RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad* .op. cit., P. 124.

¹⁶ RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración I. configuración del tiempo en el relato histórico*. op.cit., p.43.

¹⁷ A.J. Greimas. op. cit., p. 205 (trad. Cast.: pág. 298).

instaure como una alternativa, un modo distinto de vivir. En esta vía, la historia contada puede expresar el orden existente, o vislumbrar uno nuevo; pese a que en su carácter de historia se encontrará como límite las reformulaciones lógicas de la estructura narrativa.

Es importante resaltar que el elemento diacrónico está presente en todo el relato, de modo que no debe ser tenido como un residuo estructural; lo cual, es evidente por la presencia del tiempo que moviliza la sucesión de los pares contrato y lucha, así como alienación y restablecimiento del orden. En el par contrato y lucha, se evidencia el tiempo como *distensio*, a través de los aspectos episódicos del relato que retrasan el desenlace, mediante estrategias de aplazamiento como el suspenso y la demora; de la misma manera, el desarrollo de las acciones tiene múltiples cruces y opciones que facilitan la emergencia de un elemento que favorece la atención del lector o el espectador, tal es el caso de la sorpresa. Finalmente, el carácter indeterminable del éxito o del fracaso en la búsqueda, matiza la narración en general de incertidumbre; lo anterior, beneficia que la disposición de los acontecimientos pueda tomarse de manera conjunta, es decir como una *trama*. En esta perspectiva, la búsqueda es la que moviliza la historia, es el núcleo que concentra y distiende la carencia y su eliminación.

Ricoeur afirma que “La conjunción de ambas argumentaciones parece poner de manifiesto que uno de los rasgos universales de cualquier relato, de ficción o no, consiste en conjurar una dimensión secuencial y otra configurativa”¹⁸. De modo que esta dialéctica constituye la estructura fundamental del relato. Así pues, es posible concebir el relato como una totalidad temporal si se hace énfasis en la configuración, y si se acentúa en la sucesión como una secuencia ordenada. Así, pues, el acto narrativo tiene como función unir las dos dimensiones del relato, y desarrollar la inteligencia narrativa que permite entender el sentido de una palabra en esas sucesiones de acontecimientos o en las totalidades temporales.

1.3. LA FUNCIÓN NARRATIVA O LA VIDA COMO RELATO

La siguiente parte del texto tiene como objetivo concebir de manera general los distintos modos narrativos del discurso, que van desde el relato de ficción (cuento, leyenda, drama, novela o cine) hasta las llamadas formas empíricas como la historia, la biografía y la autobiografía. Como se vio en los anteriores apartados que conforman este capítulo, el relato histórico y el de ficción comparten ciertos elementos estructurales que los hacen ser “un solo juego de lenguaje”¹⁹ y los constituyen en “una actividad o una forma de vida”²⁰. Demostrar el carácter práctico de este “juego” es lo que abre la posibilidad de reconocer la magnitud referencial del discurso narrativo, la cual seguirá siendo una cuestión problemática, si se mantiene anclada su fundamentación, o limitación, a los hechos. El único recurso que podría dar luces a esta dificultad, consiste en tomar los

¹⁸ RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*. Op, cit., p.127.

¹⁹ El efecto que pretende conseguir Ricoeur con la utilización de estos términos, radica en mantener el sentido que le da Ludwig Wittgenstein en sus *investigaciones filosóficas* (1958).

²⁰ *Ibíd.*

aportes comunes de las diversas clases de discurso narrativo y, desde allí, su incidencia en la configuración de esa unidad estructural y contingente que es la “vida”.

En esta perspectiva, es pertinente preguntarse ¿Cuál es la clase de vida que forma el discurso narrativo? La vida de nuestra condición histórica; es decir, si se acoge el significado general del término historia el cual implica la ambigüedad de lo que “ha sucedido realmente” y el relato de tales acontecimientos. Estos elementos se correlacionan en el acto de escribir o de contar la historia por una parte y, por otra, en el hecho de estar en ella. En suma, la condición humana de hacerla y ser histórico. Con este precedente, se mostrarán los elementos con los que Ricoeur pretende formular la posibilidad de superar el problema de la referencialidad del discurso narrativo. Inicialmente, toma como punto de partida que toda narración tiene *en cierto sentido* una pretensión referencial; en este orden, es necesario entrar a cuestionar los dos tipos básicos de relato. Primero, para que la historia se acerque más a la ficción de lo que le es dado por los partidarios de una concepción positivista del acontecimiento; y, por otra parte, con el ánimo de que a la ficción, específicamente las ficciones narrativas, le sea reconocida la importancia del valor *mimético*. Con estos elementos lo que se pretende, en principio, es mostrar la conjunción entre *ficción* y *mimesis* que habita el interior del discurso narrativo. El segundo cometido, busca plantear una interpretación de lo que significa encontrarse en la historia, con el fin de ir más allá de la noción cíclica que implica decir que todos los relatos se refieren a nuestra condición histórica y que esta es la condición de vida a la que se refiere el discurso narrativo. A partir de la resolución de estas inquietudes será posible demostrar que la pretensión de referencialidad de una y otra forma de relato obedecen a una estructura de carácter ontológico de la historicidad. Es decir, comprender el modo en que se lleva al lenguaje nuestra cualidad de seres históricos sin establecer disyunciones entre los modos narrativos; sino, por el contrario, ver como sus pretensiones convergen en el discurso narrativo.

Así, pues, es de vital importancia empezar por despejar las incógnitas que se vinculan al discurso narrativo en torno a las nociones de ficción y mimesis. Pero antes hay que dar un breve rodeo por lo que puede llamarse la función de la verdad en el relato histórico y el de ficción. Acerca del primero bien pueden recordarse las formulaciones epistemológicas de Hempel, donde el método seguido es el mismo de las ciencias naturales, es decir, a través de procesos de verificación y falsación. Esto en oposición al relato de ficción, los cuales carecen de la necesidad de suministrar pruebas que se sometan estos criterios; pese a que en este sentido, puede atribuirse a la imaginación el carácter de depositario de los relatos de ficción. En esta vía, el análisis comparativo que se establece desde la referencialidad entre historia y ficción, consiste en que las dos se refieren a algo *extralingüístico*. Con esto lo que se pretende, según lo mencionado con anterioridad, es reconocer la referencialidad del relato de ficción, a partir de cierto elemento de ficción presente en la historiografía.

Para iniciar el desarrollo del objetivo propuesto, es pertinente tratar la noción de “imaginación histórica”; puesto que la epistemología histórica señala el papel que ocupa la “reconstrucción imaginativa” en la historiografía. Esto sucede a partir del reconocimiento de la concepción de *la representación ficticia de la realidad*; la cual, es

tributaria de una serie de obras que van desde el trabajo de Erich Auerbach titulado *Mímesis* (1942)²¹, hasta *La philosophie critique de l'histoire* (1969) de Raymond Aron²². También Hayden White, se suma con su *Metahistoria* (1992)²³, al identificar como *poética* aquellos recursos de carácter explicativo en los que la historia coincide con el arte de contar. De lo anterior, puede deducirse que por ficticio que pueda llegar a resultar un texto histórico, su aspiración apunta a disponer una representación de la realidad. Así, se constituye la factura literaria de la historia, puesto que dicha representación al interior de los textos, asume la suficiencia del ordenamiento simbólico con el que se dota al mundo que describe, visto desde la realidad, como mundo de la obra, equivalente al mundo real, es decir al de los acontecimientos.

A continuación se dará paso a las puntualizaciones que requiere la investigación en torno a los conceptos de ficción y mimesis, con el fin de mostrar por qué los términos ficción y representación de la realidad no son contradictorios. Para tal efecto, se acude a la *Poética* de Aristóteles²⁴, donde a partir de la noción de tragedia introduce el carácter de *Poésis* que esta implica, cuyo fundamento es el *mythos* del poema trágico, basado en la *mímesis* de la acción humana. La noción de *mythos* permite a Aristóteles dar cuenta de la ficción narrativa, a partir del reconocimiento de que el poema es un discurso; además, presenta como características que en su carácter de poema trágico posee una estructura, trama; y, que constituye un producto de la fantasía, designado como fábula. También plantea que el medio por el cual el poeta elabora su creación es el “conocimiento”, *La Poésis*, que es, podría decirse, el carácter inteligible de una historia surgida de un relato anterior. Una particularidad del *mythos* es que es en el tiempo, puesto que está configurado por una estructura temporal que se objetiva en una gramática que determina el modo en que se relacionan y combinan sus elementos constitutivos.

En lo que a la *Mímesis* refiere, es necesario anotar que el término trasciende la árida noción de imitación como copia que es la acepción con la cual superficialmente se aborda. El rasgo diferencial de esta perspectiva, radica en entender la *imitación* en su talante creativo, en tanto lo que reproduce no son los acontecimientos en sí mismos sino la estructura de su significado. Además, es la que brinda la posibilidad de distinguir el arte humano de las producciones naturales, en tanto, concibe la acción como condición básica para la *mímesis*. A partir de lo anterior, es posible establecer al interior del concepto de trama una equivalencia entre las nociones *mímesis* y *poésis*. En la tragedia, la *mímesis* se ocupa de reproducir las mejores acciones de los hombres, o mostrarlos más virtuosos de lo que en realidad son. Así, la *mímesis* trágica vuelve a poner en funcionamiento la realidad, a través de la exaltación de las acciones humanas; de este modo al “presentar la acción” por una acción mediatizada, es una metáfora de la realidad.

²¹ RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*. op. cit., p.137.

²² *Ibíd.* p.136.

²³ *Ibíd.* p.137.

²⁴ ARISTÓTELES. *Poética*. Madrid. Gredos.1992.

Tendiendo en cuenta los elementos antes mencionados, se dará paso a la postulación que hace Ricoeur acerca de la pretensión referencial que posee la ficción, a partir de la combinación entre *mythos* y *mímesis* llevada a cabo en la *poética* de Aristóteles. El lugar de esta noción de referencia ha sido, la mayoría de las veces, atribuido al prejuicio general que pesa sobre la teoría de la imaginación. Esta tendencia, anclada en el lenguaje ordinario, ha procurado una confusión entre la “imagen” como término y la copia de una realidad anterior; puesto que la concibe a manera de una representación mental que emerge gracias a la ausencia, tal es la perspectiva de Sartre y Ryle²⁵. En este sentido, la discusión está resuelta por sus mismos términos, dado que la misma cosa puede ser percibida en presencia o ausencia, toda la variable radica en que, bien sea por imagen o percepción, estos elementos solo son modos de la misma cosa. Si se acepta la idea de que la imagen es una reduplicación de la realidad, la ficción sería una derivación de imágenes a partir de sus impresiones correspondientes, de modo que su complejidad tendría como base la combinación de nuevos elementos con otros pertenecientes a una experiencia anterior; tal es el caso del centauro y la quimera, cuya novedad es producto de un ordenamiento de apariencias. En este sentido, es comprensible el descrédito con que los filósofos antes mencionados encaran el problema de la novedad, lo cual conlleva a que la concepción de la “referencia productiva” resulte una contradicción. No obstante, “la imagen” evita con astucia esta dificultad, en el sentido en que la imagen en correspondencia con su percepción, tiene como base el mismo referente, lo único que cambia es el modo en que se da la misma cosa. En ese orden, la referencia como faltante de una producción ficticia revela una dificultad; la cual, solo es susceptible de ser disuelta como un planteamiento hecho a una teoría de la imaginación que tenga como premisa la distinción existente entre imaginación productiva y reproductiva. Esto en tanto la ficción formula la dificultad de la irrealidad que es diametralmente diferente a la ausencia. Es decir, mientras que la ausencia produce vacío, que es la carencia de los modos en que puede darse la misma cosa, lo irreal es el referente de la ficción. La contradicción que envuelve lo irreal, consiste en que en el caso de la ficción como imitación de acciones, carece de un elemento original que pueda ser duplicado en ausencia, de manera que lo único que se hace es escindir el anclaje con la realidad en la forma representación, reproducción; pero, al mismo tiempo, surge un nuevo modo de hacer referencia, dado que la ficción no remite a la realidad en un modo reproductivo, como si esta fuera algo precedente, sino que la establece como referencia en la medida que la representa en un plano productivo.

La aplicación de esta teoría de la ficción y la referencia tiene un prometedor horizonte, puesto que comparte los alcances de la teoría de los símbolos, en el sentido de la *filosofía de los símbolos* de Ernst Cassirer y de los *Lenguajes del arte* de Nelson Goodman²⁶. Estos autores coinciden en decir que los sistemas simbólicos funcionan como elaboraciones y reelaboraciones permanentes de la realidad. Lo cual, es evidente en las figuraciones icónicas de carácter estético, las utopías políticas y los modelos epistemológicos, en tanto, por su carácter cognitivo, consiguen alcanzar que se perciba la realidad como la presentan. Esta capacidad organizativa se desarrolla gracias a la base

²⁵ Citados por Paul Ricoeur en *Historia y Narratividad*. Op.cit., p.140.

²⁶ *Ibíd.* p.142.

significa que los precede, la cual obedece a una técnica que trabaja en función de la elaboración de nuevos esquemas que permitan interpretar la experiencia; esto, como puede verse, corresponde con la combinación, propuesta por Aristóteles, entre decir, hacer y elaborar una trama.

Para que la noción de “referencia productiva” deje de ser una paradoja y se le reconozca su función organizativa, requiere que los tres elementos básicos de la ficción se comprendan a sí mismos, de modo que la contradicción emerja en significación, a partir de lo que dice Ricoeur sobre la ficción, que “reorganiza el mundo en función de las obras y ésta en función de aquel”. Así, pues, la ficción redescrive lo que el lenguaje convencional ha descrito previamente, de modo que al relacionar la ficción y la redescipción se desarrolla el vínculo entre *mímesis* y *mythos* en el sentido propuesto por Aristóteles en *Poética*.

A partir de estos elementos de la ficción se proyecta su aplicación a la composición narrativa, para tal efecto es necesario tomar el carácter general de las composiciones, es decir trascender su focalización del drama trágico o épico a todas las ficciones narrativas. La obra narrativa, surge del mundo de la acción humana de las descripciones habituales que se expresan en los discursos²⁷; así, estas han de suspenderse con el objeto de dar lugar al un proceso de redescipción denominado por Ricoeur configuración²⁸. La operación configurativa procede a partir de la referencia de primer orden, *mímesis I*, que es, podría decirse, el magma en donde tienen lugar las acciones que describen el mundo; de allí, se implica necesariamente la existencia de una referencia de segundo orden que se apoya en el lenguaje y se ocupa de hacer una redescipción que *configura* la realidad en una obra o *texto*. En este orden de ideas no es pertinente decir que una obra literaria carece de referencia, en tanto que la acción humana constituye el referente de la historia y de la ficción “aunque lo hagan en función de pretensiones referenciales diferentes”²⁹.

El desarrollo de la referencia a partir de la noción de verdad, heredado de los recursos metodológicos de la evidencia, propio de las ciencias, solo puede ser usado por la historia; dado que en un sentido convencional de la verdad puede concebirse como conocimiento científico. Aunque, esta pretensión veritativa, encuentra limite al someterse a las formas convencionales que regulan la descripción del mundo. Por tal razón, los relatos de ficción pueden apelar a una referencialidad de otro orden, se trata de la referencia doblada del discurso poético; la cual, consiste en redescibir la realidad desde las estructuras simbólicas de la ficción. En este sentido, prescindiendo del velo positivo de la verdad, es posible decir que tanto la historia como la ficción son verdaderas, solo que difieren tanto en los modos como en sus pretensiones referenciales.

A manera de conclusión se planteará en esta parte del texto el modo en la historicidad implica una conjunción con las formas básicas de narración. Para tal efecto, se parte de

²⁷ Este es el fundamento de lo que Ricoeur plantea en Su obra *Tiempo y narración I* con el concepto de *mímesis I*, prefiguración.

²⁸ Con este término sostiene la parte del proceso de elaboración de una obra y que ha dado en llamar configuración *mímesis II*.

²⁹ RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*. op. cit., p.143.

la premisa que concibe la historicidad como una construcción inteligible, y a partir de allí, proponer la viabilidad de la complementariedad entre el relato empírico y el de ficción. Si al principio se habló de una implicación conjuntiva es precisamente porque el complemento se basa en la necesidad que se tiene del relato histórico y el de ficción para poder llevar al lenguaje nuestra situación histórica. Con el ánimo de proceder en la demostración de esta idea, es necesario establecer el modo en que las formas narrativas tienen en común elementos de su intencionalidad. Al respecto afirma Ricoeur “Mi tesis consiste, por tanto, en que nuestra historicidad es *llevada al lenguaje* mediante este intercambio entre la historia y la ficción, así como entre sus pretensiones referenciales”³⁰. Esta aparente paradoja, se enfrenta a dos perspectivas de raíces profundas. Se entiende que a la historia deba serle atribuido un estatuto científico, por la dimensión objetiva que la reviste; no así la ficción, que usualmente se ve como un juego de la imaginación, cuya función es netamente subjetiva y su pretensión pareciera ser el deleite. Esta oposición, entre el disfrute del juego y la normatividad que implica el carácter investigativo de la historia, se puede superar a partir de una distinción de los procedimientos metodológicos que tienen lugar en su interior; para tal efecto Ricoeur se apoya en la noción de interés concebida por Kant, quien la entiende como los fines que orientan una actividad cognitiva.

Si se cuestiona por los fines de la actividad investigativa de la historia, saltará a la vista una concepción de objetividad del orden tanto de las ciencias sociales como naturales, que apoye los procedimientos tanto investigativos como metodológicos; de modo que resulte una noción que satisfaga sus intereses. El interés que moviliza una investigación histórica consiste en la ampliación de nuestra esfera comunicativa. En ese sentido, toda táctica de objetivación, de distanciamiento, duda o sospecha, es un interés por la comunicación, por el discurso; por lo menos de dos maneras: en primera instancia, el historiador conserva los sedimentos de lo que considera memorable, aquello que debe permanecer de acuerdo con el sistema de valores que orientó las acciones humanas, sus luchas sociales, y bajo esta consideración pasan a ser un valuarte para la humanidad. Además, se requiere que el historiador pueda establecer una distancia necesaria entre su objeto y su condición, sus pasiones. Este distanciamiento es la cualidad que mantiene al otro en su talante de Otro. Así, este interés en ampliar las posibilidades de comunicación se convierte en una dialéctica que marca la diferencia entre lo uno y lo otro, lo extraño y lo familiar, lo lejano y lo próximo. Pero, es precisamente esta dialéctica la que signa el vínculo entre historia y ficción, puesto que *reconocer* la *diferencia* de los valores del pasado, contiene la aurora de comprensión que va de lo real a lo posible. Así, pues, las historias que eran tenidas como verdad en el pasado expresan las posibilidades del presente. De este modo, “Se pone de relieve que la historia es el ámbito de las <variaciones imaginativas> que rodean lo real, tal como es entendido normalmente en la vida cotidiana”³¹. Este reconocimiento mutuo que surge de la relación existente entre ficción e historia, a partir de la dimensión mimética de la ficción, permite derivar que a causa de su dimensión mimética, el mundo de la ficción envía al germen del mundo práctico de la acción. Esto aproxima a lo que planteaba

³⁰ Ibíd., p.153.

³¹ Ibíd., p.154.

Aristóteles en poética respecto a la tragedia, que “la poesía es más filosófica (...) que la historia”³².

“Lo que quiere decir es que la historia, en la medida que se encuentra vinculada a lo contingente, no se encuentra asociada de modo inmediato con lo esencial, mientras que la poesía, al no estar sujeta al acontecimiento real, puede referirse directamente a lo universal, es decir a aquello que cierto tipo de personas diría o haría probable o necesariamente”³³.

A manera de conclusión, quisiera retomar de una forma breve la importancia de la noción de discurso narrativo. A lo largo de este capítulo se ha mostrado la complejidad que implica articular la semiótica y la historia, para mostrar finalmente que las dos formas de narración suceden en el tiempo y tienen como referencia básica las acciones humanas. A partir de lo anterior, puede vislumbrarse la pertinencia de concebir la construcción del sí mismo como un proceso semiótico a partir del discurso narrativo, dado que la historia y la ficción poseen un sustrato, que independiente de la forma en que se exprese, recurre necesariamente a un orden narrativo, lo cual, es una condición de existencia propia de los seres humanos. De este modo, se inaugura una perspectiva que en el siguiente capítulo encontrará una forma de desarrollo en la noción de texto, que surge del encuentro dialógico entre la semiótica de la cultura y la filosofía reflexiva; perspectiva que emerge de la necesidad de concentrar la multiplicidad de la formación discursiva en un elemento que combine lo estático y lo dinámico, la permanencia y el cambio, el ser humano en tanto individuo pero posible a través de la construcción permanente de sí, en cuanto perteneciente a una colectividad que se fundamenta en una cultura y por tanto en una identidad. Se trata en este sentido del texto, implicado en una función de carácter ontológico y semiótico cultural.

³² ARISTÓTELES. *Poética*. op. cit., p.158.

³³ RICOEUR, Paul. *Historia y Narratividad*. op. cit., p.155.

2. LA FUNCIÓN ONTOLÓGICA DEL TEXTO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO DESDE UNA PERSPECTIVA SEMIÓTICA

Sin embargo,
cuando el texto es la tierra natal,
incluso cuando tiene sus raíces
únicamente en el recuerdo exacto y
en la búsqueda de un puñado de errabundos,
nómadas de la palabra,
no puede extinguirse.
George Steiner.

Introducción

El siguiente capítulo tiene por objetivo presentar una discusión entre dos posturas de gran amplitud teórica en torno al texto. La pertinencia de este segmento radica en que se propone metodológicamente como un desarrollo que sucede en un plano semiótico, el cual será tomado, desde la perspectiva peirceana, al modo de encuentro dinámico entre interpretantes, dado que ninguna definición encierra para sí lo que podría llamarse el concepto de texto; por el contrario, se formulan perspectivas que dejan abierta la posibilidad de seguir creando formas de ver y de vivir el texto, en suma interpretantes.

Por tal razón, la estructura del capítulo muestra, en primer lugar, algunos elementos fundamentales que sobre el texto ha desarrollado “La semiótica de la cultura”. Allí, Iury Lotman plantea el texto como un dispositivo complejo con capacidad tanto para conservar como para producir mensajes, a través de procesos de producción de sentido, que suceden a partir de transacciones dinámicas, cuyo lugar se encuentra entre los límites de las esferas culturales. Sin embargo, es necesario anotar que estos procesos acontecen al interior de una formación que constituye un constructo teórico y opera como un mecanismo semiótico llamado semiosfera.

A partir de estos elementos, se deriva un conjunto de funciones propias del texto, las cuales se establecen desde una serie de relaciones dicotómicas que dan cuenta de su carácter dinámico y de su vinculación con otros textos en diversidad de contextos. Estas funciones, surgen de la díada básica de la comunicación y van ampliando su horizonte, pasando por el establecimiento de relaciones entre el lector y sí mismo a través del texto, hasta la concepción del texto como un elemento fundamental que toma parte activa en la praxis comunicativa. De la elaboración teórica que sobre el texto aporta la semiótica de la cultura, se espera extraer el proceso de formación del texto, sus funciones y las implicaciones que presentan para la construcción de lo humano, específicamente, de una instancia ontológica como es el sí mismo; desde lo cual, se vislumbra el aporte de valiosos elementos para describir, metodológicamente, esta construcción como un proceso semiótico. Así mismo, estas importantes herramientas conceptuales se cotejarán, en una segunda parte, con la reflexión hermenéutica que

sobre el texto propone Paul Ricoeur, a partir de su concepción de texto entendido como “todo discurso fijado por la escritura”.

La anterior definición tiene como ventaja que configura un punto de partida, desde el cual, su autor, desarrolla un amplio recorrido en torno a la discusión por las actitudes básicas frente al texto. A partir de esta exposición, se deriva el enfrentamiento hermenéutico entre explicar e interpretar, donde cada una de las actitudes, en principio opuestas, llegan a complementarse, en tanto la explicación es parte del proceso mediante el cual se llega a la captación estructural del decir de un texto; y la interpretación, más allá de la apropiación, es el fundamento del *arco hermenéutico* que favorece la comprensión del texto y de sí mismo que, en lugar de ser entendidos como procedimientos aislados, suceden de manera simultánea y apuntan a la fundamentación de una concepción donde la lectura sea tomada como una *recuperación del sentido*.

La postura de Ricoeur aporta al proceso de enriquecimiento conceptual que pretende este trabajo, al intentar establecer un diálogo entre la filosofía reflexiva y la semiótica de la cultura, una serie de posibilidades que van desde el encuentro de distintas posiciones hasta el establecimiento de relaciones conceptuales en torno a la construcción ontológica del sí mismo a partir de la mediación de signos discursivos y procesos culturales, particularmente, el texto y la lectura.

2.1. SEMIÓTICA DE LA CULTURA

La cultura entendida como un fenómeno social, se encuentra organizada estructuralmente al modo de un complejo sistema que comporta la producción, conservación y reproducción de información. Este proceso se lleva a cabo a partir de la interacción de unidades de base llamadas textos. Así pues, del carácter dinámico de esta interrelación textual se genera un permanente proceso de producción de significación, el cual sólo es posible dentro del escenario cultural que funciona bajo el mecanismo de un *continuum* semiótico denominado por Iuri Lotman “Semiosfera”. El término anterior, introduce el objeto de una perspectiva de análisis que se ocupa tanto de la organización y funcionamiento de este dispositivo de producción de sentido. Se trata de la semiótica de la cultura, una disciplina que busca examinar “la interacción de los sistemas semióticos diversamente estructurados, la no uniformidad del espacio semiótico, la necesidad del poliglotismo cultural y semiótico”³⁴.

En términos generales, podría decirse que esta propuesta teórica de investigación en semiótica se ocupa de los procesos de producción de significación que suceden al interior de esa unidad denominada semiosfera; procesos que a su vez devienen como consecuencia de los complejos y diversos modos de interacción que se dan entre las esferas que la conforman. Si bien la semiosfera tiene una especificidad territorial, que establece los límites entre lo que a ella compete y lo que no, las esferas que la constituyen no son ajenas a esta característica. Cada una de las esferas posee un sistema o código que la organiza, la define y establece sus límites; por consiguiente, entre ellas

³⁴LOTMAN Iury. *La semiosfera I*. Madrid. Cátedra. 1996. p.78.

existe un espacio que señala las diferencias y a la vez favorece el intercambio de información llamado frontera.

Su función es comparable al del espacio sináptico que favorece la comunicación entre las neuronas; es decir, las neuronas se encuentran en permanente intercambio de sustancias químicas, sin embargo nunca llegan a tocarse debido a que la asimilación de sustancias se realiza a partir de una prolongación ramificada llamada dendrita, cuya función es captar del espacio sináptico los químicos para producir los neurotransmisores necesarios que originen información suficiente que responda o genere un estímulo determinado.

El proceso neuronal antes descrito, significa una traducción de cierta información de un código externo a uno interno que permita la asimilación y por lo tanto la producción de información; lo anterior es enteramente comparable con la definición de frontera semiótica entendida como “(...) la suma de los traductores “filtros” bilingües pasando a través de los cuales un texto se traduce a otro lenguaje (o lenguajes) que se halla fuera de la semiosfera dada”³⁵. A partir de esta definición, es posible inferir la disposición limítrofe propia de las semiosferas; pero, además, el carácter del dispositivo que hace posible la conversión de un código en otro, elemento que por su complejidad constitutiva es capaz de transformar y generar mensajes, se está haciendo referencia al texto.

Es necesario enunciar que la anterior alusión al texto es, en este punto, una descripción incipiente, puesto que desde la perspectiva de la semiótica de la cultura, su complejidad trasciende el nivel de la conversión y la producción de mensajes, para alcanzar un nivel ontológico.

2.1.1. El Texto. Una mirada desde la semiótica de la cultura. Lo que interesa a la semiótica de la cultura con relación al texto son, en términos generales, aquellos elementos que se presentan como divergentes a la estructura de la lengua. La atención prestada a estos fenómenos, surge como una respuesta a esa tendencia de los estudios semióticos que se ha ocupado de los modelos de los textos, es decir la meta-semiótica. Ahora bien, esta inclinación, se ha caracterizado por identificar elementos de orden estructural, tales como la contradicción y la inconsecuencia estructural, en suma, todos aquellos elementos que dan cuenta de la forma en que se materializan los componentes que constituyen la estructura de la lengua.

A partir de estos postulados, la semiótica de la cultura presenta una propuesta novedosa frente a los planteamientos tradicionales, en especial, cuando centra su interés en la investigación sobre la forma semiótica en que funciona el texto. En este sentido, Lotman propone revisar el concepto de texto a partir de la relación dada entre el lenguaje y la comunicación.

³⁵ Ibíd., p.24.

En este orden de ideas, es pertinente mostrar que el estudio del texto se ha considerado desde dos enfoques. En el primer enfoque, el texto es la materialización del lenguaje. Según I. Lotman, de esto se desprende una suposición común: la idea de que "el lenguaje precede al texto, el texto es generado por el lenguaje"³⁶. Así, desde esta perspectiva, la construcción del texto presupone la existencia de un código que se toma como su estructura de base. Es decir, el texto es un producto del cual se puede extraer cierta información codificada. A esta idea de considerar el lenguaje como unidad primaria para la elaboración del texto está ligada otra suposición, la del lenguaje y el texto como sistemas cerrados y pancrónicos. Afirma el autor que bajo esta concepción el texto se consideraba "(...) como un material en el que se manifiestan las leyes de la lengua, como un género de mineral del que el lingüista, fundiéndolo, extrae la estructura de la lengua"³⁷. Este punto de vista dota al lenguaje de una función comunicativa primaria, a saber, la transmisión correcta de la información de un emisor a un receptor. La primera función se cumple, de la mejor manera, en el caso de la más completa coincidencia de los códigos del que habla y el que escucha, y, por consiguiente, en el caso de la máxima monosemia del texto.

En cuanto al segundo enfoque, la relación entre el lenguaje y el texto se transforma. Si en el primero el código precede al texto, en el segundo, "el código mismo nos es desconocido: todavía tendremos que reconstruirlo basándonos en el texto que nos es dado"³⁸. Desde esta posición, el texto no se limita a utilizar las unidades y la estructura de un código específico, sino que contribuye a la deformación y el enriquecimiento del sistema. Lo cual tiene como consecuencia un más allá de la función comunicativa; es decir, el texto cumple también una función formadora de sentido, interviniendo, específicamente como generador de sentidos. De este modo, si en el primer enfoque, los cambios del sentido en el proceso de comunicación se consideran un error y por ende no son del interés del investigador, en el segundo, éstos adquieren la relevancia necesaria para su abordaje analítico en la semiótica.

El aspecto deformador del sistema, refiere al componente creador del texto, cuya presencia demuestra que su interior no se constituye de estructuras homogéneas. Es decir, mientras en la primera función, el texto sólo se considera como una materialización del lenguaje, en la segunda, la realidad textual, se presenta como un tejido de estructuras heterogéneas. Esta posibilidad de interacción entre unidades de diversa naturaleza genera la producción y comunicación de un mensaje, pero, ante todo, la emergencia de nuevos sentidos. Desde esta óptica, lo que constituye la base de generación del sentido del texto es, fundamentalmente, la tensión entre los elementos internos que, pese a su diversaénero yñncia, logran organizarse en un tuno único y coherente.

De este modo, se empieza a ver el texto a partir de los múltiples sistemas semióticos que a su vez poseen diversidad de estructuras que se interrelacionan de variadas maneras. Así, se marca una oposición con la idea de texto que lo entendía como un enunciado de

³⁶ Ibid., p.92.

³⁷ Ibid., p.86.

³⁸ Ibid., p.93.

carácter unitario e indivisible, susceptible de ser expresado de manera indistinta en cualquier lenguaje. Inicialmente, la concepción de texto como unidad, encuentra una fractura con la posición propuesta por la semiótica de la cultura; específicamente, cuando expone que la condición para que pueda ser calificado un enunciado como texto, es que haya pasado como mínimo por una doble codificación; es decir, una natural conformada por diversos signos de múltiples significados y otra ligada a cierto signo de significado unívoco.

Desde esta óptica, se afirma que el proceso de formación de los textos, se encuentra inserto en un proceso dinámico. Inicialmente, el enunciado en una lengua natural fue tomado como el elemento primario; luego, al pasar por un filtro ritual, se incorporó a un código y se convirtió en texto. Posteriormente, este texto se adhirió a otras fórmulas que lo constituyeron como texto de segundo orden, desde el cual se incluían subtextos en lenguajes de distinto orden; por ejemplo, las palabras en conjunción con los gestos. Esto se identifica con mayor evidencia en las producciones artísticas. Allí, se muestra, a partir de una unidad estructural, la interacción de las múltiples estructuras que, a su vez, se interrelacionan en diversos planos semióticos dando lugar al sentido general de la obra; entendida, desde este punto de vista, como un todo textual. Una de las características fundamentales de este complejo proceso, mediante el cual emerge un texto, es la tendencia a fortalecer su unidad interna; lo anterior, tiene como efecto la delimitación de fronteras que señalan los componentes de esta unidad. En sí mismos, estos elementos adquieren su propia fuerza, de modo que se van desarrollando de manera autónoma y en consecuencia, independientes.

Asimismo, para que el texto pueda generar nuevos sentidos, debe entrar en interacción con un auditorio en una situación de comunicación concreta. “Esto por sí solo no debe asombrar: no todo sistema generador dinámico puede trabajar en condiciones de aislamiento de los torrentes de información externos”³⁹. Es decir, para que lleve a cabo su función comunicativa como generador de sentido, es necesario que esté sumergido en una semiosfera particular, en cuyo interior resulta inevitable su interacción con otros textos; por ejemplo, aquéllos que están en la conciencia de quienes conforman el auditorio. Con el ánimo de resolver estas heterogeneidades, no sólo en lo que respecta a las organizaciones semióticas sino también a nivel intercultural, la lógica del espacio semiótico impone la necesidad de procesos dinámicos de traducción entre los diversos tipos de textos. Estos procesos interactúan de manera indistinta, se trata del diálogo y la traducción entendida como interpretación. Sólo a partir de estos procesos se regulan las heterogeneidades y se garantiza la integridad de la semiosfera

2.1.2 Las funciones del texto. Existe una serie de relaciones dicotómicas que se muestran como tendencias a la integración y a la desintegración; éstas, representan la dinámica mediante la cual un texto se vincula a otros textos en diversos contextos y ejerce diversas funciones al interior de la cultura. Este movimiento, expresa las divergencias entre las diversas posiciones en las que puede situarse un texto, mostrando a partir de ellas variadas posibilidades de producción. Por ejemplo, las perspectivas del

³⁹ Ibíd., p.89.

lector y el autor pueden ser opuestas, es decir donde el autor ve un texto con unidad propia, es posible que el lector lo perciba como una parte de algo, puede ser tomado como pieza de una colección o un ciclo. También, es viable que se de el caso contrario, es decir, donde el autor puede percibir una parte, el lector puede ver una unidad. De este modo a un texto le es dado establecer relaciones complejas entre un contexto cultural y un público lector; en este sentido, el texto muestra propiedades de dispositivo intelectual: no solo porque transmite información depositada en él desde afuera, sino porque también transforma mensajes y produce nuevos mensajes. Estas relaciones que parten de la díada básica de la comunicación, muestran ciertas variantes que complejizan su trato y describen, para cada caso, una función distinta del texto, las cuales se exponen a continuación:

1. Trato entre el destinador y el destinatario. El texto porta una información dirigida a un auditorio.
2. Relación entre el auditorio y la tradición cultural: El texto es la memoria cultural de la colectividad. Se puede enriquecer de manera permanente, actualizar la información que posee y dejar a un lado otros textos ya sea temporalmente o por completo.
3. El trato del lector consigo mismo. El texto como mediador ayuda a actualizar y a estructurar rasgos de la personalidad del destinatario, aporta a la auto-orientación, y al establecimiento de vínculos como las construcciones metaculturales. Aplica especialmente para textos tradicionales.
4. Relación entre el lector y el texto. Un texto de alta organización intelectual es una unidad que trasciende su nivel de mediador para ser interlocutor.
5. El trato entre el texto y el contexto cultural. En este caso, el texto es un participante del acto comunicativo que representa un contexto (tal como sucede en la relación entre un texto artístico y su título). Los textos como formaciones estables y delimitadas, pasan de un contexto a otro re-codificándose.

En síntesis, para la semiótica de la cultura un texto es definido como “(...) un complejo dispositivo que guarda variados códigos, capaz de transformar los mensajes recibidos y de generar nuevos mensajes, un generador informacional que posee rasgos de una persona con un intelecto altamente desarrollado”⁴⁰. Debido a que es en doble vía, como queda demostrado por las anteriores puntualizaciones, se habla de relación con el texto. Esta es la forma en que su mutua vinculación se asemeja al trato semiótico de un ser humano con otra persona autónoma.

Para los efectos de este trabajo se retomaran, a manera de conclusión parcial, aquellos elementos de la semiótica de la cultura que se podrían señalar como más representativos en lo que a la noción de texto se refiere, de modo que signifique un aporte a la discusión

⁴⁰ Ibíd., p.82.

que gira en torno a la investigación sobre “La construcción del sí mismo a partir del discurso narrativo” entendida como un proceso semiótico.

En primer lugar, lo referente al funcionamiento natural de la frontera. Se entiende que la frontera se ocupa de relacionar dos esferas de la semiosis; sin embargo, desde la posición de la autoconciencia la función es inversa “Tomar conciencia de sí mismo en el sentido semiótico-cultural, significa tomar conciencia de la propia especificidad, de la propia contraposición a otras esferas. Esto hace acentuar el carácter absoluto de la línea con que la esfera dada está contorneada”⁴¹. A partir de lo anterior, no es forzado interpretar que tomar conciencia de sí es posible mediante el proceso de delimitación de lo que constituye a cada sujeto como una entidad ontológica distinta, pero en permanente construcción y relación con la alteridad.

En segundo lugar, la relación con la alteridad con fines de delimitación e intercambio sucede a partir del trato con un complejo conjunto de códigos, en plena capacidad de recibir y producir mensajes que constituyen textos.

En tercer lugar, las variantes diádicas de relación entre el texto y los diferentes modos de destinatario, son procesos semióticos en los que la función del texto aporta a la construcción de sí.

Cuarto, el texto es tomado como metáfora de una persona con desarrollo intelectual alto, un interlocutor que suscita procesos de mediación del sí, visibles en acciones para la comprensión y la explicación del relato humano, mediante la actualización de la personalidad, de la historia y de las construcciones metaculturales.

2.2. EL TEXTO DESDE LA FILOSOFÍA REFLEXIVA Y LA HERMENÉUTICA

La construcción filosófica de Paul Ricoeur es, como él mismo la denomina, una filosofía reflexiva, que ante el problema del texto lo asume como una intelección de sí, donde prima la reciprocidad entre su propuesta y la hermenéutica. La forma en que Ricoeur postula su perspectiva frente al “texto” surge a partir de una discusión de carácter hermenéutico, discusión que se aborda tomando como punto de partida lo que él denomina las actitudes fundamentales frente a un texto, refiriendo así a la *explicación* y la *comprensión*. El abordaje de estas posturas se ancla inicialmente en los aportes de Wilhem Dilthey quien, a finales del siglo XIX, atribuye estas actitudes a modos particulares de investigar, en este caso, afirma, le es propio a las ciencias naturales la *explicación*; no obstante, esta condición fue adoptada por los investigadores de las ciencias históricas de orientación positivista, quienes incorporaron a su quehacer este modelo; lo cual, tenía como corolario asumir la interpretación como un modo de *comprensión* propio de las ciencias del espíritu.

⁴¹ Ibíd., p.28.

A partir de lo anterior, se proyecta la posibilidad de enfrentar posiciones en torno a la discusión dada entre *explicación e interpretación*, teniendo en cuenta que la primera ya no deriva su desarrollo de las ciencias naturales sino de puntos de referencia propios de la lingüística. De igual forma, el concepto de interpretación se ha modificado de manera considerable a partir de los aportes de la hermenéutica contemporánea.

Así, se trata de presentar un marco de discusión hermenéutica cuyo eje referencial es la aparente oposición entre las actitudes fundamentales con respecto a un objeto particular como es el texto. El comentario anterior, tiene como función esbozar el punto de partida que asume Ricoeur desde el cual avanza definiendo el texto como “todo discurso fijado por la escritura”⁴². Esta concepción, le permite iniciar un recorrido fundamental en el que muestra la forma en que se sujeta el discurso a la escritura; para tal efecto, formula la pregunta por la relación que se da entre texto y habla. A partir de lo anterior, se puede inferir sin dificultad que el habla es primero, posición que se apoya en una definición canónica como es la que configura la concepción de habla de Saussure, cuya afirmación radica en decir que la lengua sucede como discurso, por lo tanto la producción de un discurso emerge en un hablante particular; de forma análoga se entiende la posición del texto frente al habla pues toda escritura emerge de manera posterior.

Decir que “la escritura es fijación del habla” no constituye un motivo de discusión, lo que sí podría plantearse es la pregunta por los posibles efectos que se pueden producir con respecto a la relación entre los enunciados y el discurso, esto debido fundamentalmente a la distancia que hay entre la oralidad y la aparición de la escritura. A partir de esta cuestión, Ricoeur reafirma su definición de texto y dice que si efectivamente todo discurso es fijado por la escritura es porque habría podido ser emitido; sin embargo, se escribe porque aun no ha sido pronunciado. Pero ¿será que afecta en algo su condición cuando no es el habla lo que se escribe, sino lo que directamente pretende decir el discurso? Podría pensarse en el caso de la lectura, puesto que allí se sostiene un vínculo entre la pretensión del enunciado y la escritura: la interpretación. De ahí, se deriva entonces, que la lectura pueda ser contemplada como un diálogo con el autor por medio de su obra, donde el lector reemplaza al interlocutor y de manera análoga la escritura a la locución y al hablante.

Pese a la validez que pueda ser otorgada a lo antes presentado con respecto a la relación dialógica entre el lector el libro, existen unas condiciones naturales que niegan tal reciprocidad, pues, es necesario tener en cuenta que por diálogo se entiende un intercambio alternativo de interrogantes y respuestas, lo cual, no sucede entre el lector y el libro puesto que éste no responde a sus preguntas. Además, como se verá a continuación, se ocultan mutuamente, por cuanto en la lectura no está el autor y en la escritura no está el lector. Esta doble imposibilidad se suma a la hipótesis de que la escritura se realiza de manera semejante al habla, sustituyéndola, de modo que la sujeción del discurso en la escritura, sea más bien la intención de un decir; es

⁴² RICOEUR, Paul. *Del texto a la acción*. México. Fondo de Cultura Económica. 2002. p.127.

precisamente a partir de la inscripción de la intención que “Esta liberación de la escritura que la pone en el lugar del habla es el acto de nacimiento del texto”⁴³.

Ahora bien, cuando el enunciado se escribe, omitiendo así su realización oral, además de conservar el discurso para la memoria de la subjetividad y de la colectividad, y, de hacer viables, por su carácter simbólico, procesos de traducción en los que se puede hallar diversos semblantes del lenguaje que dan cuenta de su efectividad; también se presenta un efecto respecto a la referencialidad del lenguaje frente al habla, por cuanto al ser dirigido a otro hablante, el sujeto del discurso dice algo acerca de algo y lo que dice constituye el referente de su discurso. Es así que a partir de la frase como componente esencial del discurso se ejerce la función de decir algo verdadero o real. La importancia de esta función radica en procurar cierto equilibrio a esa escisión entre signo y cosa, pues mediante dicha función, afirma Ricoeur citando a Gustav Guillaume, “el lenguaje devuelve al universo los signos que la función simbólica, en un principio había sustraído a las cosas”⁴⁴. Bien puede decirse, que de esta forma sucede el anclaje del discurso al mundo, además siempre que hablamos lo hacemos del mundo.

En la sustitución del texto por el habla emerge un fenómeno particular. En el habla los hablantes están presentes de modo que la referencia a la realidad es común; en efecto, esto es posible porque como se dijo, el lenguaje se fija en lo real, todo lo que se dice tiene una referencia real y al demostrarlo el sentido muere en la referencia, de igual modo la referencia en lo ostensivo de la acción. Pero, cuando el habla es reemplazada por el texto, el carácter referencial ostensivo del diálogo se interrumpe, dando así lugar a lo que Ricoeur llama *la ideología del texto absoluto*. En este sentido, podría pensarse que el texto, frente al diálogo, carece de referencia y por tanto se encuentra fuera del mundo, lo cual se debilita mediante la función interpretativa de la lectura que consiste, efectivamente, en llevarla a cabo. Sin embargo, ese fuera del mundo, atribuido a los textos, es parte de sus características y como tal tiene una función como es la de hacer posible la relación intertextual. “Esta relación intertextual, junto con la disolución del mundo sobre el que se habla, da lugar al cuasimundo de los textos o *literatura*”⁴⁵.

Lo que sostiene la *ideología del texto absoluto* es la interrupción por el texto hacia la referencia; de este modo, se evita que las palabras se desvanezcan ante las cosas y por medio de la escritura se hacen, para sí mismas, palabras. En el cuasimundo de los textos es posible superar el carácter circunstancial del habla; esto hace posible, por ejemplo, recuperar el brillo de una época o de una civilización pasada a través de sus obras. Ese mundo del pasado, se presentifica y lo que antes era habla ahora es escritura y por lo tanto imaginación y creación literaria. Otro efecto, surge de esa conversión mundo – texto, y tiene que ver con la relación texto, autor y lector. Se puede partir de asumir al autor como un hablante, aunque en el texto no hay hablante como tal, debido a que no se cumple con la condición de autodesignación inmediata como sucede en la ejecución discursiva. Así, en la relación texto-autor, el texto se convierte en el espacio en el que éste es posible. Sin embargo, se introduce la cuestión de si acaso no es el autor el primer

⁴³ Ibid., p.129.

⁴⁴ Ibid., p.130.

⁴⁵ Ibid., p.131.

lector del texto, y si lo es, entonces, cómo se produce el distanciamiento. Este aspecto se retomará más adelante del lado de la noción de cuasi-mundo de los textos.

En la lectura sucede un encuentro de posiciones entre *explicación e interpretación*, las cuales según Dilthey son antagónicas; es decir, se explica como se hace en las ciencias naturales o se interpreta como en las ciencias del espíritu. Es necesario anotar que la oposición inicial de Dilthey es entre *explicar y comprender*, donde el lugar de la interpretación es parte de la comprensión.

En las ciencias de la naturaleza, los objetos son sometidos a la verificación del método científico, mientras que en las ciencias del espíritu se privilegian las producciones de la subjetividad; en este sentido, “la comprensión consiste en trasladarse a un psiquismo ajeno”⁴⁶. Así pues, es posible pensar que puede darse una forma de conocimiento que objetive la singularidad de los individuos; para Dilthey esto es enteramente posible dado que el interior humano se manifiesta en signos externos, susceptibles de ser concebidos como signos de la psique de otro. De este modo, concibe la comprensión como el *proceso* por el que se accede al conocimiento de *algo* de la psique a partir de los signos a través de los cuales se expresa, y la interpretación es la comprensión que se aplica a los signos, es decir, en palabras de Ricoeur, a los testimonios y a los documentos cuya característica distintiva es la escritura.

Se tiene, entonces, que la comprensión favorece el acceso al conocimiento del psiquismo ajeno a través de los signos, en tanto la interpretación, por su parte, brinda la posibilidad de objetivación del conocimiento gracias a la escritura de los signos. No obstante, a la pretensión de complementariedad que formula Ricoeur, ante las dos actitudes fundamentales frente a un texto, se encuentra precedida por un debate en torno a la fundamentación de la hermenéutica, donde trabaja el esclarecimiento del status científico de la interpretación, derivado de que la explicación ya no es del dominio de las ciencias naturales lo cual no es suficiente porque al interior del concepto de interpretación habita cierta intuición inverificable y que es, a su vez, compartida con el concepto de comprensión. En efecto, si se habla de ciencias del espíritu es preponderante tener en cuenta la noción de objetividad que se le supone inherente, lo cual, significa una ruptura entre comprensión e interpretación al interior de la hermenéutica; pues, por un lado, está su tendencia a la psicologización y por otro, su proyecto de establecer una lógica de la interpretación. Para Dilthey comprender es entender al autor, al proceso por el cual se dio curso a la obra, para así reducir cualquier vestigio de psicologización, de introspección y comprensión de sí. Sin embargo, “la exteriorización de la vida conlleva siempre una interpretación de uno mismo y del otro indirecta y mediata. (...). La interpretación siempre tiene por objeto la reproducción, la *Nachbildung*, de las experiencias vividas”⁴⁷.

En este punto, es importante retomar la idea del cuasi-mundo de los textos, puesto que, abre por un lado la posibilidad, desde la posición de lector, de escindir la referencialidad

⁴⁶ Ibid., p.132.

⁴⁷ Ibid., p.134.

del texto, tratarlo como si no tuviera autor ni mundo, o bien, facilitar que se vivifique como habla; estas posiciones, describen la dialéctica de la lectura. En este orden de ideas, al dedicarse a la identificación de la referencia se elimina su exterioridad y queda el acceso a la estructura interna; además, se adopta una actitud explicativa frente al texto pues se ocupa de mostrar la forma en que está constituido; lo anterior, presenta como efecto que se quiebra la trascendencia hacia el mundo y hacia el otro. Epistemológicamente, este procedimiento explicativo es propio del lenguaje y no al decir de Dilthey era incorporado de las ciencias naturales. La actitud del modelo estructural frente a un texto, asume que aunque la escritura y el habla se encuentran de una misma parte con relación a la lengua, es decir, junto al discurso, por su parte, la escritura frente al habla, posee elementos estructurales tal y como sucede en la lengua y en el discurso. Lo anterior, apunta a decir que las disposiciones para la organización estructural del lenguaje, en general, funcionan de la misma forma en que se organizan las unidades más pequeñas, es decir, las de grado inferior a la frase. De este modo, la explicación ha cobrado pertinencia al ser tomado como concepto propio de la semiología, a partir del análisis estructural de las narraciones y de la lingüística por el análisis de las estructuras de la lengua.

A partir de lo anterior, se toma el lenguaje como ese plano común en el que puede darse la discusión entre explicar e interpretar, sin la intersección de las ciencias naturales de las que se importaban procedimientos y conceptos. Ahora bien, desde esta óptica, el punto de partida lo marca la interpretación como actitud ante un texto y a modo de artificio operativo, la lectura que, como se enunció antes, desprende dos formas de ejecución. La escisión de la referencialidad (explicación) y su realización en el habla actual, cuya importancia radica en que a partir de la suspensión de la referencialidad se abre el espacio a la significación. Sin embargo, la explicación no sería posible si se conservara la concepción del texto como algo cerrado en sí mismo, de ahí que la interpretación sea la consecuencia de la superposición discursiva propia de la constitución del texto.

En primera instancia, a la interpretación se le atribuye el sentido de apropiación, aspecto por el cual la explicación se tornará en una mediación más no en una oposición. Ante lo cual anota Ricoeur:

“Entiendo aquí por apropiación, el hecho de que la interpretación de un texto desemboca en la interpretación de sí de un sujeto que, a partir de ese momento, se comprende mejor, de otra manera o, sencillamente, comienza a comprenderse. (...) la comprensión de sí ha de dar un rodeo por la comprensión de los signos culturales en los que uno mismo se documenta y se forma”⁴⁸.

Con base en lo anterior, se puede hablar de la finalidad que comporta la comprensión de un texto, la cual, está dada a partir de la mediación que acontece en la relación de un sujeto consigo mismo, así como en la reflexión sobre el sentido de su propia vida. Por

⁴⁸ Ibíd., p.141.

consiguiente, la condición sin la cual la reflexión y por tanto la mediación son posibles es la ausencia de signos y de obras, lo cual hace que la explicación tampoco se dé, puesto que es parte del proceso de la comprensión de sí. Así, pues, la construcción de uno mismo y del sentido se llevan a cabo de manera simultánea.

Otros rasgos de la apropiación, a los que se opone la hermenéutica, es, en primer lugar, la distancia cultural que se da en términos de tiempo y la distancia del sentido propio; es decir, del sistema de valores en el cual emergió el texto. De este modo, la función de la interpretación es aproximar lo lejano, dar familiaridad a lo extraño, pero sobre todo actualizar. De ahí que para Ricoeur, “la lectura sea como la ejecución de una partitura musical que actualiza las posibilidades semánticas del texto”; de este modo, se supera la distancia cultural y se integra a la comprensión de uno mismo. La actualización del texto le provee, a su vez, de un contexto y un auditorio. Así, la lectura se toma como si fuera habla, pues aunque nunca alcanza el intercambio dialógico, sí da lugar a un acto que conserva con el texto una relación análoga a la del habla con la lengua, debido a que en ambos casos se trata de instancias discursivas.

Desde la perspectiva del análisis estructural, el texto era portador de una serie de vínculos internos que lo constituían como estructura, ahora, adquiere un significado que se efectúa en el discurso del lector. De este modo, más allá de su faceta semiótico-estructural comporta una magnitud semántica. Ahora bien, aun no se ha integrado la noción de interpretación, entendida como apropiación a la posición de la explicación propia del análisis estructural; por lo tanto, siguen pareciendo opuestas, se trata entonces de que el análisis estructural y la hermenéutica se comporten de modo complementario, si se tiene en cuenta que cada una remite a la otra a partir de ciertos aspectos que comparten.

En el estructuralismo la noción de “sentido” refiere al orden de los elementos de un texto, a la forma en que se integran los segmentos de la acción y los actantes dentro de un relato que se toma como un todo. Si se considera que el análisis estructural representa una etapa necesaria en un primer momento del proceso interpretativo que va de la ingenuidad a la crítica y de una interpretación superficial a una profunda, entonces, resulta viable integrar la explicación y la interpretación en un *arco hermenéutico*, que fundamenten una concepción donde la lectura sea tomada como una *recuperación del sentido*.

Hasta el momento, asumir la interpretación como apropiación de la intención del texto solo señala su carácter subjetivo y se encuentra en el marco conceptual de Dilthey. Por otra parte, el análisis estructural aporta que el objeto del texto no se funda en la intención del autor o su vivencia sino en el cometido mismo del texto. Ahora bien, si la intención del texto se dirige en el mismo sentido que el pensamiento, es necesario concebir la semántica de un modo dinámico. Explicar es mostrar la estructura, lo cual es estático, mientras que interpretar es seguir al camino abierto por el pensamiento del texto. Así, es posible mostrar un procedimiento interpretativo de carácter objetivo que lo muestre como acto del texto, en el que la tradición y la interpretación hagan parte del mismo. De este modo, Ricoeur vincula su propuesta a la definición que da Aristóteles

cuando en el tratado *De la interpretación*, afirma que interpretar es la acción del lenguaje sobre las cosas; esto no debe entenderse como la acción de un segundo lenguaje sobre un primero, sino como la mediación de los signos en nuestra relación con las cosas. Esta concepción, se complementa con la noción de *interpretante* de Peirce, a partir de la cual espera sostener que la tradición y la interpretación habitan en el texto. Para Peirce, la relación entre un signo y un objeto permite que otra relación como es la del interpretante con el signo, haga parte de la relación entre signo y objeto. Lo que Ricoeur toma de esta posición es la condición apertura que existe ente signo y objeto, por cuanto admite la incursión de otro interpretante que opere como mediador en la primera relación. Se entiende por interpretante el comentario que esclarece la relación signo-objeto, este surge de la inacabada conexión entre emisor y receptor que se fundamenta en la propia experiencia, de ahí la emergencia infinita de interpretantes.

Ricoeur expresa como salvedad la prudencia que exige el concepto peirciano de interpretante, puesto que se trata de un interpretante de signos y el que se requiere para su teoría del texto, es un interpretante de enunciados; pero, aclara que lo usa en tanto es posible ponerlo mas allá de las unidades pequeñas, hacia las mayores, del mismo modo que los estructuralistas utilizan unidades de un nivel inferior de la frase a unidades de carácter superior o igual. Así pues, la transposición de los términos sucede como se muestra a continuación: de la triada, objeto, signo, interpretante, se dirige a la concepción del texto como objeto; el signo tomado a modo la semántica profunda de igual manera a como la expone el análisis estructural, y finalmente la serie infinita de interpretantes conformada por las diversas interpretaciones que se incorporan a la dinámica del texto como realización del sentido.

A manera de conclusión, puede decirse que la despsicologización de la interpretación es posible derivada de los conceptos de Aristóteles y de Peirce; “Desde ahora, interpretar, para el exegeta, consistirá en orientarse en el sentido indicado por esta relación de interpretación que forma parte del propio texto”⁴⁹. Interpretación como apropiación es un extremo del *arco hermenéutico*, “se trata del primer pilar del puente, del punto de apoyo del arco en el suelo de lo vivido”. Sin embargo, la hermenéutica se ocupa de mediar esa *interpretación-apropiación* a lo largo de la serie de interpretantes que hacen parte de la realización del texto en sí mismo. La apropiación pierde su arbitrariedad cuando se va en busca de la recuperación de lo que dinamiza el texto como sentido y la voz del hermeneuta es “un redecir que reactiva el decir del texto”; de este modo, en la actitud del exegeta se integran las actitudes fundamentales frente al texto, allí donde lo que él dice es el decir del texto y de sí mismo.

2.3. HACIA UNA ONTOLOGÍA DEL TEXTO DESDE UNA PERSPECTIVA SEMIÓTICA

Esta parte conclusiva del capítulo, se ocupará de esbozar los elementos fundamentales sobre los cuales se cierne la discusión en torno a la función ontológica del texto como un signo entre el sujeto y la cultura. Si bien desde “la semiótica de la cultura” se

⁴⁹ Ibíd., p.147.

concebía como una compleja unidad que favorece procesos de creación y traducción de información, la óptica de Ricoeur lo plantea como una formación netamente discursiva sujeta a la escritura. De estas posiciones se derivan múltiples funciones que en la “semiótica de la cultura” se describen como procesos de producción de sentido que, podría decirse, se van materializando en signos culturales a partir de los cuales se constituye un entramado semiótico llamado semiosfera. Luego, las funciones van adquiriendo mayor complejidad, cuando describe el texto como una instancia mediadora del lector consigo mismo; de ahí, deriva la posibilidad de actualizar y estructurar sus rasgos de personalidad. De este modo, le adjudica funciones de construcción ontológica, puesto que pone al sujeto en un plano de realidad que se va haciendo con él. Esta posición, encuentra posibilidad de diálogo con el enfrentamiento que establece Ricoeur con las actitudes fundamentales frente al texto, explicación e interpretación, sobre todo con el aporte capital que realiza al derrumbar su oposición y proponerlas como complementarias. Lo anterior, afirma el papel constructor del sí mismo que a partir del texto como materialización del discurso narrativo propone esta investigación. No obstante, la discusión hermenéutica de Ricoeur se traza unas metas que recorren los derroteros de los estudios del lenguaje en los que actualmente se mueve la semiótica.

Si bien, las dos posiciones muestran cierta trascendencia del texto con respecto al habla, como la entendía De Saussure, el aporte de Ricoeur es el que abre la posibilidad de quitar el carácter unitario y estático de la estructura del texto, como llamaba la semiótica de la cultura al análisis estructural, y lo pone en circulación proponiéndolo como un elemento fundamental en el proceso de comprensión. El anterior desarrollo, muestra la integración de las posturas, las cuales confluyen en la relevancia que cada una da a la lectura como proceso de asimilación, actualización y producción de los signos, además como vía de objetivación, a partir de la lengua, de cierta intuición interpretativa que subyace en el habla y que es constitutivo de la construcción de sí.

Por otra parte, el carácter dinámico de dicho proceso lector de función ontológica, mediador inacabado e inacabable, en el que se privilegia el lugar del texto como participante en el acto comunicativo, se complementa con la idea de conciencia de sí propuesta por la semiótica de la cultura, entendida como el conocimiento de la propia especificidad que dibuja el límite a partir del cual le es dado relacionarse con otras. Esta concepción, se dinamiza incorporándola a la noción de apropiación interpretativa, donde el lector exegeta lee el texto desde sí pero respetando el decir propio del texto, ideas que funcionan en *el arco hermenéutico*, visto como el polo a tierra que vincula al lector, su experiencia y su participación de lo que Ricoeur llama el cuasi-mundo de los textos que desde la semiótica es el escenario de la relación intertextual.

Finalmente, la autonomía del texto o la escisión de la referencialidad desde Ricoeur, son planteamientos que encuentran eco en la descripción que se hace en “la semiótica de la cultura”, cuando refiere que el texto puede ser entendido al modo de la metáfora de una persona con alto desarrollo intelectual, la cual, funcionaría como un móvil de la actualización interlocutora; así, el texto inaugura su apertura al mundo en actitud de diálogo, procurando un auditorio en el que se vivifique; de ahí, su relación con la recuperación del habla de un momento histórico particular que se configura en los

signos de una cultura. De esta forma, por ejemplo, sucede el encuentro con otras culturas en y a partir de la literatura o cuasi- mundo de los textos en el que se permean de un contexto a otro recodificándose y abriéndose a nuevas y múltiples significaciones; o como se dijo al principio de este capítulo, desplegando la potencia infinita de comentarios que aclaren y actualicen la relación entre signos que confluyen en los entramados semánticos que constituyen los textos, sumándose a la construcción de esa serie infinita de interpretaciones (fundamentos del sí mismo y de la cultura) que se incorporan inevitablemente a la dinámica del texto como realización del sentido, es decir, a modo de interpretantes.

3. LA CONDICIÓN NARRATIVA DEL SÍ MISMO

Introducción

El presente capítulo tiene como finalidad mostrar que la construcción del sí mismo es posible a partir de una mediación narrativa propia de nuestra condición humana. Para tal efecto, será necesario trabajar sobre nociones tales como identidad personal, con el ánimo de estudiar cuál es su constitución y desde allí ver cómo suceden los anclajes que tiene el relato en la construcción del Sí mismo. Con lo precedente, se estudiará la identidad narrativa, específicamente el modo como funciona en la construcción del Sí narrado. En este apartado será importante aclarar el funcionamiento dialéctico de los componentes de la identidad, los cuales encuentran una posibilidad de resolución en la narración; así, se signará el horizonte de entender la vida como relato y a quien se narra como personaje y narrador a la vez, cuya construcción en torno a una trama tiene unas implicaciones de orden ético que involucran el carácter teleológico de la vida hacia la felicidad y en este sentido también a la alteridad.

Posteriormente, se verán las implicaciones del desenvolvimiento de la vida como relato, a partir del reconocimiento y la aceptación de la historia, articuladas con los sueños y las expectativas hacia el futuro, en el presente que es donde confluye la memoria con la esperanza, por medio de una acción específica: La iniciativa. La noción de iniciativa abre el horizonte a la reflexión sobre la acción, a la responsabilidad que implica la acción mediante la imputación a la referencia al sí mismo narrado a través de la noción de testimonio. Así, se propone la hipótesis que se pretende desarrollar, como es la concepción de la vida a manera de un relato de sí mismo en el que la narración es la acción de vivir, de asumir la historia y de configurar proyectos realizables en los que nuestras iniciativas signifiquen sus posibilidades de materialización. Además, tener en cuenta que los proyectos como realizaciones para el futuro, tienen un anclaje en la historia y son constitutivos de una base ontológica pero también son el fundamento del gran relato en el que se fragua nuestra identidad colectiva.

Para lograr este cometido, es necesario iniciar por la fundamentación que da origen a la noción de sí mismo; la cual, tiene sus anclajes en las tradiciones que ostentan una filosofía del sujeto. Así, surge el enfrentamiento entre el cógito cartesiano que funda su postura en la exaltación de un yo de la inmediatez; en contraste con un yo quebrado por la humillación a la que ha sido sometido por Nietzsche, esto a causa de su indigencia ante el lenguaje. A partir de esta oposición, surge la propuesta de Ricoeur; la cual, apunta a formular una hermenéutica del sí que tiene lugar en la narración. Para tal efecto, se ocupa de responder, a tres cuestiones fundamentales. En primer lugar, el uso del se y del sí, luego, la distensión de la mismidad en idem e ipse, y, finalmente, el correlato de sí en otro. En este sentido, lo que especifica la condición de sí mismo es la amalgama entre poder-hacer, que en términos de la semántica y la pragmática sería el actuar y el agente. Así, se mostrará el modo en que la teoría de la acción anuncia el papel que va desempeñar la ipseidad, de tal forma que suscite cambios en el actuar humano.

Por otra parte, se mostrará como la idea de sí a la que se aproxima la filosofía del lenguaje, a partir de la noción de enunciación, presenta como limitante que no trabaja sobre las transformaciones que tienen lugar en el ejecutante de la acción, al ser capaz de designarse a sí mismo, y al dotar de significado al mundo. Con base en lo anterior, es que Ricoeur concluye que la importancia de hablar de la identidad personal va ligada a la dimensión temporal de la existencia humana. Por tal razón, introduce la discusión que sucede a partir de los componentes de la identidad personal, como son: la mismidad y la ipseidad en el plano de la teoría narrativa, elementos que favorecen su desarrollo. Del encuentro entre la identidad personal y la identidad narrativa se espera la aplicación de tres elementos de cuya interacción surgen los procesos de construcción de la acción y constitución de Sí. De este modo, describir, prescribir, y narrar, funcionan como mediadores entre el aspecto práctico de la teoría narrativa y las implicaciones éticas de las acciones que se muestran en un relato. Lo cual, pone de manifiesto que la mediación que ejerce la teoría narrativa entre la descripción y la prescripción es pertinente si se proyecta a un desarrollo del campo práctico y si sirve para anticipar los cuestionamientos éticos que subyacen la estructura del acto de narrar. De este modo se propone que no hay relato que no tenga implicaciones éticas, por cuanto se afirma la imposibilidad de la neutralidad ética del relato. Lo Anterior, abre la posibilidad de entender la literatura como el plano experimental en el que confluyen valores, juicios, deseos, donde la actividad narrativa es un camino a la ética, y por consiguiente a la construcción del sí mismo.

3.1. FUNDAMENTACIÓN CONCEPTUAL DE LA NOCIÓN DE SÍ MISMO

En la obra “Sí mismo como otro” Paul Ricoeur presenta a manera de punto de partida tres intenciones filosóficas fundamentales. Inicialmente, subraya la importancia de la mediación reflexiva sobre la inmediatez en que se expresa el sujeto a partir de la primera forma del singular: “Yo pienso”, “yo soy”. Esta pretensión se fortalece gracias a que en las lenguas naturales es posible enfrentar “sí mismo” a “yo”. El sí, es tomado en principio por pronombre reflexivo; sin embargo, aquí se relaciona el sí con el término se aplicado a verbos en infinitivo (llamar-se), con lo cual, se, designa el reflexivo de todos los pronombres personales así como alocuciones impersonales (uno, cada uno). La segunda intención se ocupa del término “mismo”, con lo cual se establece una disyunción entre los componentes de la identidad, puesto que en el carácter de idéntico se remite al *Idem* o al *Iipse* latino. El aporte de este elemento fundamenta la discusión acerca de la identidad tanto personal como narrativa, teniendo en cuenta que el sí está atravesado por la temporalidad. Lo cual, en *Idem* ha de involucrar lo que se opone a la permanencia, es decir el cambio. Con esto lo que se pretende sustentar es que la personalidad no depende de un núcleo inmutable, por lo que es posible enfrentar *mismo* a *idéntico*, a partir de la noción *ipse*. En este orden de ideas, decir *sí mismo* es reforzar el sí y haciendo que *mismo* se refiera a idéntico o semejante. Finalmente, la tercera intención filosófica, se ocupa de tomar la identidad *ipse* y hacer que se opere una dialéctica complementaria entre *ipseidad* y *mismidad*; es decir, el sí y el otro distinto, contrario, de sí. De esta forma la alteridad no es solo a partir de una comparación sino que con el favor de la *ipseidad* adquiere un carácter de intimidad cercano al sí mismo, al

punto de que no se pueda pensar en una sin la otra. Respecto al *como* no es tomado en su sentido fuerte de comparación sino de implicación, es decir sí mismo en cuanto otro.

Hasta el momento la explicación del nombre de la obra se ha valido de elementos del lenguaje; sin embargo, el sí mismo se plantea como una superación de la inmediatez del sujeto, heredera del Cogito cartesiano, en que se sume gran parte de la tradición filosófica. La gran dificultad se encuentra señalada en el hecho de que se formule al sujeto en primera persona, dando al yo una expresión absoluta que deja de lado la intersubjetividad.

El Cogito como planteamiento de ambición filosófica surge de la exagerada importancia que Descartes da a la duda en su obra *Meditaciones*; allí, en la meditación IV, se propone deshacerse de todo aquello que hasta ese momento le había conferido crédito para comenzar desde los fundamentos, como condición para establecer un pensamiento firme. De este modo, profiere que la duda es proporcional a la radicalidad del proyecto. Así, parte de su hipótesis de engaño total que caracteriza como duda metafísica, la cual obra como un “genio maligno” que conduce constantemente el pensamiento humano hacia el error. En este sentido el sujeto de la duda se ve arrastrado, sin anclajes, por la imposibilidad que tiene de fijar la certeza. Pero en la tendencia a la duda habita una voluntad que apunta hacia la certeza, esto en la medida en que lo que se busca es el motivo que en última instancia es la verdad sobre la cosa misma, debido a que lo que se duda es si las cosas son lo que aparentan ser. El trastocamiento de la duda en la certeza del Cogito consiste en que es a causa de ésta que es posible entender que nada ha sido jamás, lo cual moviliza la búsqueda de una cosa que sea efectivamente cierta y por tanto verdadera. La primera cosa cierta que de ello se deriva es la verdad sobre mi existencia implicada en el pensamiento mismo; allí Descartes retoma la función del “genio maligno” y afirma que si me engaña es porque soy, entonces me puede engañar cuanto quiera porque jamás podrá hacer que yo no sea nada mientras yo piense que soy algo. Aquí surge una nueva inquietud, saber que se piensa no responde a saber qué se es. Esto se resuelve con la fórmula del Cogito propuesta por él mismo en *Meditaciones*: “Así pues, hablando con precisión, no soy más que una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón, términos cuyo significado me eran antes desconocidos”. Dice Ricoeur respecto a la pregunta por el ¿qué? Que es necesario remitirse a la búsqueda del conocimiento que se tiene de sí mismo, de tal suerte que se despoja al “yo” de su investidura de singularidad para ser pensamiento, entendimiento, lo cual inaugura la cuestión por la cosa que piensa, a la que Descartes responde en la misma obra “(...) es una cosa que duda que entiende, que afirma, que niega, que quiere o que no quiere, que también imagina o que siente”. Estos elementos figuran la identidad del sujeto, aunque no en la vertiente narrativa de una persona en particular sino en un sentido ahistórico que se concentra en los procesos internos del “yo”; en este sentido, se trata de una identidad del *mismo* que no es ni permanencia y menos cambio en el tiempo sino que es inmediatez. En palabras del filósofo del Cogito se dirá: “yo existo pensando”.

La limitación de la inmediatez se da en términos de que la verdad que sostiene es netamente subjetiva; lo cual pone en entredicho su valor objetivo puesto que aquello

tomado como cierto solo encuentra su validez en sí mismo. Al respecto, no le queda a Descartes otro recurso que argumentar a partir de la demostración de la existencia de Dios en favor del orden y la verdad de la cosa, de la cual, el Cogito, comparte los atributos; por lo anterior, es tomado como verdaderamente absoluto. Sin embargo, derivar el Cogito de la verdad divina lo pone en posición secundaria con lo que ya es un Otro, distinto, con limitaciones y por tanto finito, signado por la imperfección de la duda, por la pobreza de su verdad obligada a vencer la duda; “(...) entregado a sí mismo, el yo del Cogito es el Sísifo condenado a subir constantemente la roca de su certeza cuesta arriba de la duda”⁵⁰. Lo que hace Dios en este sentido es conferir la certeza a la idea de sí mismo que ésta no tiene por naturaleza, sucede esto a partir de la facultad que permite pensarlo, la misma por la que es posible pensarse. Esta idea de mí mismo y de Dios, en la vuelta al punto de partida, se cierra en un bucle, que elimina el poder mentiroso del genio de la duda por la presencia de ese Otro verdaderamente existente y que ha ocupado su lugar.

Ricoeur cuestiona el valor que se le confiere como fundamento al Cogito y afirma que el planteamiento de Descartes es más del orden de un círculo vicioso, demasiado abstracto, que obliga a su continuación a través de la ruptura con la razón; también dice que la esterilidad de este planteamiento es superada por Spinoza en *Ética* cuando refiere que el pensar como esencia del hombre no implica su existencia necesaria, puesto que puede hacerse independiente de que este u otro hombre existan o no. Y, por otra parte, cita a la tradición idealista (Kant, Fichte, Husserl) quienes coinciden en decir que del Cogito es importante resaltar que la existencia de Dios, comparte con la subjetividad la certeza de su existencia; por consiguiente, el crédito atribuido a la existencia de la verdad divina no requiere de la adhesión de la primera certeza. De ahí que se vea el Cogito como el fundamento que se inaugura a sí mismo; con la salvedad de que para no caer en idealismos subjetivistas es preciso privar al “yo pienso” de toda prolongación psicológica y referencia autobiográfica; lo más pertinente es, con Kant, concebirlo como una presencia que acompaña todas mis representaciones; aunque esto signifique una exaltación del yo.

Si bien a partir de lo anterior no es posible deducir una superación del Cogito sino una variante de su afirmación, a continuación, Ricoeur establece una discusión con la que pretende romper tan pretendida unidad. Para tal efecto, se vale de la oposición que hace Nietzsche a Descartes; la cual, se inicia con la afrenta que hace a la pretensión fundacional de la filosofía como ciencia del fundamento a partir del lenguaje, y devela que el Cogito es una máscara retórica que oculta la inmediatez de su reflexión.

El primer argumento que toma Ricoeur de Nietzsche parte del *Curso de retórica* (1872-1873) donde manifiesta que los tropos del lenguaje (metáfora, metonimia, sinécdoque) no son accesorios a un discurso literal sino que se encuentran en la base del funcionamiento del lenguaje; lo cual, hace de éste un artificio enteramente figurativo. Luego, en *Verdad y mentira en sentido extra-moral* (1873) afirma que por su carácter

⁵⁰ RICOEUR, Paul. *Si mismo como otro*. México Siglo XXI. p. xxi.

netamente figurativo el lenguaje es completamente mentiroso; de allí se desprende una paradoja en dos sentidos: Inicialmente toma la vida, en su sentido referencial y no figurativo, como la fuente de los relatos en los que ella permanece; posteriormente, toma su discurso sobre la verdad como mentira y lo lleva al extremo de la paradoja del mentiroso. Es importante tener en cuenta que este argumento obra en sentido deconstructivo, aunque sea, el lenguaje, tomando términos de Descartes, como el genio maligno que engaña y miente. Así, la primera parte anuncia la ilusión por la que se mantiene la vida, al mismo tiempo que es la naturaleza la que ha privado al hombre de la facultad de descifrar la ilusión, pese a que es Nietzsche mismo quien se postula como descifrador mediante la mentira que usa mal el lenguaje, develando así el funcionamiento de la ilusión, la cual, consiste en decir que el lenguaje mentiroso no escapa a la referencia de un lenguaje engañoso puesto que el lenguaje mismo es sustituciones e inversiones. Al Respecto, Ricoeur toma un aparte de la obra de Nietzsche antes mencionada:

“¿Qué es, pues, la verdad? Una multitud inestable de metáforas, de metonimias, de antropomorfismos, en pocas palabras una suma de relaciones humanas que han sido poética y retóricamente realzadas, traspuestas, adornadas, y que, después de un largo uso, se presentan a un pueblo como firmes, canónicas y obligatorias: las verdades son ilusiones que hemos olvidado que lo son, metáforas que se han gastado y que han perdido su fuerza sensible, monedas que, por tener borrada su impronta, no se sabe si son tales o simples discos de metal”⁵¹.

A partir de lo anterior, el Cogito cartesiano se asoma en tanto no le es posible escaparse a la duda generalizada, puesto que se afirma en los tropos que dicen la certeza del “yo pienso”, “yo existo-pensante”; aquí se manifiesta el “genio maligno”, Nietzscheano, de la indistinción entre mentira y verdad, que es, en última instancia, más mendaz que la del Cogito. ¿Pero, con qué recursos cuenta para intentar superar el engaño? La propuesta apunta a mostrar como medio la reducción tropológica con la cual se pretende no destruir al Cogito sino eliminar la pregunta a la que intenta responder. La reducción tropológica es, podría decirse de manera un tanto arriesgada, interpretación. El fundamento de esta afirmación lo toma Ricoeur de *fragmentos póstumos* donde Nietzsche dice que lo que se nos hace conciente es interpretado, simplificado, mientras se nos oculta el proceso real por medio del cual los pensamientos, los sentimientos y deseos se relacionan, quedando reducidos, quizá, a la imaginación. Así, “Proclamar el carácter fenoménico del mundo interior es (...) alinear este último al mundo exterior, cuyo carácter fenoménico no significa, en absoluto, objetividad en sentido kantiano, sino, precisamente, 'arreglo, simplificación, interpretación’”⁵². Desde esta perspectiva, Nietzsche marca su posición frente al positivismo, donde éste dice que solo hay *hechos*, él afirma que no hay más que interpretaciones. En este sentido, “pensar” en la vía de Cogito es encubrir con astucia la falacia de que existe un fundamento del sujeto en el que se da origen a los actos del pensamiento; ilusión que en el vínculo actor-hacer pone

⁵¹ Ibid. p.xxv.

⁵² Ibid. p.xxvii.

como causa al “yo” y lo plantea como efecto de su efecto; lo cual, es un retorno a la supuesta certeza inmediata del Cogito, mientras que para Nietzsche (el “yo”) no es más que una interpretación causal, un hábito gramatical que liga un agente con una acción. Con este precedente Ricoeur concluye que el sujeto de Nietzsche es *multiplicidad*, multiplicidad de sujetos que se enfrentan entre sí y a la vez se oponen a una instancia dirigente.

En este punto se encuentran dos tradiciones filosóficas, cada una con su versión del sujeto, una que exalta mientras que otra exhibe su incapacidad y su ausencia de lugar en el discurso. Sin embargo, el itinerario de Ricoeur apunta a proponer una hermenéutica del sí; la cual, inicialmente, se ocupa de responder, a partir del discurso filosófico (conceptual), a las tres expresiones gramaticales antes expuestas. Es decir, el uso del se y del sí, la distensión de la mismidad en idem e ipse, y el correlato de sí en otro. A estos equivalen tres elementos de la hermenéutica del sí, a saber, la reflexión a través del análisis, la dialéctica ipseidad-mismidad y, finalmente, la ipseidad alteridad. El medio por el cual se dinamizan estos elementos, relativos a la cuestión del sí, se realiza desde la pregunta ¿quién? La cual, se operacionaliza en cuatro modos de interrogar así: ¿quién habla? ¿quién actúa? ¿quién se narra? Y ¿quién es el sujeto moral de la imputación?

A continuación se hará un esbozo acerca de las variantes teóricas con las que se analiza cada una de estas problemáticas. En primer lugar, cuando se pregunta por el ¿quién? De ¿quién habla? Se está al margen de una semántica y una pragmática, esto corresponde con la posición de la filosofía del lenguaje, en sus vertientes continental europea y analítica inglesa. Desde esta óptica, la hermenéutica del sí toma de la filosofía analítica su noción de interlocutor, referida a quien se habla y quien se designa a sí mismo como locutor. Sigue la pregunta por ¿quién actúa? Allí se sirve de la *filosofía de la acción* la cual se ocupa de mostrar que mientras se habla de acción, a través de enunciados (proposiciones, verbos y frases de acción), lo que el agente realiza son actos de discurso. En esta vía se relaciona con la primera cuestión en el sentido de que los actos de discurso son acciones; lo cual, implica que quien las profiere sea un agente. Para ingresar al campo de ¿quién se narra? Es preciso dar un rodeo por la *identidad personal*, que en este caso sirve como punto intermedio entre las dos perspectivas antes mencionadas, a partir de la noción de *identidad narrativa*, y abre la discusión acerca de los componentes del segundo rasgo gramatical del sí mismo, es decir, idem-ipse. Con estos recursos, el concepto de acción en tanto *mimesis* se amplía a la noción aristotélica de *praxis* con el fin de que la acción narrada sea una con el concepto del hombre que *actúa y que sufre*, propuesto por la hermenéutica del sí. Y, finalmente, la atribución acerca de ¿quién es el sujeto moral de la imputación? Tiene anclajes en postulados de carácter moral y ético, en los niveles de lo bueno y lo obligatorio, en los que ingresa un sujeto que asume o se le adjudica la realización y los efectos de una acción.

Lo precedente da cuenta del distanciamiento existente entre las filosofías del “yo” y la hermenéutica del sí, operado por la remoción del “yo” en cuyo lugar el aspecto reflexivo del sí da paso a los movimientos que dinamizan el retorno hacia sí mismo; es

a través de la dialéctica idem-ipse, mismo-otro que, finalmente, se superan las posiciones filosóficas de las tradiciones antes tratadas. Queda aún por nombrar dos elementos que se oponen tanto a la inmediatez del “yo soy”, y a su respectiva pretensión de erigirse como postulado fundamental acerca del sujeto, como a la “deconstrucción” nietzscheana. En primer lugar, el sí por su estructura analítico-reflexiva da múltiples rodeos que marcan una tajante diferencia con la simplicidad inmediata del Cogito. Estos rodeos se evidencian, inicialmente, en la polisemia de la pregunta por el ¿quién? a partir de sus cuatro ramificaciones. Estos cruces en la obra de Ricoeur confluyen en una unidad temática que es el *actuar humano* que, desde la multiplicidad de variaciones del término actuar, conduce a la reflexión sobre sí. En este caso, el talante de la reflexión sobre sí es de orden narrativo; de modo que, la configuración del concepto *identidad narrativa* sirve de eslabón para ligar la *descripción* propia de la filosofía analítica de la acción con la *prescripción* como término que señala las determinaciones de la acción, sujeta a los predicados de implicación moral “bueno” y “obligatorio”. De aquí, surge la terna *describir, narrar, prescribir* que constituye el enfoque narrativo del sí. Finalmente, se expresa el carácter ontológico de la cuestión de sí, a través del cuestionamiento de ontologías que faciliten el retorno al valor del actuar humano con su significación de ser; aunque no en la vía del ser-substancia sino de una pluralidad que importe las significaciones del ser. A partir de lo anterior, se valida la polisemia de la alteridad en donde la hermenéutica del sí mismo y del otro como una ontología de la diversidad, aleja la pretensión de fin último de propia de las filosofías de Cogito.

El segundo rasgo que marca la distancia entre la propuesta de Ricoeur y la tradición filosófica en cuestión, está relacionado con la clase de certeza que ésta pretende. Se trata de la noción de *atestación* cuyo valor radica, por una parte, en su capacidad de concentrar el par análisis-reflexión y vincularlo a la exaltación de la diferencia ipseidad-mismidad, en la extensión de la dialéctica del sí y el otro; y, por otra, a que constituye la certeza a la que puede aspirar la hermenéutica. La *atestación* se caracteriza por ser más firme en su oposición a la afirmación del Cogito que a la constatación del conocimiento objetivo, puesto que la verificación es un paso epistémico necesario del proceso reflexivo; pero, sí se enfrenta a la *episteme* de la ciencia en tanto certeza matizada de saber último. La atestación en principio tiene forma de *doxa*, dado que va de lado de “creo en”, aspecto por el cual se aproxima a la etimología del testimonio, en el sentido que se “cree en” la palabra del testigo. “De la creencia o, si se prefiere, del crédito que se vincula a la triple dialéctica de la reflexión y del análisis, de la ipseidad y la mismidad, del sí y del otro, no se puede recurrir a ninguna instancia epistémica más elevada”⁵³.

La complejidad de la noción de atestación conduce a que pueda ser leída tanto del lado de la exaltación del Cogito como del Cogito humillado. Por un lado, muestra su fragilidad al tenerse a sí como única garantía, validada en el discurso cartesiano por la demostración de la existencia de Dios que me faculta a tener conciencia de mi

⁵³ Ibid. p.xxv.

existencia, lo cual deriva una debilidad conciente de su carencia de sustrato. En el otro sentido, la confianza en la atestación, el crédito, muestra en última instancia que la atestación es atestación de sí. La confianza refiere al uso del poder decir, poder de hacer, poder de reconocerse como personaje de una narración, y poder de responder al acusativo !heme aquí! Así, si se asume la transversalidad del actuar se acepta que la atestación se puede entender como *la seguridad de ser uno mismo agente y paciente*. Desde esta perspectiva se abre la posibilidad de que la atestación de sí, resguarde a la pregunta por el ¿quién? -sin importar que se trate en lingüística, pragmática, semiótica, narratividad o ética- de que se resuelva a partir del ¿qué? o ¿por qué?

3.2. LA IDENTIDAD PERSONAL

Para hablar de la identidad personal resulta de vital importancia entrar en discusión con la naturaleza de sus componentes fundamentales, como son Idem e Ipse, en torno a una cuestión que implica directamente, la dimensión narrativa de la existencia humana; se trata de la permanencia en el tiempo. Este aspecto, se relaciona en principio con el modo *idem* de la identidad, que es equivalente a la condición de mismidad, la cual comprende tres características, en primer lugar una del orden numérico, en segunda instancia respecto a la cualidad y por último el carácter de continuidad ininterrumpida.

A continuación se dará paso a la explicación de cada uno de estos factores. La mismidad en su vertiente numérica, se explica a partir de la noción de unicidad, la cual consiste en la designación de un nombre inmutable a algo que tiene lugar del mismo modo en momentos diferentes, de lo cual se deriva que no pasan dos cosas diferentes sino que es la misma. Con lo anterior, se explica el primer componente de la identidad, el cual consiste en que el proceso de identificación es una vuelta a lo mismo, que radica en reidentificar, en reconocer. La identidad cualitativa tiene como base el principio de semejanza extrema, la cual consiste en dotar a dos elementos distintos de los mismos atributos, de modo que sean intercambiables. Estos dos aspectos de la mismidad comparten el hecho de que en la serie de circunstancias a las que se ve sometida la cosa hay una implicación temporal. En efecto, la reidentificación de lo mismo puede suscitar duda en la medida en que se compara una percepción presente con un recuerdo reciente; y, con la semejanza extrema se puede presumir de identidad numérica, en tanto la duda crece con la distancia del tiempo, lo cual implica establecer una comparación del objeto presente con las señales que se mantienen como vestigios de su presencia anterior. El carácter falible de este criterio de similitud, teniendo como variante un gran intervalo de tiempo, implica el componente de la continuidad ininterrumpida comprendida entre la primera y la última etapa del proceso de desarrollo de un individuo. Tal es el caso del crecimiento y el envejecimiento con su respectivo efecto de disimilitud y de diversidad numérica; en ese sentido se dice de una planta que es la misma desde la semilla hasta su estadio final de desarrollo. Esta continuidad opera como un factor que sustituye la similitud, la prueba está en la progresión de pequeños cambios, que tomados de manera singular, afectan la semejanza sin disolverla; de manera análoga acaece con las fotografías de momentos sucesivos de la vida de un hombre. De lo anterior, se deduce que es el tiempo el encargado introducir la desemejanza, la separación, la diferencia.

La cuestión de la permanencia en el tiempo obra como principio de similitud y de continuidad ininterrumpida, la cual constituye la noción de estructura, entendida como la disposición de un sistema combinatorio; de este modo, emerge un criterio de identidad que corrobora el carácter relacional de la identidad. Así, el problema de la identidad personal tiene como eje la búsqueda de un invariante relacional, cuyo acento está puesto en la permanencia en el tiempo. Luego del breve recorrido por lo constitutivo de la noción de identidad – mismidad, resulta pertinente cuestionar si la Ipseidad del sí contiene un modo de permanecer en el tiempo que no implique una sustancia. Una forma de permanecer en el tiempo que augure una contestación a la pregunta ¿quien soy? En este sentido, hablar de nosotros mismos, subordina nuestra condición de permanencia en el tiempo a dos expresiones, el carácter y la palabra dada; las cuales, tienen en común que sirven para reconocer una permanencia que nos pertenece. Estos dos términos, tomados como formas en que se puede expresar la permanencia de una persona, resultan como consecuencia de que, por una parte, en la noción de carácter se manifiesta la doble ocultación de la dialéctica de las identidades (idem – ipse); y, por otra, que en la constancia de la palabra dada hay un mantenimiento de sí que marca la permanencia del sí y del mismo, lo que confirma el carácter irreducible de las dos problemáticas. La oposición entre estos elementos constitutivos de la identidad personal proponen la mediación de la identidad narrativa, en el punto en que Idem e Ipse, tienden a coincidir en la noción de carácter; de igual modo en el mantenimiento de sí, donde la ipseidad de desprende de de la mismidad.

En esta parte del trabajo es importante introducir la noción de carácter que orientará el análisis posterior de la identidad personal. Al respecto dice Ricoeur:

“Entiendo aquí por carácter el conjunto de signos distintivos que permiten identificar de nuevo a un individuo humano como siendo el mismo. Por los rasgos descriptivos que vamos a expresar, acumula la identidad numérica y cualitativa, la continuidad ininterrumpida y la permanencia en el tiempo. De ahí que designe de forma emblemática la mismidad de la persona”⁵⁴.

Lo que pretende Ricoeur inicialmente, es ofrecer una interpretación del carácter en función de la posición que ocupa al interior de la problemática de la identidad. Por tal razón, se ocupa de cuestionar la inmutabilidad del carácter, la cual resulta de entenderlo como disposición adquirida; en este sentido, es posible introducir su dimensión temporal, de la que deriva la concepción del carácter como el conjunto de disposiciones que permanecen en el tiempo y por las que se reconoce a una persona. Lo anterior, constituye el punto en el que las identidades Idem - Ipse se hacen indiscernibles, lo cual va marcando el sendero que por la dimensión temporal se va labrando la identidad personal en la narrativa. Las disposiciones que permanecen se asocian a la costumbre, bien sea porque ya hacen parte del repertorio habitual o porque se están incorporando. La incidencia de la temporalidad en la costumbre está dada porque dota de una historia al carácter, en ésta las huellas van recubriéndose anulando la novedad que ha tenido lugar en un momento anterior; de modo que las huellas van configurando la

⁵⁴ RICOEUR, Paul. *Sí mismo como otro*. op. cit., p. 113.

permanencia en el tiempo que sería como poner un manto de *idem* sobre la ipseidad. Esta conjunción no implica ni la suspensión ni la prevalencia de ninguna de las partes, en esta perspectiva se puede decir que “(...) mi carácter soy yo, yo mismo, *ipse*; pero este *ipse* se enuncia como *idem*”⁵⁵. Cada vez que se construye una costumbre, que permanece en el tiempo, se configura un *rasgo*, un signo distintivo por medio del cual es posible identificar a una persona como la misma, de modo que la composición del carácter está dada por este conjunto de signos.

La disposición que hace posible el ingreso del otro a la factura de lo mismo, está conformada por el conjunto de *las identificaciones adquiridas*; es necesario subrayar que buena parte de la identidad de una persona y de una comunidad se compone por la serie de identificaciones basada en valores, ideales, modelos y héroes que forman el sustrato del reconocimiento. De modo que cada uno de estos elementos, representa una alteridad que se asume y que subyace a la determinación de una causa por la que daríamos la vida, fundada en la construcción de una preferencia evaluativa; de esta manera surge la conservación de sí, cuya acción incorpora al carácter la fidelidad, la lealtad y el cuidado. Lo anterior, pone de manifiesto la imposibilidad de pensar la identidad de una persona fijada en la mismidad sino como efecto de la combinación con la ipseidad. En esta unión que se da entre la construcción de las costumbres y la incorporación de identificaciones en el carácter, es que sucede la confluencia de la identidad numérica, la identidad cualitativa, la continuidad ininterrumpida en el cambio y la permanencia en el tiempo, aspectos que definen la constitución de la mismidad; en síntesis, la identidad del carácter es la que confiere el qué del quién, y en esta vuelta del quién al qué, se va dando el sutil movimiento que desplaza la pregunta de ¿quién soy? a ¿qué soy? En este sentido, se afirma que el cubrimiento que se da de *ipse* por *idem*, no elimina su distinción sino que hay una emergencia dialéctica donde la sedimentación y la innovación se resuelven en el proceso de identificación, lo cual da lugar a la historia del carácter. A partir de lo anterior, es viable decir que el aspecto permanente del carácter pueda tener una *dimensión narrativa*; en este sentido, puede apelarse a los usos del término carácter cuando se utiliza para referir a un personaje de una narración, de modo que aquello contraído en la sedimentación de una historia es susceptible de ser desplegado en una narración, de igual manera se pone en movimiento el carácter a través de una narración.

A continuación, se mostrará otra forma de permanencia en el tiempo que no se encuentra bajo los auspicios de la mismidad. Tal es el caso de *la palabra mantenida* en la fidelidad a la palabra dada. En oposición a la identidad derivada del carácter, se encuentra una concepción que no es menos representativa que la anterior, se trata del mantenimiento. En la cuestión referente a *la palabra mantenida* se implica un *mantenerse a sí* que tiene como limitación que no se refiere a algo en general, sino que es dirigida en el sentido de ¿quién? Lo cual, puede explicarse a partir de lo siguiente: “Una cosa es la <perseveración> del carácter; otra, la perseveración de la fidelidad a la palabra dada. Una cosa es la continuación del carácter; otra, la constancia en la

⁵⁵ Ibíd. p.116.

amistad”⁵⁶. En este sentido, cumplir una promesa significa enfrentar en actitud desafiante al tiempo, puesto que resulta una oposición al cambio; se trata de mantenerse aunque el deseo, la opinión o la inclinación se modifiquen; en esto consiste la justificación ética de la promesa con la que se responde a la confianza que el otro pone en mi fidelidad. Esta justificación tiene sus propias implicaciones temporales, puesto que es una permanencia en el tiempo opuesta a la del carácter. Aquí se ve cómo la ipseidad y la mismidad entran en disyunción por tanto se deshace el equívoco de la permanencia en el tiempo. A partir de lo anterior, se ve que la promesa implica la oposición de la mismidad del carácter y del mantenimiento de sí, lo cual abre una brecha de sentido marcada por la temporalidad. Pero, es precisamente ese punto medio el que da lugar a la identidad narrativa; la cual empezará a moverse entre un lado y otro; por una parte, donde la permanencia en el tiempo manifiesta la perplejidad del *idem* y del *ipse*; y por otro, donde el *ipse* propone su identidad sin tener en cuenta el polo *idem*.

3.3 EL SÍ MISMO Y LA IDENTIDAD NARRATIVA

En el apartado anterior se vio que la condición fundamental para que tenga lugar la identidad narrativa se da en la dialéctica entre ipseidad y mismidad. Por tal razón, es pertinente entrar a tratar, con un nivel mayor de profundidad, en qué consiste que la dialéctica entre las dos formas de identidad sea lo que propicie la identidad narrativa; y, en ese sentido, indagar cuál es su contribución a la construcción del sí mismo. La primera cuestión radica en integrar la mismidad a la construcción de una trama, dado que en ella confluyen elementos como diversidad, variabilidad, discontinuidad e inestabilidad, opuestos a esta forma de identidad. Posteriormente, se mostrará cómo en la construcción de la trama, a partir de la acción de los personajes del relato, se abre la posibilidad dialéctica de que en el personaje confluyan la ipseidad y la mismidad.

En primer lugar, se establecerá que la teoría narrativa de la identidad personal tiene como antecedente de precomprensión, la noción de conexión de la vida o historia de una vida propuesta por Dilthey. En este sentido, puede vislumbrarse el modo en que la identidad del personaje se construye con la trama, de tal suerte que la identidad, desde una perspectiva narrativa, es también una identidad del personaje. Ricoeur, en su obra *Tiempo y narración* plantea que la identidad en términos de la construcción de una trama, tiene como exigencia una base dinámica que haga coincidir la noción de concordancia, con una serie de discordancias que al interior del relato tienen como función representar una amenaza para el mantenimiento de la identidad. La noción de concordancia la define en el sentido que Aristóteles plantea en *Poética* “la disposición de los hechos”. Y, por discordancia se refiere a las alteraciones del encadenamiento de los sucesos, que propician en la trama una transformación regulada que va desde la situación que le da origen hasta que se termina. Así, la composición de carácter artístico que media entre concordancia y discordancia es lo que da lugar a la noción de configuración. Aristóteles implicó en la configuración narrativa a la tragedia y a la epopeya; Ricoeur, pretende trascender estas formas de composición y hacerla extensiva a toda composición narrativa mediante la designación de síntesis de lo heterogéneo;

⁵⁶ Ibid. p.118.

cuya función consiste en explicar las múltiples mediaciones que tienen lugar en la trama a partir de oposiciones como: diversidad de acontecimientos, unidad temporal de la historia narrada; entre los componentes inconexos de la acción, intenciones, causas y casualidades, y el encadenamiento de la historia; y por último entre la sucesión y la unidad de la forma temporal. Estas oposiciones resultan ser el correlato de la oposición que propone Aristóteles entre la dispersión episódica del relato y la capacidad de unificación que hace extensivas la *poiésis* como acción configuradora.

El modelo narrativo que propone Ricoeur tiene como base el estatuto que se otorga a la noción de acontecimiento. En un modelo de perspectiva causal acontecimiento y ocurrencia resultan lo mismo, esto para decir que en el modelo narrativo el acontecimiento participa de la concordancia discordante propia de la operación configurativa que da lugar a la trama. Así, el acontecimiento es discordante en cuanto emerge, y a la vez concordante en cuanto hace que la historia avance. La construcción de la trama tiene la particularidad de oponerse al efecto de contingencia, dado que lo que pudo suceder de otro modo, o simplemente no suceder, lo incorpora a la cualidad de probable que subyace la configuración. Otra virtud de la noción de acontecimiento consiste en convertir la contingencia en necesidad; es decir, como simple ocurrencia, por inesperado y sorprendente, puede frustrar las expectativas; pero, solo empieza a ser parte de la historia en cuanto ha sido comprendido, es decir, después; de aquí surge la necesidad narrativa cuyo efecto de sentido es configurador. Del proceso que da lugar a la configuración de la trama se deduce que la operación narrativa da lugar a una identidad dinámica; de igual modo sucede si se concibe desde una perspectiva narrativa la identidad personal, pues en ese sentido es posible el paso de la acción al personaje. Por personaje se entiende el que ejecuta la acción en el relato, de modo que su pertenencia a una categoría narrativa implica que su función en el relato requiera de la misma inteligencia narrativa que la trama. En este sentido, la noción de personaje en la identidad personal exige que la identidad del personaje se comprenda aplicando sobre él la construcción de la trama aplicada a la acción narrada, es decir, el personaje en la trama.

La correlación acción y personaje tiene sus anclajes en el vínculo que propone Aristóteles entre historia narrada y personaje. En *Poética* explica que esta relación es tan cercana que en la “(...) historia narrada con sus caracteres de unidad, de articulación interna, y de totalidad, conferidos por la operación de construcción de la trama, donde el personaje conserva, a lo largo de toda la historia, una identidad correlativa a la de la historia misma”⁵⁷. En el Capítulo I de este trabajo se vio como la narratología contemporánea propone un análisis conceptual del *mythos* en partes, iniciado por Aristóteles, y continuado, podría decirse, por el procedimiento formal que aplicó Propp en su obra “*Morfología del Cuento*” donde comienza por establecer una serie de funciones que exponen los elementos recurrentes de la acción de los personajes, con el objeto de mostrar que el cuento es una cadena de funciones. De este planteamiento, Ricoeur rescata que toda construcción de una trama implica el desarrollo de un carácter y el de una historia narrada. Posteriormente, toma el modelo actancial de Greimas, y

⁵⁷ Ibid. p.142.

afirma que de la correlación entre trama y personaje, surge la noción de *actante* con el fin de someter al agente a su posición de operador de acciones en la narración. El modelo propone tres categorías, deseo, comunicación y acción; a partir de las cuales, sucede una amplia combinación de acciones que se mueven entre contratos, pruebas y búsquedas. A partir de lo anterior, Ricoeur afirma que de los recorridos narrativos que suceden en la estructura profunda y en el plano figurativo, se pueden derivar una serie de nociones que tienen lugar en “una concepción narrativa de la cohesión íntima de la vida” de la que resulta el programa narrativo y luego la relación sujeto y antisujeto. Esta operación implica la inteligencia narrativa, en tanto la acción es interacción y ésta a su vez es competición entre proyectos que rivalizan y convergen. Con base en lo anterior, se establece un reforzamiento de una semiótica del actante y de los recorridos narrativos que, finalmente, son recorridos del personaje; a partir de los cuales, se muestra la forma en que la estructura narrativa une la acción y el personaje. Esta unión abre la posibilidad de dar solución al problema de la adscripción, puesto que responde a las preguntas ¿quién? ¿qué? ¿cómo? Términos que denotan la red conceptual de la acción. En un sistema de relaciones las respuestas a estas preguntas forman el encadenamiento del relato; por consiguiente, narrar es expresar una relación en el tiempo que de cuenta quién ha hecho qué, por qué y cómo. Otra implicación de la relación entre la trama y el personaje permite, por una parte, indagar acerca de los motivos; y, por otra, la atribución de la acción. La forma en que finalmente el relato resuelve el problema de la adscripción, se da “(...) por una parte confirmando a un personaje una iniciativa, es decir, el poder de comenzar una serie de acontecimientos, sin que este comienzo constituya un comienzo absoluto, un comienzo del tiempo, y, por otra parte, dando al narrador en cuanto tal el poder de determinar el comienzo y el fin de la acción”⁵⁸. La importancia de la coincidencia de la iniciativa del personaje con el comienzo de la acción, constituye el aporte de la identidad narrativa al problema de la adscripción, que en términos prácticos se convierte en la imputación moral de la acción, lo cual implica la responsabilidad. Al respecto, en el siguiente apartado se concentrarán los esfuerzos en exponer qué es y cómo funciona la iniciativa, que en tanto acción del presente configura la vida humana, en esa dialéctica entre la historia y el proyecto, como una narración.

De la unión entre acción y personaje, surge una dialéctica interna al personaje que es el correlato de la relación concordancia discordancia que se resuelve gracias a la narración. Esta dialéctica del personaje, en la vía de la concordancia, se refiere al carácter singular de la unidad de su vida tomada como esa totalidad temporal que le permite diferenciarse de otro. Y, desde la discordancia, la amenaza constante a la que se ve expuesta la unidad temporal, como consecuencia de la ruptura de acontecimientos que no se pueden prever y que va dando lugar a encuentros y sucesos eventuales que alteran el curso de las cosas. La influencia de la síntesis concordancia discordante radica en que enfrenta el azar del acontecimiento, y lo convierte en la necesidad de sentido (destino) que obra sobre el pasado en función de la historia de una vida, la cual constituye el equivalente a la identidad del personaje. De este modo se convierte el azar en destino. En este sentido, entender a la persona como personaje de una narración implica que sus experiencias hagan parte de su identidad, puesto que el relato es su

⁵⁸ Ibid. p.146.

identidad, es la identidad narrativa. En este movimiento de la concordancia discordante es que se debe poner en funcionamiento la dialéctica de la ipseidad y la mismidad, por cuanto es la identidad del personaje la que se debate en estos extremos de la permanencia en el tiempo que forjan la identidad. La función mediadora de la identidad narrativa del personaje que se ubica entre *idem-ipse*, se pone en evidencia a partir de las variaciones imaginativas que habitan el relato y a las que ve expuesta esa identidad. Desde esta perspectiva es que la literatura funciona como el “vasto laboratorio” en el que las experiencias del pensamiento ponen a prueba los múltiples recursos de cambio de la identidad narrativa. El bien que se recibe de estas experiencias de pensamiento consiste en diferenciar los dos modos principales de permanencia en el tiempo; en la cotidianidad estas formas parecen intercambiarse y confundirse, de modo que contar con alguien es contar con el mantenimiento de un carácter, para así esperar que el otro cumpla su palabra pese a las contingencias que puedan afectar las disposiciones duraderas. Estos elementos en los que se yuxtaponen las contingencias y la permanencia, son las variantes que ponen en peligro la identidad del personaje sometándolo a una prueba de control bajo el principio del orden que establece la trama; es decir, la pérdida de identidad del personaje se refleja en la indeterminación del destino, lo cual implica una crisis en la configuración. En este sentido, la pérdida de la identidad consiste en un despliegue de la ipseidad y en una anulación de la mismidad.

Las ficciones literarias ofrecen un amplio horizonte de variaciones imaginativas en torno a algo que no cambia, se trata de lo que hace posible la mediación existencial entre el sí y el mundo, el cuerpo. Así, esa condición corporal que nos caracteriza, hace que efectivamente los personajes sean tan humanos como nosotros, en el sentido en que el cuerpo, constituye una dimensión del sí, y las variaciones imaginativas sobre la condición corporal son afecciones sobre sí y su ipseidad. En esta vía, la función mediadora del cuerpo en la disposición de ser en el mundo como extensión de la ipseidad corporal, hace que el mundo sea habitado corporalmente; esta es la facción de nuestra condición terrestre, por lo que la tierra no es solo un planeta sino el nombre de la significación de nuestro anclaje corporal en el mundo. Esto es, en última instancia, lo que subyace al relato literario puesto que en tanto *mimesis* de acción imitada en y por la ficción se somete a la limitación de nuestra condición corporal y terrestre.

3.4. LA CONDICIÓN NARRATIVA DE LA VIDA: ENTRE DESCRIBIR Y PRESCRIBIR

En el siguiente apartado se mostrará el vínculo presente entre la teoría de la acción y la teoría ética, focalizado en la legitimación de una transición significativa entre la conceptualización acerca de la trama y el personaje, por una parte; y, por otra, la atribución responsable de una acción a un agente que en su poder de hacer también tiene un deber. En primer lugar, es necesario dar cuenta del modo en que a partir de la conexión narrativa, propia de la lógica del personaje y de la trama, se puede hacer extensiva al campo práctico con base en las nociones de acción y agente. Con este precedente, se apunta a elucidar el aporte de la teoría narrativa a la ética; por medio de la relación trama personaje, que en el campo práctico va más allá de las frases y de las

cadenas de acción; la cual constituye la base para la comprensión de la configuración narrativa desplegada a escala de una vida.

El punto de partida es la noción de *práctica*, que a partir de Danto se entiende como lo que se hace “con vistas a”, lo cual implica las acciones que se realizan para lograr otras. La práctica como tal se basa en el establecimiento de un conjunto de relaciones ordenadas que comprenden, la finalidad y la causalidad, la intencionalidad y las conexiones sistemáticas, así constituyen el largo encadenamiento de acciones que fundamenta una práctica. Al interior de las conexiones sucede una subordinación de acciones que se implican en un rol. Por ejemplo, si alguien quiere desempeñarse como agricultor, hay una cantidad de acciones que debe estar en capacidad de realizar, para que la agricultura como práctica le de sentido a su oficio. De este modo se agrega, que las prácticas funcionan sobre la base de una regla constitutiva, que determina los principios por los cuales una acción puede hacer parte de una práctica, de modo que su efecto es enmarcarla en una unidad configurativa. Es necesario señalar que las reglas constitutivas no tienen en sí mismas un carácter moral, aunque pueden adquirir este matiz en la medida que impliquen conductas capaces de producir una significación ética. Las relaciones de significación que producen las prácticas se fundamentan en las acciones en las que un agente tiene por principio la acción de otro. Teniendo en cuenta lo anterior, es posible comprender los múltiples vínculos interactivos que estructuran las prácticas como unidades de acción.

En *Poética*, Aristóteles compara *praxis* con *bios*, cuando afirma que la tragedia es mimesis no de hombres sino de acción, de vida. Lo anterior, abre el espacio a la relación *praxis relato*, configurada en la expresión de McIntyre “conexión narrativa de una vida” que sería el correlato narrativo de la “conexión de una vida” de Dilthey. Aquí se da lugar a la noción de *Planes de vida* con la que se hace referencia a esas amplias unidades prácticas con las que se nombra la vida profesional, la vida familiar, etc. La composición de los *Planes de vida* está dada a partir de cierta condición de flexibilidad que le permite un movimiento de ir y venir entre los ideales, más o menos lejanos, que deberían estar en el presente, y el rigor de los beneficios o las desventajas de la libre designación por la que se adopta determinado plan de vida en el horizonte de las prácticas. Lo que interesa en esta parte, es ver que la construcción del campo práctico, obedece a un proceso que aumenta su complejidad, donde el punto de partida está dado por las acciones de base y las prácticas que se van acentuando en el azaroso horizonte de los ideales y de los proyectos, que le permiten a una vida humana ir captando su “unidad narrativa de una vida”. Este proyecto de vida con toda la carga de incertidumbre que posee, y todo lo disímil y fragmentado de sus prácticas que poseen su unidad, es el punto de encuentro entre la indeterminación de los ideales y la determinación de las prácticas. De aquí, se deduce que el campo práctico participa de un doble principio de determinación que ofrece una aproximación a la comprensión hermenéutica de un texto por el cambio entre el todo y la parte; dicho de otro modo, retomando el capítulo II de este estudio, se ejerce, en el campo práctico del texto, una función ontológica que moviliza la construcción del sí mismo, en la configuración narrativa de una vida. En este sentido, la idea de configurar la vida como un relato, tiene

una finalidad que se comparte con el proyecto, se trata de orientar el destino hacia una vida buena.

Hablar de la unidad narrativa de una vida, enmarca también una serie de dificultades, dado que el relato implica una relación entre autor, narrador y personaje. Esta relación tiene consecuencias en el paso de la vida al discurso narrativo. Puesto que para que la vida adquiera el carácter narrativo es necesario que sea recopilada, dado que si una vida no puede ser captada como una totalidad singular, no es viable desear que sea una vida lograda, realizada. Las dificultades del paso del relato a la vida se dan en primer lugar por la noción de autor, en el sentido de que solo en el relato autobiográfico es posible ser autor, narrador y personaje, en los demás relatos a lo sumo solo se puede ser coautor. Otra dificultad radica en que, en la vida real nada tiene el valor de comienzo narrativo, por ejemplo, tanto el nacimiento como la muerte son relatos de otros; el primero pertenece a la historia de quienes lo vivieron, y el segundo lo cuentan quienes sobrevivieron; en ese sentido la vida se dirige hacia la muerte lo cual hace que sea imposible captarla como un fin narrativo. Otro aspecto, consiste en la imbricación de las historias, es decir, que episodios enteros de una vida también pertenecen a quienes compartieron dicha vivencia. Y por último, la comprensión de sí solo estaría en términos de comprender lo que ya sucedió y subordinar este conocimiento a un proyecto. A partir de lo anterior, se ve que la vida difiere de las historias enmarcadas en el discurso narrativo. Entonces por qué se habla de unidad narrativa de una vida. Ricoeur afirma que los anteriores argumentos no ponen fuera de juego la aplicación del discurso narrativo a la vida, además solo constituyen una copia ingenua de la mimesis en la que prevalece la noción de copia, y la que se pretende reivindicar aquí, es la que da la entrada al relato, precisamente en mimesis III como refiguración, acción creadora. En cuanto a la noción de autor, cuando se hace el relato de una vida de la que no se es el autor en cuanto a la existencia, lo que se comparte es la condición de coautor en cuanto al sentido.

La concepción de la vida como unidad narrativa debe comportar una complementariedad inestable entre fabulación y experiencia viva. Esto es necesario por cuanto al ser humano no le es posible aprehender la vida real, por eso se organizan las contingencias a partir de la ficción, lo cual da una óptica retrospectiva que permita tomar como provisional esa trama tomada de la ficción o de la historia. Con respecto a los comienzos narrativos, se abre la posibilidad de inaugurar un nuevo estado de cosas que implica la identidad del carácter mediante la estabilización de comienzos constituidos por las iniciativas. En el siguiente apartado se profundizará sobre esta noción como posibilidad humana de apertura y construcción de sí mismo. Un aporte fundamental para la comprensión del Sí narrado, es mostrar la actitud humana ante los fines provisionales que ofrecen los relatos sobre la muerte, aportando elementos para enfrentar la angustia, el vacío y la ignorancia que se tiene ante semejante inminencia. La objeción al argumento sobre la imbricación de las historias, apunta a mostrar que al interior de los relatos también suceden estos entrecruzamientos de historias y personajes, lo cual ofrece diversidad de modelos de interacción que fortalecen el conocimiento de la condición humana. Y, finalmente, sobre la función retrospectiva del conocimiento de sí, se objeta que el relato solo pueda ofrecer una reflexión sobre lo

vivido en el pasado, puesto que para el narrador los hechos narrados parecen desarrollarse en otro tiempo; asimismo, el pasado de la narración no es más que el cuasi presente de la voz narrativa. Otro aspecto a tener en cuenta es que entre los tiempos narrados, existen proyectos y promesas a partir de las cuales los personajes son orientados hacia un futuro finito. En síntesis, no es descabellado hablar de la unidad narrativa de una vida, puesto que aquello narrado es el cuidado que articula retrospectión y prospección. El discurso narrativo, hace que el relato de ficción y la historia de vida se complementen en esa dialéctica que revela que el relato es parte de la vida antes que escritura; a su vez, retorna a la vida a través de la diversidad de posibilidades de la apropiación pese a las dificultades antes mencionadas.

3.5. LAS CONSECUENCIAS ÉTICAS DE LA VIDA COMO RELATO

Este apartado estará dedicado a establecer el modo en que la comprensión de la condición narrativa del sí mismo, requiere del complemento de las determinaciones éticas de la imputación moral, que va de la acción a su agente. Desde la propuesta que hace Ricoeur al presentar el sustrato del relato literario en las condiciones de prefiguración, propias de *mimesis I* donde afirma que “(...) Imitar o representar la acción es, en primer lugar, comprender previamente en qué consiste el obrar humano: su semántica, su realidad simbólica, su temporalidad”⁵⁹; está manifestando las implicaciones éticas de la narratividad. En este momento inicial de la constitución del relato, donde la preeminencia es dialógica, lo que sucede es un constante intercambio de experiencias, donde, tanto las acciones como los agentes son exaltados o censurados. En el relato configurado como texto no se sacrifican estas cuestiones éticas por las estéticas, aunque puede pensarse que por el placer que suscita seguir el destino de los personajes, se efectúe una neutralización del juicio moral, a la vez que se deja en suspenso la acción. Sin embargo, en ese escenario de posibilidades que es el discurso narrativo, no se dejan de indagar diversos modos de estimar tanto acciones como personajes. De hecho, las experiencias mentales que se realizan en el inmenso laboratorio del pensamiento que es la literatura, son constantes exploraciones sobre el bien y el mal. Por lo anterior, no puede decirse que el juicio moral sea abolido sino alimentado por las variaciones imaginativas de la ficción. Esto inaugura una dimensión evaluativa del relato de ficción, en el que ejerce su función de descubrimiento y de transformación acerca de los modos de sentir y obrar del lector. En *Tiempo y narración III*, Ricoeur plantea que ningún tipo de relato puede mantener un grado cero de estimación, es decir que no suscite ningún juicio; afirma que, quizá, el que más podría aproximarse a tal fin sería el historiográfico, pero el lector puede dar una apreciación acerca de su posición sobre los usos y costumbres de las personas objeto de la narración.

Para abordar las implicaciones éticas de la función narrativa, es necesario retomar la discusión sobre la identidad como ipseidad; allí, se explicaba que cubría un conjunto de significaciones desde un extremo de la identidad del mismo, hasta el otro punto donde se disocian totalmente. Al primer extremo se le atribuía la noción de carácter, por el que

⁵⁹ RICOEUR, Paul. *Tiempo y Narración I*. México. Siglo XXI. 2003. p.129.

es posible identificar y reidentificar a una persona. Y, el segundo extremo, es el que contiene la perspectiva ética a partir de la noción de *mantenimiento de sí*. Por mantenimiento de sí se entiende el modo en que una persona se comporta de tal manera que otro puede contar con ella. El hecho de que alguien pueda contar con otro lo hace responsable de sus acciones ante otro. En este sentido, el término responsabilidad adquiere dos vertientes éticas: contar con..., ser responsable de... La conjunción entre estos elementos emerge a partir de la respuesta a la pregunta ¿Dónde estás? Formulada por el otro de la solicitud. Esta respuesta exige la condición ética del mantenimiento de sí: “¡Heme aquí!”. La oposición que se da entre el mantenimiento de sí y el carácter, expone la dimensión ética de la ipseidad, sin atender a la conservación del carácter. Esta dialéctica, muestra que el lugar en que sucede es la experiencia del tiempo; la cual, es manifiesta en el mantenimiento de sí, frente a la condición de permanencia del mismo.

En este estado de cosas, es pertinente preguntar, cuál es la ubicación de la identidad narrativa en el orden de estas variaciones entre la ipseidad mismidad del carácter y la ipseidad del mantenimiento de sí. Someter el carácter a la narración, pone en movimiento, por efecto del relato, las sedimentaciones que lo conforman; así, la narrativización de la vida, propicia el espacio para el establecimiento de atributos con los que se caracteriza y reconoce a los personajes; de este modo, el lugar que le corresponde a la identidad narrativa se encuentra en el punto medio, donde confluyen el mantenimiento de sí y la permanencia en el tiempo del carácter. Cuando el relato de ficción retorna a la vida y se suscita en el lector la búsqueda de su identidad a partir de la hipótesis de sentir su propia identidad perdida, es cuando la ipseidad se vuelve contra la mismidad. Pero, qué queda en este sentir perdida la identidad, si de acuerdo con la semiótica no es posible hablar de un no-sujeto. El sí que en la realidad se enfrenta a la hipótesis de su propia nada, encuentra en el relato una posibilidad de refiguración. Acaso, perder la identidad puede decirse en términos de “no soy nada”. Esta nada, no es precisamente la nada de la que no hay nada que decir; dado que aquí se manifiesta una paradoja; puesto que, en tanto, es una nada que se puede decir está implicando a un yo. Pero, en este caso qué vendría siendo yo cuando el sujeto afirma que no es nada. Pues, un sí privado de la mismidad. Ésta, bien podría ser la forma de entender los modos en que suceden las transformaciones mas profundas de la identidad personal, la exigencia de superar esta prueba de la nada de la identidad. Es en estos momentos en que se experimenta la nulidad, cuando ante la pregunta ¿quién soy? Lo único que queda es la pregunta misma. A partir de esta pregunta, es necesario resolver la oposición entre la dificultad de la ipseidad en el plano narrativo, y su afirmación en el plano del compromiso moral. El asunto está en la *apofánisis* que es la transición de la pregunta ¿Quién soy? A ¿Qué soy? Así, apelar al qué del quién, significa un retorno al fundamento, a la mismidad, a la construcción de una respuesta con base en las identificaciones fijas que constituyen el carácter.

Sin embargo, resulta imposible reconocer a una persona en una única y fija forma de pensar, de sentir, de obrar; lo cual, no impide que sea una cuestión pensable. Lo que resulta practicable es hacer que sean fallidos los intentos de identificación del sí. En este sentido, es necesario pensar cual es la forma en que un sí pueda mantenerse en el plano ético sin excluirse del narrativo. Esto implica la simultaneidad de la pregunta ¿Quién

soy? Y del acusativo ¡Heme aquí! Lo anterior se resuelve de la siguiente manera. ¡Heme aquí! representa el carácter formal por el que una persona se reconoce como sujeto moral de la imputación; lo cual implica, la cualidad de apostarse como un sí mismo ante la multiplicidad de modelos de acción y de vida, al punto de fijar su capacidad de compromiso firme. Es establecerse ante una imaginación que puede acceder a todo y una voz narrativa que dice: todo es posible pero todo no representa beneficio para otro y para ti mismo. Entonces, la resolución de estas oposiciones sucede en un frágil acuerdo, “puedo probar todo, pero aquí me detengo”. En este sentido, la angustiosa pregunta ¿Quién soy? Puede ser un correlato de “aquí me detengo”. Pero, también ¿Quién soy? Puede desplegarse en el reconocimiento de la dificultad de permanecer, pese a lo cual es posible confiar, contar conmigo. Así, entre el individuo al que se le imputa responsabilidad por la expectativa del otro, se le opone la pregunta que contiene la imaginación narrativa; y, de este modo surge el defecto o la falla que se oculta en el centro mismo del compromiso. Esta falla secreta marca un punto de equilibrio entre la moderación del mantenimiento de sí, y el exceso de estimación de la inflexible constancia de sí. En este sentido, puede caracterizarse la ipseidad a partir de la relación de posesión que tiene la persona con sus pensamientos, sus acciones, ambiciones, en síntesis sus “experiencias”; lo cual, no implica ausencia de ambigüedad en el plano ético. En este sentido, afirma Ricoeur, que lo importante desde la perspectiva de la ipseidad, es el carácter dialéctico de las relaciones de posesión, desposeimiento; cuidado y despreocupación; la afirmación de sí y el oscurecimiento de sí. A partir de lo anterior, es preciso mostrar que la ruptura del cierre del mismo sucede bajo el efecto de la irrupción de otro, y que en este movimiento de fractura es que el sí se vuelve disponible para el otro distinto de sí.

3.6. SOBRE LA INICIATIVA COMO EJE CONFIGURADOR DE LA ACCIÓN EN LA IDENTIDAD NARRATIVA

“Solo en virtud de la fuerza suprema
del presente se tiene el derecho
de interpretar el pasado”
Nietzsche.

En la perspectiva humana del tiempo la acción realizada en el presente es definida como iniciativa. Para Ricoeur es“(…) el presente vivo, operante, que replica el presente visto, considerado, contemplado y reflexionado”⁶⁰. Con este precedente, el siguiente texto constituye una reflexión acerca del presente, personal, colectivo e histórico, en el que se expone, desde una perspectiva de carácter especulativo, un acercamiento tanto a su lugar como a su significado en el tiempo humano. En este sentido, se establece un vínculo práctico articulado a la construcción de la identidad narrativa como fundamento del sí mismo, y la implicación de su acción en sus derivaciones tanto éticas como políticas.

⁶⁰ RICOEUR, Paul. *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México. Fondo de Cultura Económica. 2002. p.241.

El acercamiento fundamental al pensamiento sobre el presente consiste en vislumbrarlo a partir de una relación de oposición entre el pasado y el futuro. De esta forma de ver el tiempo surgen paradojas en dos sentidos; en primer lugar, la que lo expresa como un origen y en segundo lugar como un tránsito. La primera tiene que ver con la atribución de cierta centralidad al presente, es decir, cuando se ordena el pasado y el futuro respecto del presente; esta acción la realiza un ser hablante por medio de su mención a través de adverbios de tiempo (hoy, ahora, en este momento), o de tiempos verbales con los que puede decir el futuro y el pasado. No obstante esta centralidad puede también ser vista en sentido inverso; esto es, cuando se trata de expresar el futuro con la respectiva carga de preocupación que comporta, debido, básicamente, al deseo, la espera y el temor que lo conforman; de igual modo hacia el pasado en el que la memoria permite evocar, conmemorar. Así, es posible ir y volver a través del presente, a la memoria y a la espera; lo cual se ordena a través de una acción narrativa.

La anterior forma de ver el presente, el pasado y el futuro a partir de una oposición, permite pensar que ésta puede bien ser interna o externa. Externa porque este fuera de sí del tiempo lo divide en presente, pasado y futuro; lo cual se hace evidente por la forma en que se niegan: el futuro porque aun no ha sido, el pasado porque ya no es, esto en oposición al es puro del presente. Por otra parte, se puede hablar de relación interna en tanto es el presente en concordancia consigo mismo el que se exterioriza, en la medida en que nos es dado hablar del futuro en cuanto espera del presente y del recuerdo como un presente del pasado. Contemplar que el pasado, el presente y el futuro, habitan en la interioridad del presente, permite pensar en la positiva capacidad de cambio que admite: el futuro es un será presente, el pasado es un fue presente, en tanto que el presente es en sí un presente del presente.

Ahora bien, en términos prácticos al interior del presente surge otra oposición, la cual se ocupa de establecer la diferencia entre el presente y el instante. El presente con relación al futuro implica la noción de *inminencia*, por eso se habla de lo que va a suceder o lo que está a punto de suceder; de la misma forma sucede con el pasado a partir de lo que acaba de suceder que a manera de recuerdo primario se superpone a la experiencia presente y se entiende como *reciencia*. Es posible ligar lo reciente con la intención presente a través de la *retención*. El presente es pues constituido por una serie de relaciones intencionales, longitudinales que, hacen del tiempo un flujo continuo, suceden en su interior y se representan en la inminencia, la reciencia, la protensión y la retención; de este modo no es posible ver el presente como un único punto sobre la línea en tanto está tan cargado con el futuro inminente como con el pasado reciente. No así el instante que signa la incidencia del ahora, lo que bien podría ser su ruptura. De aquí se sigue que la relación entre incidencia, inminencia (reciencia) es una dialéctica que sucede al interior del presente; de la cual, surge un conflicto en cuanto a su representación, mientras que el instante se deja representar como un único punto sobre la línea, la dialéctica inminencia, incidencia, solo se deja decir indirectamente, *como sí, de alguna manera*, sin expresiones literales, es decir, metáforas. Los instantes descritos en la continuidad de la línea en que nos figuramos el tiempo son una serie de intervalos como unas sucesivas interrupciones puntuales que nos permiten entenderlo a modo de

una sucesión indeterminada de instantes y de intervalos entre los instantes. De este modo, es posible enfrentar un tiempo que no se representa sino indirectamente por acción de la metáfora y uno que tiene como unidad el punto y la línea. En este orden de ideas, es posible tomar el presente vivo (centrado-descentrado) como fenomenológico y el que tiende a la objetivación del instante, de la sucesión de ahoras en el punto, como tiempo cosmológico. “Tiempo del alma, si se puede decirlo, contra tiempo del mundo”⁶¹. La figura del presente como tránsito o paso se vive desde la pasividad, desde la fuerza de las cosas, es el transcurrir externo que se mide en los días, meses y años, y se puede contar; de este modo, el tiempo representado por el punto, en la línea, se opone al paso a través del instante que lleva en sí sorpresa, irrupción, desconcierto, *incidencia*. Es así que en los puntos que conforman la línea se configuran los cuasi presentes cuyo conjunto de posibilidades y perspectivas, pasadas y futuras, se entrecruzan construyendo la unidad del flujo; unidad que solo es posible pensar si se tiene en cuenta la mediación del tiempo lineal en el entendimiento de un alma que diferencia instantes e intervalos a través de la elaboración de síntesis que objetivan el tiempo del mundo con el tiempo vivido.

De lo anterior, se deriva la existencia de dos sentidos en el ahora, por una parte el presente vivo cuya incidencia afronta a la inminencia del futuro próximo y a la recienencia del pasado próximo y, por otra, el ahora que genera un corte cualquiera en la continuidad del cambio. Así, la articulación práctica de estos elementos consiste, desde una perspectiva especulativa que pretende de alguna manera responder al hacer en la acción narrada, en la síntesis del presente vivo que sucede en un instante indeterminado configurado mediante la noción de *iniciativa*.

En este punto se vislumbra la intersección del tiempo sin presente y el tiempo con presente en el orden del hacer, compuestas en el tercer tiempo que es el tiempo del hacer y corresponde al calendario. Las iniciativas personales y colectivas tienen su expresión en el tiempo del calendario el cual enmarca el punto de encuentro entre el tiempo astronómico y la vida cotidiana, integrando las costumbres de una comunidad al orden del cosmos. Éstas se asimilan a partir de tres elementos constitutivos comunes a todos los calendarios. En primer término la designación de un acontecimiento de carácter fundacional que marque el inicio de un nuevo periodo o forma de vida, un punto cero del cual pueden inscribirse todos los acontecimientos. A partir de este momento *axial* es posible ir del pasado al presente así como del presente al pasado; y finalmente, la utilización de múltiples unidades de medida que sirven para marcar los intervalos constantes entre recurrencias de fenómenos cósmicos. De esta forma los componentes del tiempo físico y fenomenológico se unen en un tercer tiempo: el calendario. Desde la perspectiva física se tiene un tiempo permanente, infinito y lineal, susceptible de ser segmentado en instantes y desde la fenomenología se resalta la característica axial del tiempo que para los antepasados no fue un instante indistinto sino un hoy desde el cual fue posible un mañana y un ayer.

⁶¹ Ibid. p.244.

La noción de *hoy vivo* es definida como el acontecimiento nuevo que permite la ruptura con el tiempo anterior y abre el horizonte a un curso nuevo de acontecimientos distintos de lo que había acontecido. De la unión de un presente cualquiera del tiempo físico y la emergencia del presente vivo que se expresa con mayor fuerza en el registro, en la fecha, surge el tercer tiempo cuya finalidad es transportarnos mediante la imaginación a ese cuasi presente virtual donde tuvo lugar un acontecimiento significativo, y de esa manera nos permite situarnos en la historia a través del tiempo cosmológico, lo cual posibilita ajustar una fecha a acontecimientos pasados y eventualmente futuros; de este modo, tenemos un lugar en la historia, en la serie infinita de los hombres que han existido y en lo que ha sucedido. Es preciso tener en cuenta que todos los instantes son potencialmente momentos axiales así como una fecha tomada en sí misma determina si corresponde al presente, pasado o futuro, tal como sucede con las disposiciones de un contrato a realizar o un relato del pasado como la crónica.

El presente es posible por su vertiente discursiva de modo que como afirma Ricoeur: “Para tener un presente es necesario al menos que alguien hable, el presente es entonces significado por la coincidencia entre un acontecimiento y el discurso que lo enuncia”⁶². En este sentido es la enunciación discursiva de la fecha la que le confiere el carácter de presente al tiempo vivido en el tiempo del calendario; es decir, si no se expresa el presente fechado de la enunciación del hablante no se puede decir que sea presente, pasado o futuro. De este modo se traza la importancia del tiempo del calendario como tercer tiempo, a partir de una relación de interdependencia entre la humanización del tiempo cósmico y la cosmologización del tiempo vivido que convergen en un punto axial cualquiera del calendario. A partir de lo anterior es posible entender que la iniciativa es una apertura, es la designación de un momento axial del calendario dotado de un significado que permite imprimirle al curso de las cosas el orden **nuevo** de un comienzo.

Ahora es pertinente cuestionarse acerca de la forma en que opera la iniciativa en los ámbitos personal y colectivo. Para los seres humanos comenzar es una de las acciones a las que más se atribuye sentido, empezando por el nacimiento, el cual es un comienzo para quienes lo viven en calidad de testigos, además de ser una fecha en el registro civil; sin embargo, es con relación a este momento que se signan nuestros comienzos, pese a nuestra condición de pasividad ante el curso de las cosas o de la poca claridad acerca de las contingencias, aspectos éstos sobre los que no tenemos control, tal es el caso de las condiciones en que nacimos, el contexto, el lugar; no obstante, pese a que por lo anterior podemos sentirnos arrojados al mundo, bajo estos elementos se abriga la posibilidad de comenzar, de darle a las cosas un nuevo comienzo, un curso que señala como acontecimiento el momento axial de *hacer* las cosas de otra manera, elementos que configuran la existencia en destino, lo cual posibilita el proyecto como movilizador de la identidad narrativa.

En este sentido, la comprensión de la iniciativa a nivel individual es más compatible con el verbo hacer que con ver, puesto que la iniciativa no es ver lo que sucede sino lo que

⁶² Ibíd. p.247.

hacemos que suceda, en tanto la acción de ver se relaciona más estrechamente con la forma como nuestro ser afectado por lo acontecido en el pasado tiende a mirar lo sucedido a partir de la retrospectiva, de ahí la tendencia a pensar el presente en términos de visión, de inspección. Ahora bien, si se trata de considerar el *hacer* es necesario vincularlo a categoría del yo puedo, en consonancia con la fenomenología, resaltando la función mediadora que ejerce el cuerpo entre el mundo y lo vivido, en el cual confluyen los ordenes físico y psíquico así como el cósmico y subjetivo; puesto que es en el cuerpo que funciona como escenario para la conjunción entre el presente vivo (fenomenológico) y el instante (cosmológico) que emerge la iniciativa. “El cuerpo propio, en este sentido, es el conjunto coherente de mis poderes y de mis no poderes; es partir de este sistema de los posibles de carne, que el mundo se despliega como conjunto de utensilios rebeldes o dóciles, de facilidades y de obstáculos”⁶³. En este sentido el poder de actuar es bordeado por la circunstancia proporcionando los obstáculos o las vías para ejercer las acciones.

Otro elemento que se suma a la inteligibilidad de la iniciativa en el plano individual viene, según Ricoeur, de la teoría de la acción; la cual, se ocupa de estudiar conceptualmente cómo se organizan los sistemas de acción en el obrar humano a partir de proyectos, intenciones, efectos deseados o no, circunstancias, etcétera. Esta teoría tiene como unidad fundamental las acciones básicas, definidas como aquellas que sabemos y podemos realizar sin el auxilio de una acción anterior. Lo que sabemos y podemos hacer en relación con nuestros poderes y lo que efectivamente hacemos al hacer suceder, no es precisamente algo que como agentes podamos observar; no nos es posible ser simultáneamente observador y agente por tanto pensamos nuestras acciones como determinismos parciales que a manera de sistemas cerrados imposibilitan su transposición al universo, a menos que nos excluyamos como agentes capaces de acciones de hacer suceder. En síntesis, si el mundo es lo que sucede, el hacer no tiene lugar en la totalidad, de ahí se deriva que el hacer que habita en la realidad sea la condición de su imposibilidad de ser totalizada.

Por otra parte, la teoría de los sistemas aporta, a esta discusión sobre la iniciativa, el lugar de la *intervención* que en el sistema⁶⁴ es el equivalente de la iniciativa, y se entiende como la unión que hace el agente de su poder-hacer con las condiciones impuestas por el sistema para la ejecución de una acción. En este orden, para que un sistema pueda concluirse requiere de la intervención de un agente que con sus acciones saca del aislamiento de su entorno un sistema cerrado y hace patente las posibilidades de desarrollo que lo conforman; esto sucede gracias al estado inicial que se inaugura con su intervención y mediante la intersección de los recursos del sistema y los poderes del agente. Otro aspecto del plano individual de la iniciativa extiende sus ramales hasta la ética, en el sentido de que la iniciativa implica responsabilidad, aspectos que son mediatizados por ciertos actos de habla o enunciaciones. Esta mediación sucede, por una parte, porque al actuar humano se relaciona estrechamente con normas, con

⁶³ Ibíd. p.249.

⁶⁴ En esta parte de la discusión Ricoeur asume la concepción de sistema de H. von Wright quien lo entiende como un espacio de estados que desde un estado inicial, una sucesión de pasos y un conjunto de opciones entre un paso y otro dan lugar al cumplimiento de etapas.

disposiciones para su realización, propias del orden simbólico que posibilita la emergencia de la acción con sentido y el sentido de la acción es su paso por el lenguaje; de modo que la iniciativa es una acción con sentido. Por otra parte se encuentra el lenguaje que desde el plano de la enunciación es una acción que, en el hablar mismo, evoca el acto ilocucionario. En este sentido todos los actos de habla signan el compromiso de quien los emite, puesto que es quien dice el que significa efectivamente lo que dice. Uno de los actos de habla que más fuerza da a lo anterior es el que implica la promesa; los actos compromisorios obligan intencionalmente a quien los profiere; es la unión de un compromiso a una palabra. Así, afirma Ricoeur que:

“(...) toda iniciativa es una intención de hacer, y en este sentido un compromiso de hacer, es decir, una promesa que me hago silenciosamente a mí mismo y tácitamente a otro, en la medida en que este es, si no su beneficiario, al menos su testigo. Diré que la promesa es la ética de la iniciativa. El núcleo de esta ética es mantener mis promesas. La fidelidad a la palabra dada se convierte así en una garantía de que el comienzo tendrá una continuación, de que la iniciativa inaugurará efectivamente un nuevo curso de las cosas”⁶⁵.

A manera de conclusión parcial puede decirse que el análisis de la iniciativa parte en primer lugar de la potencialidad, es decir, de lo que yo puedo; luego, se trata de poner mi ser en mi acto para así intervenir, es decir para que mi acto tenga un lugar en el curso del mundo, y finalmente, el mantenimiento de la promesa en la continuidad, la perseverancia y la duración del hacer.

Ricoeur con la lectura de la iniciativa en el plano colectivo, social, se propone mostrar la posibilidad de un presente histórico; el cual, se encuentra como punto intermedio entre el horizonte de expectativa y el espacio de experiencia. Son estos elementos, aportados por R. Koselleck, los que anuncian una hermenéutica del tiempo histórico. Por espacio de experiencia se entiende, partiendo del término en alemán *Erfahrung*, experiencia, que en su amplitud refiere, simultáneamente, a la de carácter privado o a la transmitida por generaciones anteriores o instituciones, siempre remitiendo a otro que ha sido superado y del que queda un *habitus*. Y, por espacio se entiende la multiplicidad de recorridos itinerantes que reúnen y configuran el pasado más allá de la cronología. Con relación al horizonte de expectativa refiere, en primer término, el poder de extender y superar tal y como lo incorpora la expectativa, la cual reúne aquellas manifestaciones, privadas o comunes, con las que se pretende dar cuenta del futuro, entre estas se pueden mencionar las siguientes: el querer, la preocupación, la curiosidad, el temor; en la expectativa habita el futuro hecho presente, inclinado hacia el aun no. En este punto, se observa la oposición que hay entre la experiencia en su carácter convocador y la expectativa en tanto división y dispersión de los puntos de vista. En este orden, la experiencia no es causa de la expectativa, en tanto el lugar de la experiencia no es límite para fijar los términos del horizonte de expectativa. Así mismo, a quien posee un cúmulo de experiencias de escasa significación, el límite que pone a su deseo le impide

⁶⁵ Ibíd. p.251.

esperar con sorpresa. La relación entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa más allá de ser de oposición es de condicionamiento mutuo; así, el presente histórico surge de las frecuentes variaciones de este encuentro.

El presente histórico es movido por las expectativas lo cual se hace visible en la ideología del progreso; ciertamente, la novedad que el presente abre sobre el futuro, heredera del nacimiento de la modernidad; también la creencia de que el cambio hacia lo mejor acelera el advenimiento de las esperanzas y finalmente la creencia de que los hombres son cada vez mas dueños de la factura de su historia. Sin duda la historia efectiva muestra las desavenencias que han padecido estos tres elementos al figurarnos la incertidumbre que genera el progreso y la novedad como constructores de un futuro mejor. El pasado se consume y se aleja cada vez más, así, amplía la distancia entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, lo que conduce al progresivo abandono del sueño de una humanidad reconciliada. Sueño que está dejando de ser una utopía que movilice el deseo para ser una ucronía, un lamentable relato de lo pudo haber sucedido. La expectativa va perdiendo sus anclajes en el porvenir y retrocede a un presente que se divide entre un pasado superado y una recienencia cuya anterioridad no ha dejado huella. De este modo se presenta la incoincidencia entre la historia y la acción, reflejada en los efectos perversos de los proyectos mejor concebidos, lo cual muestra que la historia es más algo que se recibe en lugar de ser algo que se construye. Esta relación de acción histórica y pasado recibido signa la dificultad entre horizonte de espera y espacio de expectativa. Esta tensión puede disminuir en la medida en que las expectativas no se fijen en utopías que conduzcan a acciones desesperadas, sino que surjan con base en la experiencia en curso, de modo que puedan ser determinadas, modestas, realizables y den lugar a un compromiso responsable que de alguna forma asegure su realización. Así el horizonte de expectativa no se desvanecerá; por el contrario, se acercará mediante la realización de proyectos menores que funcionen como intermedios de una acción mayor.

Ricoeur afirma con Kant que toda expectativa tiene el deber de funcionar como una esperanza para la humanidad; y, que ésta existe como tal en la medida en que sea sujeto (singular o colectivo) de la historia. Por otra parte, es necesario hacer frente a la limitación que se pone al espacio de experiencia, contrarrestando la creencia de que el pasado es inmodificable y cada vez más lejano. En oposición debe reabrirse para dar lugar a lo que se dejó de hacer y reavivar lo que posibilitaba su realización. De este modo las expectativas con anclaje en la experiencia fundan la *tradición viva* y con ella posibilidades de realización. La iniciativa puesta entre el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, dice Ricoeur citando a Nietzsche, es la fuerza del presente.

CONCLUSIÓN

LA CONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO A PARTIR DEL DISCURSO NARRATIVO COMO UN PROCESO SEMIÓTICO

La conclusión señala un lugar semejante al que origina la iniciativa, un momento entre el espacio de espera y el horizonte de expectativa. En este punto, se concentra un camino recorrido, y uno por venir; en el que se está dando el paso hacia adelante, hacia el proyecto que se realiza. En este sentido, la conclusión es también condición de apertura, de cambio, y a la vez compromiso de permanencia y responsabilidad en el mantenimiento. Más que decir, de qué consta el contenido de una investigación, y sus posibles hallazgos, se trata de contar algo que nació abrigando el deseo de saber y se mantuvo en una inevitable vuelta sobre el sí mismo que se fue sedimentando en esta configuración y refiguración discursiva, que finalmente se constituye como una forma de pensar, actuar, vivir, en suma, de narrar.

La propuesta que se materializa en este trabajo, es una opción de vida, en la que se permite el desarrollo de un modo cognitivo y existencial, que se concentra en la apertura de una identidad, que integra el pensamiento, el texto y la acción; la historia y la espera, la hipotética identidad narrativa que propone una lectura posible de la construcción del sí mismo como un proceso semiótico. Esta hipótesis solo es el rastro de un proceso de confrontación y aprendizaje, de contar lo que se vive, lo que se sabe sin saber, de conocer y aceptar la historia personal y colectiva, y sobre esa base, superar el vacío, la nada inexistente que nos anula cada vez que lo que se creía inmodificable en la identidad se viene abajo. Sin embargo, la vida es movimiento y cada derrumbamiento trae consigo una promesa, la posibilidad de un comienzo, un nuevo orden, de realizar aquello que se dejó de hacer y de aprender de la historia. Y, desde allí, vislumbrar el mundo de las posibilidades que despliega la vida a partir de la narración, de nuestros sueños y anhelos, de nuestras ficciones, de esa complejidad que nos constituye como individuos y como miembros de una colectividad. Además de integrarnos en nuestra condición de seres del tiempo y del lenguaje, nos compromete, éticamente, en el testimonio de la construcción de un proyecto que nos ayude a comprendernos y a apostarle a la posibilidad, al intento, de vivir de un modo distinto.

Este es un momento en el que las condiciones sociales y existenciales nos permiten, a la vez que exigen, la posibilidad de tomar distancia crítica tanto de la historia, como de los modos en los que el hombre ha sido pensado. En este sentido, podría aplicarse la propuesta de Danto en torno a la *frase narrativa*, desde la cual es posible mirar dos acontecimientos sucedidos en momentos distintos, con el fin de eliminar la quietud con se pretende pensar la historia; de modo que se pueda hacer una descripción de los acontecimientos del pasado en función de lo que se sabe de futuros. Desde esta óptica se puede mirar hacia el Cogito cartesiano a partir de la pobreza de su inmediatez reflexiva, donde pensarse pensante constituía la tabla de salvación que resguardara al hombre de la contingencia; esta confianza basada en la reflexión, muestra su insuficiencia cuando Nietzsche quiebra el cogito, exponiéndolo como constitucionalmente impedido para

volver sobre sí y resguardarse en la inmediatez de la certeza; dado que toda acción del pensamiento, es un engaño puesto que sucede en el lenguaje y este se expresa a partir de tropos, lo cual hace que el medio para obtener la verdad sea la mentira. A partir de lo anterior, se tienen dos momentos del pensamiento; vistos desde otra óptica, que es la que interesa a esta investigación. Se trata de una hermenéutica del sí, la cual surge como una reflexión acerca del hombre contemporáneo, en la cual Paul Ricoeur intenta proponer un horizonte de posibilidades del pensamiento y de la acción, a través de la resolución de dificultades en un plano que implica conocer-se, hacer-se y responsabilizar-se. Acciones que convergen sobre un sí, narrado. La posibilidad de solución es de orden dialéctico, las oposiciones ya no se marcan por la disyunción, sino que albergan su resolución formando otra cosa. Tampoco se trata de superar una vieja concepción y abandonarse en una desahogada marcha hacia adelante. Se trata de comprender que nuestra condición humana es permanencia y cambio, estructura y apertura.

Con este precedente surge una perspectiva sobre el hombre que no es yo, ni un yo quebrado, es una vuelta sobre sí que se proyecta. De este modo, brota la discusión sobre la identidad narrativa, que es a la vez personal y colectiva. Identidad que se forma a partir de dos polos opuestos que se van desplegando; por un lado la identidad de lo mismo, lo que no cambia y da lugar al carácter; y por otro, la ipseidad, que es movimiento, cambio, es la contingencia, el lugar donde tiene cabida aquello que nos es tan próximo y tan lejano, el otro. A lo largo de esta investigación se han mostrado una serie de oposiciones que se resuelven en señal de apertura. Lo mismo y lo otro se vuelven confianza, la confianza es promesa y esta, a su vez, proyecto. El recorrido conceptual ha mostrado las diversas formas en que se ha intentado explicar y comprender la condición humana. La discusión entre ficción e historia, es una pugna por la verdad, la certeza de la referencia en que se apoya la condición científica de la historia y la legitimidad del relato de ficción que se sustenta en un conjunto de relaciones que configuran la trama, objeto de la semiótica. Es la oposición por el acontecimiento que como emergencia cotidiana no origina un hecho histórico, pero es la condición de constituir una serie que amplíe la posibilidad de comprenderlo. Finalmente, hecho o acontecimiento; referencia o estructura, convergen en el **discurso narrativo** que combina lo cronológico y lo configurativo, que implica narrar las acciones humanas. Las cuales, suceden en un “solo juego de lenguaje” que se constituyen en “una actividad o una forma de vida”.

Este discurso narrativo, se reúne en una formación simbólica que concentra la relación fundamental del hombre con el lenguaje, el habla. Así, decir con Ricoeur que cualquier discurso fijado por la escritura o; con Lotman que la convergencia de un código natural con uno unívoco, son casos que van a dar origen a un lugar de la significación llamado texto, no es lo más importante, sino ver el universo de posibilidades significativas que se abren en esta proposición: estructura que fija el contenido y apertura que despliega en el lector posibilidades de sentido para la comprensión y construcción de sí mismo. Pensar en la construcción del sí mismo como un proceso semiótico, nos implica los procesos de explicación semiótica, por los cuales se conoce la constitución de un texto; pero también, la comprensión de dicho objeto en su contexto y en el nuestro nos

conduce inevitablemente a desarrollar condiciones dialógicas con la historia, con nuestros antepasados, nuestros contemporáneos y los que vendrán después de nosotros, lo cual nos pone en posición de interpretantes que se van haciendo en su identidad como camino de su ontología.

Hacerse en su identidad, es estarse narrando, es una acción del presente que implica a todas las manifestaciones de la temporalidad, es configurar en una trama la discordancia contingente en que se nos presenta inicialmente la vida, y organizarla en una concordancia que nos permita comprenderla. De este modo, el azar se nos transforma en destino, este en relato y el relato en responsabilidad; puesto que toda narración como acción implica un agente que se imputa moralmente en la configuración de sus anhelos, deseos y sufrimientos, que se narran ante otro que es también testimonio de sí mismo.

BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES. *Poética*. Madrid. Gredos.1992.

ACEVEDO de Gómez Josefa. Cuadros de la vida privada de algunos granadinos. Bogotá. Imprenta de “El mosaico” 1861.

BARTHES, R. et al. *Análisis estructural del relato*. México. Premiá. 1982.

BEGUÉ, M. Paul Ricoeur: La poética del Sí mismo. Buenos Aires. Biblos. 2002.

COURTÉS, Joseph. *Análisis semiótico del discurso*. Madrid: Gredos, 1997.

CALVO, Tomás. Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación. España. Antropos. 1991.

FLOCH, Jean-Marie. “Fuera del texto no hay salvación” El enfoque semiótico en Semiótica del marketing y comunicación. Bajo los signos las estrategias. Barcelona: Paidós, 1993.

FONTANILLE, Jacques. *Semiótica del discurso*. Lima: Universidad de Lima y Fondo de Cultura Económica, 2001.

LOTMAN I. La semiósfera I. Madrid. Cátedra 1996.

MARTÍNEZ de Carreño Aída. Líneas para una biografía de Josefa Acevedo de Gómez. Revista S. Facultad de Ciencias Humanas. Maestría en Semiótica. Universidad Industrial de Santander. Vol. I, No. I, junio de 2007.

PEIRCE, C. (1987) *Obra lógico semiótica*. Madrid. Taurus.

----- (1988) *El hombre un signo*. Barcelona. Editorial Crítica.

RICOEUR, P. *Si mismo como otro*. Madrid. Siglo XXI. 1996.

----- *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México. Siglo XXI. 1998.

----- *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. México. Siglo XXI. 1999.

----- Historia y Narratividad. México. Barcelona. Paidós. 1999.

-----, Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II. México. Fondo de cultura económica. 2002

-----, Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico. México. Siglo XXI. 2003.

----- Finitud y culpabilidad. Madrid. Trotta. 2004.

ROSALES CUEVA, José Horacio. La sensorialidad como fundamento de construcción de sentido. Escritos 29. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje. Enero-junio de 2004. Universidad Autónoma de Puebla.

STEINER, G. Pasión Intacta. Santafé de Bogotá, Editorial Norma. 1996.

ANEXO

EJERCICIO DE APLICACIÓN

Introducción.

En el presente segmento, se realiza un ejercicio de análisis a la luz de los elementos que brinda la semiótica del discurso. La finalidad es mostrar la practicidad de las herramientas analíticas de la disciplina, con el ánimo de ingresar a un texto como huella de un momento particular. En este caso, se ha tomado un cuadro de costumbres, estilo que tuvo auge en los comienzos de la literatura colombiana; y que sirve como testimonio de una axiología a partir de la cual se dio inicio a la construcción de una nación. Por tal razón, también hace parte del corpus trabajado por el grupo de investigación “Las postulaciones del estado nación en la literatura colombiana del siglo XIX” adscrito a la Maestría en semiótica. La investigación en general pretende elucidar aquellos elementos configurativos del “estado-nación” pero no a partir de documentos que legitiman la historia, sino de los discursos que inmersos en el legado literario nacional, muestran el sistema de valores de nuestros antepasados y, por qué no, sus implicaciones en la actualidad del país.

Con este precedente, es de vital importancia anotar que el develamiento de un sistema de valores implica entrar en el ámbito de comprensión de una identidad. Por consiguiente es pertinente señalar que el trabajo, “La construcción del sí mismo a partir del discurso narrativo como un proceso semiótico” se inscribe como un elemento que aporta a la fundamentación teórica y conceptual de las antes mencionadas intenciones investigativas. La influencia del discurso narrativo en la construcción de la identidad bien sea de carácter individual o colectivo, implica una dialéctica entre ficción e historia; esto en el sentido de que la historia pretende mostrar lo que sucedió efectivamente, mientras que la ficción puede dar a conocer los sueños, las expectativas los proyectos y los sufrimientos de un grupo social. Los elementos históricos y los ficticios, convergen en la narración que finalmente se ancla en la condición humana. De ahí surge uno de los valores que surcan la pertinencia de la investigación, conocer lo que sucedió y lo que se albergaba en el deseo es lo que nos acerca a la identidad narrativa de un pueblo y en esa medida a indagar por el sí mismo que se configura en dichos relatos.

En este sentido, el presente anexo tiene como propósito realizar un ejercicio de análisis a la luz de la semiótica del discurso. Inicialmente, se mostrará el objeto elegido para tal fin y por qué es susceptible de ser analizado desde esta disciplina; posteriormente, se hace una descripción del nivel narrativo y de la función actancial, para finalizar con el esquema tensivo, el cuadrado semiótico y la conclusión. Este escrito trata un fragmento del relato “Valerio o el Calavera” escrito por la colombiana Josefa Acevedo de Gómez y publicado hacia 1863. Este texto es un cuadro de costumbres que relata hechos de la cotidianidad de un grupo social, la nueva granada, cuenta parte de la historia del joven Valerio quien al morir era recordado por los perjuicios que ocasionó; sin embargo, la narración es una reivindicación de la historia de Valerio que busca envolverlo en un halo de bondad para que en la posteridad sea recordado como un joven desinteresado,

de obrar espontáneo y noble que estaba dispuesto a poner en riesgo su vida para ayudar y agradar a los demás. Del argumento del texto surge una inquietud como es la de intentar una comprensión de lo humano a partir de esa necesidad de hacer moralmente legítimas, para la historia, “la versión que se tiene de las personas cuando mueren”.

1. Sobre el autor y el objeto de análisis

Valerio o el calavera⁶⁶.
(fragmento)

¡Tú no vives ya, sensible i jeneroso Valerio! Pasó tu existencia como un relámpago, i tus nobles acciones, tus infinitos rasgos de bondad han pasado también desapercibidos en medio de tus compatriotas que llevaban una cuenta exacta de los errores, calaveradas y deslices de tu juventud. Mas, existen casi todos los objetos que amaste, i ellos, si por casualidad leen estos renglones, al derramar nuevas lágrimas consagradas a tu memoria dirigirán en el fondo de su alma una acción de gracias a la amiga que sabe olvidar tus faltas i quiere honrar tus virtudes. Tu muerte fue trágica, injusta y terrible; pero ella nos ha hecho conocer que tu interesante viuda era digna de amor. Cuando ella supo que tu asesino estaba en vísperas de ser condenado al cadalso, envió a pedir su perdón. “Que se le ordene, dijo, que venga a contemplar mi profundo dolor i el infortunio en que ha sumido a mis inocentes hijos, i este será el castigo de su crimen”.

Josefa Acevedo de Gómez.

El presente fragmento hace parte de un texto que conforma una serie de relatos escritos en forma de cuadros de costumbres, donde se muestra la cotidianidad y la mentalidad del hombre colombiano que vivió el periodo de independencia; obra literaria realizada por la mano de quien es considerada como la primera escritora civil de la república, la granadina: María Josefa Acevedo de Gómez. Esta mujer nació al alba del siglo XIX en Santafé el 23 de enero de 1803, creció en el seno de una familia que gozaba de reconocimiento social y económico; su padre, don José de Acevedo, jugó un importante papel en la gesta revolucionaria que tuvo lugar el 20 de julio de 1810, por lo que fue proclamado con el apelativo de “el tribuno del pueblo”. Su origen le favoreció crecer con algunos privilegios, en especial de carácter educacional, que le permitieron tener acceso a la lectura, a la escritura y al conocimiento de obras literarias, poéticas y filosóficas que le estaban vedadas a las mujeres. Así, pues, es necesario resaltar la importancia de esta figura en la historia de la literatura colombiana, en el sentido de que esta mujer, pese a las limitaciones de su contexto social y político, supo forjar cierto reconocimiento en el ámbito intelectual que significó, para la mujer colombiana, la posibilidad de que se le empezara a tener en cuenta en espacios que trascienden la intimidad del hogar.

Podría decirse que las letras de Josefa Acevedo son rebosantes de emotividad y, sin duda, fueron la fórmula que le permitió pensar el medio en el que vivía, así como

⁶⁶ ACEVEDO de Gómez Josefa. Cuadros de la vida privada de algunos granadinos. Bogotá. Imprenta de “El mosaico” 1861.

resguardarse del dolor y la incertidumbre de la soledad, que significaba ser mujer en un país que labraba su libertad por medio de las armas. Su talento en la labor literaria empezó a ser conocido hacia el año de 1830, a partir de la factura de poemas que empezaron a realizarse por encargo en los que se le pedía expresar desde las más exaltadas declaraciones de amor y júbilo hasta el mayor abatimiento a causa de la pérdida de un amor o un ser querido. Su prolija obra está compuesta, fundamentalmente, por poesía, teatro y relatos breves que se usaban en reuniones con fines de entretenimiento en los que se narraba anécdotas tanto de personajes notables para la sociedad de la época como de ciudadanos corrientes. Es de anotar que estos textos son testimonio de toda una forma de pensar al hombre de su tiempo.

Pese a la oscuridad editorial en el que ha estado el trabajo de Josefa Acevedo, entre sus obras más conocidas se encuentra “Deberes de los casados (1844)” y el “Tratado de Economía doméstica (1848)”, escritos en los que critica la posición tanto de la naciente entidad republicana llamada nueva granada como del ser humano frente a la institución del matrimonio, sosteniendo que la actitud que mantiene dicho vínculo se alimenta de solapamiento y resignación; es de anotar que la forma en que expresa sus pensamientos dialectiza entre una posición que defiende la moral y las buenas costumbres frente a una ironización de las mismas, a través de la denuncia de las desventajas a las que ha sido sometida la mujer por un sistema que se apoya en una condición de debilidad atribuida a de lo femenino, cuando lo que había era una serie de desventajas que se podían zanjar por medio de una mejor educación.

El fragmento objeto de este ejercicio de análisis semiótico, corresponde a una compilación de breves relatos que fueron publicados, poco tiempo después de la muerte de su autora, bajo el título de “Cuadros de la vida privada de algunos granadinos (1863)”. Acerca de este texto comenta la historiadora Aída Martínez de Carreño⁶⁷, de acuerdo con don Antonio Gómez Restrepo, que el estilo es claro y fluido, resalta su habilidad para la construcción estratégica de la narrativa en la que se invita constantemente al lector a dar continuidad, atraído por los detalles pintorescos, sencillos y veraces, de los cuadros y las situaciones que allí se tratan.

En “Valerio o el calavera” se muestra la versión de una vida en la que la autora se esfuerza por reivindicar la existencia de un joven quien después de su muerte era recordado por los infortunios y las situaciones azarosas en las que envolvió a quienes lo rodearon; sin embargo, a través de los cinco breves capítulos que forman este relato se cuenta como el joven Valerio era una persona de nobles sentimientos que estaba dispuesto a poner en riesgo su vida por ayudar y agradar a los demás. Se enfatiza en la nobleza de su corazón así como el desinterés y la espontaneidad con el que ayudaba a los demás. Uno de estos episodios trata de cómo en una ocasión ayudo a un viejo sacerdote, terco, ciego y malhumorado, que negaba su condición, a cruzar una calle en donde se apostaban unos bueyes cargados; mientras la gente se detenía a observar lo que le pasaba al clérigo, esperando alguna caída o tropiezo que produjera una situación

⁶⁷ MARTÍNEZ de Carreño Aída. *Líneas para una biografía de Josefa Acevedo de Gómez*. Revista S. Facultad de Ciencias Humanas. Maestría en Semiótica. Universidad Industrial de Santander. Vol. I, No. I, junio de 2007.

jocosa, éste se apartó de sus amigos y contra la voluntad y la injurias del anciano insistía en ayudarlo para evitarle algún perjuicio.

2. Sobre el Texto como objeto de la semiótica

El interés investigativo de una teoría gira en torno de aquello que constituye el campo sobre el cual intenta resolver los problemas que lo conforman como saber disciplinar. En este sentido se define su objeto, el cual es abordado a partir de una serie de herramientas metodológicas, cuyo propósito radica en favorecer la descripción del modo en que se encuentra estructurado, así como la forma en que los componentes de dicha estructura establecen relaciones dinámicas que abren la posibilidad de inaugurar procesos de significación y comprensión de un fenómeno, aspecto que es, en última instancia, el propósito de una investigación.

Desde esta perspectiva, es posible apreciar que la semiótica entendida como la disciplina que orienta su hacer y su saber hacia *todo lo que tiene sentido*, tiene un objeto en el que se manifiesta la significación y la producción de sentido. Aunque lo anterior no deja de ser expresado en términos generales, se trata en este caso de ir focalizándose en la pertinencia del texto como objeto de la semiótica. Al respecto, Jean Marie Floch en su trabajo sobre la semiótica del marketing, toma como premisa fundamental el planteamiento de A.J. Greimas cuando afirma que “Fuera del texto, no hay salvación”. Con este precedente formula que el escenario del sentido es el “contexto de la comunicación” lugar al que es posible acceder mientras se le considere como el objeto que resguarda, en potencia, el sentido: el texto. De este modo es necesario tener en cuenta que para que un texto emerja se debe a ciertos aspectos que lo hacen posible, tales son las condiciones de producción y de comprensión. No obstante, a este proceso de comprensión lo subyace el principio metodológico que pretende explicar la constitución de una estructura, es decir lo que en medio de lo cambiantes que puedan ser los procesos de construcción de sentido, puede permanecer sin mutaciones.

Teniendo en cuenta lo anterior, pensar que son los signos lo esencial de la semiótica se desvirtúa en tanto éstos solo son unidades que se interrelacionan pero bajo una serie de propiedades, que fundamentan sistemas de relación, y que son, finalmente, las que hay que poner al descubierto. De lo contrario, sería, en términos de Jakobson, reducir la semiótica a una disciplina de la forma. Así, pues, identificar los elementos que permanecen en la comunicación da lugar a que se describa una práctica social, en la cual el sentido pasa a ser significación que se expresa en la gestación de un texto. Esta es la pertinencia de un enfoque generativo, que haga el recorrido por los usos particulares en donde se muestren las variaciones de una forma existente, que permita ver el modo en el que se enriquece el sentido y aumenta la inteligibilidad en un proceso dinámico.

Entender el texto como la manifestación de una práctica social que expresa lo inmutable en lo que cambia, es perfectamente articulable con otras perspectivas de la semiótica, tal es el caso de la definición que da Lotman de texto cuando afirma que para la semiótica de la cultura un texto es “(...) un complejo dispositivo que guarda variados códigos, capaz de transformar los mensajes recibidos y de generar nuevos mensajes, un generador informacional que posee rasgos de una persona con un intelecto altamente

desarrollado”⁶⁸. Lo cual implica la posibilidad de recuperar lenguajes, mentalidades y por que no prácticas sociales de una época determinada, que es el caso del texto que pretende analizar este trabajo, mediante un relato de la literatura colombiana del siglo XIX.

3. Descripción del nivel narrativo

Uno de los fenómenos que favorecen la comprensión del hombre en el mundo radica en el modo en que asume la permanencia y el cambio, de tal forma que a partir de este devenir dinámico es que se va dando sentido a lo que constituye el universo semántico. Con este precedente es posible elucidar la manera a partir de la cual en un relato sucede la transformación de una identidad, es decir la forma en que un personaje a pesar de ser el mismo, cambia. En el fragmento “Valerio o el calavera” se muestra inicialmente un estado que da cuenta de un cambio cuando dice: “¡Tú no vives ya, sensible i jeneroso Valerio!”. Aquí muestra que el no vivir fue precedido por la vida, lo cual esclarece la forma en que se encuentra el sujeto al que se hace referencia; a partir de lo anterior se infiere que el cambio da lugar a una nueva forma de permanencia, en este caso se hace referencia a la memoria, pero es una memoria frágil que pretende permanecer de otro modo, de una forma que retome lo bueno del personaje para que sea eso lo que finalmente quede: “Pasó tu existencia como un relámpago, i tus nobles acciones, tus infinitos rasgos de bondad han pasado también desapercibidos en medio de tus compatriotas que llevaban una cuenta exacta de los errores, calaveradas y deslices de tu juventud.” A partir de lo anterior es que Courtés define el relato como “el paso de un estado a otro estado”⁶⁹.

El cambio en los estados sucede a partir de una serie de oposiciones que dan lugar a la sucesión de hechos, es decir ciertas discontinuidades que permiten la continuidad y hacen posible un orden. Ahora bien, si se admite que lo que moviliza el relato es la permanencia y el cambio es necesario tener en cuenta las clases de oposiciones; en primer lugar se tienen las de orden *categorial*, cuya característica principal es que carecen de estados intermedios; luego las *graduales*, que conciben posiciones intermedias y finalmente las *privativas* que implican esencialmente que para que se dé una la otra debe necesariamente no estar, para el caso que se analiza (vida/muerte), (memoria/olvido), (pasar/permanecer).

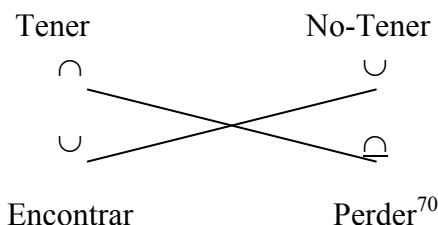
Es importante puntualizar aquí el papel de la negación en las oposiciones que en semiótica difiere de los usos formales de la lógica. Es decir, lógicamente el no tener o perder algo se encuentra completamente en disyunción respecto de tener, además nadie puede tener y no tener a la vez. Sin embargo, en semiótica se puede operar la sustitución por medio de la memoria, puesto que evocar es una forma de tener.

Esto ayudará a comprender el caso del personaje del relato sobre el cual se está trabajando; al referirse a él como alguien que ya no vive, que no tiene vida, lógicamente no existe; no obstante se puede evocar por medio de la narración de un recuerdo y del

⁶⁸ LOTMAN Iury. *La semiosfera I*. Madrid. Cátedra 1996.

⁶⁹ COURTÉS, Joseph. *Análisis semiótico del discurso*. Madrid: Gredos, 1997

mismo modo ejercer la transformación del recuerdo, en ese sentido el no tener (vida) es tenerla de otra manera. Lo anterior, se explica a partir del siguiente esquema:



“Valerio o el calavera” se configura como una narración puesto que muestra una transformación; es posible ver como Valerio cuyas buenas acciones están inicialmente sumidas en el olvido, opacadas por el recuerdo que de sus errores tienen quienes convivieron con él, van siendo reivindicadas por su amiga que sabe olvidar las faltas y recordarlo como alguien bueno que tuvo una muerte trágica (este hecho lo configura en su nuevo estatus como héroe, inolvidable) y de quien queda una mujer y unos hijos cuya sola presencia es testimonio de su bondad.

Es de crucial importancia tener presente que el medio de las transformaciones está determinado por el paso del tiempo, es la condición para que se de la sucesión. El esquema base muestra que ante un Estado 1 → Transformación → Estado 2. En este caso se parte de ver a Valerio como un muerto recordado por sus malas acciones, las cuales opacan sus “infinitos rasgos de bondad” que por la acción de una amiga capaz de olvidar lo funesto y recordar lo bueno, “(...) la amiga que sabe olvidar tus faltas i quiere honrar tus virtudes.” La acción de este personaje radica en la realización de un escrito, letra que busca permanecer, que resalta su recto proceder y que posteriormente se acentúa con la enunciación del carácter trágico de la muerte, “Tu muerte fue trágica, injusta y terrible”, para terminar afirmando la dignidad de la viuda que pide el perdón animada por la memoria de la bondad de esposo muerto, hecho que muestra que Valerio ya goza de otro estado en el que su presencia es un ejemplo que inspira benevolencia.

En este punto es importante mostrar que la semiótica aporta elementos para la comprensión de la estructura de los relatos, a partir de la postulación del “programa narrativo” como el paso que se da para la obtención de una conjunción o una disyunción de un sujeto con respecto de un objeto.

1. El sujeto está en disyunción con el objeto:

$$S \cup O$$

El recuerdo que se tiene de Valerio se encuentra despojado de la bondad y el respeto que se debe a la memoria de los muertos.

2. El sujeto está en conjunción con el objeto:

$$S \cap O$$

⁷⁰ Ibíd. p. 113.

El recuerdo que se tiene de Valerio se encuentra dotado de la bondad y el respeto que se debe a la memoria de los muertos.

Como el relato del que es objeto este análisis termina cuando el sujeto obtiene la reivindicación de su historia es posible formularlo de la siguiente manera:

$$H \{S1 \rightarrow (S2 \cap O)\}$$

La formula anterior se explica del siguiente modo: Un hacer que implica un estado inicial a partir de la cual sucede una transformación que da lugar a un estado final cuya operación culmina con la conjunción del objeto, a este proceso se le da el nombre de adquisición.

Con este precedente se pasa a postular, a partir del esquema narrativo canónico, cuál es la estructura que guía la comprensión del relato. En este sentido se plantea el esquema de la búsqueda compuesto fundamentalmente por cuatro tipos de actantes, Destinador Destinario, Sujeto y Objeto. La premisa que estructura este esquema refiere que la búsqueda es un modo de atribuir valor a los objetos, que es en última instancia lo que determina el recorrido del sujeto.

En el caso de destinador-destinatario se da de las siguientes maneras:

Contrato (o manipulación) $\rightarrow$ acción $\rightarrow$ sanción

Y en el recorrido del par sujeto-objeto es:

Competencia $\rightarrow$ performance $\rightarrow$ consecuencia

Con el agravante de que se genera un segundo recorrido, incorporado en el primero,

Acción = competencia $\rightarrow$ performance $\rightarrow$ consecuencia

En el relato de “Valerio o el calavera se expresa del siguiente modo:

El sujeto manipulador, manipulado por la compasión, (S1), que en este caso es quien se hace llamar “amiga”, puesto que mediante su acción (H1) “escribir” intenta que (S2) quienes recuerdan a Valerio doten su (H2) memoria de eso que carece, un buen recuerdo, coloreado de valor moral, para que al final ellos (S3) recuerden a Valerio como un hombre virtuoso (O). Lo anterior, puede plantearse mediante la siguiente formulación.

S1= Amiga

H1= Escribe

S2= quienes recuerdan a Valerio

H2= transformar el recuerdo

S3= sujetos dotados de un recuerdo virtuoso de Valerio

O= valores de Valerio.

$$H1 \{ S1 \rightarrow H2 \{ S2 \rightarrow (S3 \cap O) \} \}$$

Respecto a la acción es necesario anotar que ésta finalmente sucedió porque se dieron las condiciones para que emergiera la transformación, en este caso que aparezca un texto que nutra una memoria colectiva y obtenga la sanción que resalte los “(...) infinitos rasgos de bondad (que) han pasado también desapercibidos en medio de tus compatriotas (...)” esta es una señal de cambio, que inicia por quien lo escribió, una “(...) amiga que sabe olvidar tus faltas i quiere honrar tus virtudes”.

4. Algunos elementos sobre la función actancial

El objetivo de esta parte del análisis consiste en tener cierta claridad acerca de lo que es un actante, cuáles son suíómodol y cómo se aplican en el análisisyŷ eŷŷesal efecto es pŷŷtinente partir de su definición. Un actante “(...) es una entidad abstracta cuya identidad funcional es necesaria para la predicación narrativa”.⁷¹ Lo anterior se refiere al carácter dialéctico del relato, en tanto muestra un conflicto inherente a la identidad, a partir de una entidad que permanece (idem) y que cambia (ipse). De este modo, lo que constituye los rasgos que identifican a un actor, son aquellos elementos de carácter predicativo que permanecen y dotan de coherencia el relato. En la frase “¡Tú no vives ya, sensible i jeneroso Valerio! Pasó tu existencia como un relámpago, i tus nobles acciones, tus infinitos rasgos de bondad han pasado también desapercibidos en medio de tus compatriotas que llevaban una cuenta exacta de los errores, calaveradas y deslices de tu juventud”. Vemos que el actor lleva a cabo movimientos que dan cuenta de cambios, por ejemplo, “no vives” con la implicación de no estar o estar muerto, pero que a la vez muestra la permanencia invariable del actante (muerto) en condición de recuerdo.

Lo importante de este fenómeno llamado identidad es que en los actantes y los actores se encuentran en permanente cambio. Es decir, si se tiene en cuenta que existen dos clases de transformaciones; en la primera el recorrido es fijo y se relaciona la identidad del actante y la del actor con el rol, “Pasó tu existencia como un relámpago, i tus nobles acciones, tus infinitos rasgos de bondad han pasado también desapercibidos (...)”. En segunda instancia el recorrido abierto construye su identidad en este caso el destinador que realiza la acción “(...) la amiga que sabe olvidar tus faltas i quiere honrar tus virtudes.” Va cambiando la identidad del actor actante Valerio.

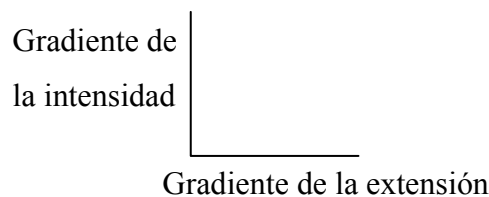
La concepción de actante posicional ayuda a entender, a partir del plano de la mira y la captación, la posición del actante. En este caso “la amiga” está en el punto de mira o fuente desde donde se dirige a la evocación de la presencia de Valerio, punto de captación o blanco.

⁷¹ FONTANILLE, Jacques. *Semiótica del discurso*. Lima: Universidad de Lima y Fondo de Cultura Económica, 2001.

En este relato es posible poner en evidencia que la intención del actante transformacional en cambiar la versión que se tiene de la vida de Valerio, la cual depende inicialmente del deseo de buscar que se dé un valor moral a sus buenas acciones, por sobre las “calaveradas”, y que la transformación depende de la comunicación, que en este caso es la emergencia de un relato que busca la transformación de la memoria colectiva, dirigido de un destinador “amiga” a un destinatario “conocidos de Valerio que lo lean y lo recuerden”.

4. Aproximación a la aplicación del esquema tensivo y cuadrado semiótico.

La funcionalidad del esquema tensivo consiste en mostrar gráficamente los grados de la relación entre lo sensible y lo inteligible, para mostrar el modo en que gradualmente se produce aumento o disminución de la tensión. En este caso el relato tiene una formación ascendente que inicia con un desborde de intensidad que tensiona afectivamente. ¡Tú no vives ya, sensible i jeneroso Valerio! Pasó tu existencia como un relámpago.

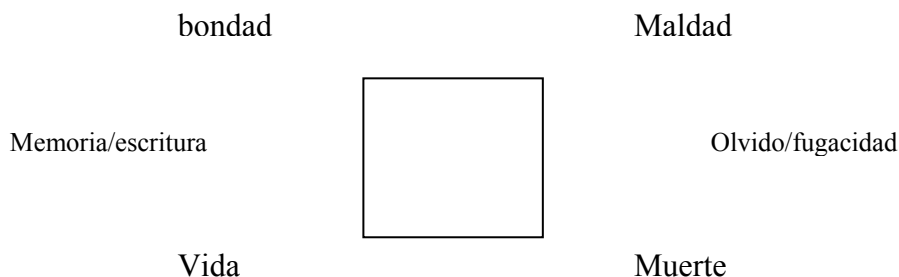


En la toma de posición, la operación significativa manifiesta una presencia, “Tú no vives ya” (interoceptivo), antes de que aparezca como sujeto “sensible i jeneroso Valerio” (exteroceptivo). La relación de la experiencia perceptiva y afectiva va siendo expuesta por la enunciación del espacio, del tiempo o del actor; lo cual, permite que se ubique en el gradiente de la intensidad o de la extensión. En la medida en que se van uniendo estas dos percepciones se va haciendo la toma de posición. En el relato se ve cuando se unifican en el actor que hace de “la amiga” puesto que ella comparte la necesidad cognitiva de que las buenas acciones de Valerio no sean olvidadas y el dolor de que sea recordado como un “calavera”. Este hecho se expresa en el siguiente momento: “Mas, existen casi todos los objetos que amaste, i ellos, si por casualidad leen estos renglones, al derramar nuevas lágrimas consagradas a tu memoria dirigirán en el fondo de su alma una acción de gracias a la amiga que sabe olvidar tus faltas i quiere honrar tus virtudes”.

En este sentido es posible constatar que la toma de posición del sujeto “amiga” vuelve sobre sí en la realización de las acciones que conducen a la transformación, mediante la toma de conciencia de los “infinitos rasgos de bondad de Valerio que van a permanecer como una nueva ordenación en un escrito.

Respecto al cuadrado semiótico, este permite establecer las principales oposiciones de carácter binario que forman la estructura del texto. El esquema posee una organización

axiológica que dispone de un polo negativo y uno positivo, en el que se expresa el sistema de valores en el que sucede la narración.



A partir de este cuadrado semiótico, se pueden poner al descubierto dos oposiciones, en primer lugar, desde el título “Valerio o el calavera” se opone la bondad de quien se orienta por unos valores y quien no. En el segundo eje, hablar de vida y muerte supone que quien es considerado bueno vive y tiene la posibilidad de permanecer en la escritura mientras que quien ha sido más malo que bueno, sus pocas acciones buenas se someten a la fugacidad el olvido que significa la muerte.

5. Conclusión

Este texto permite pensar la vida humana, en especial lo que constituye la memoria colectiva y la función de quien escribe la historia, en este caso, se trata de reivindicar la existencia de alguien que es recordado más por su maldad, lo cual no lo hace un sujeto malo sino con pocos valores morales, que permanecerá en la memoria como anti-ejemplo. Sin embargo, la transformación que se opera en el relato pretende reivindicarlo para la historia. Lo anterior, es consecuente con lo que plantea Ricoeur cuando afirma que al ser humano las únicas historias que no le pertenecen son las de su nacimiento, porque hacen parte de quienes vivieron ese momento y pueden contarlos; y la de la muerte que corresponde a quienes construyen las versiones de lo que fue su vida.

Además, el proceso transformacional que puso de manifiesto el análisis semiótico, está en perfecta coincidencia con los planteamientos desarrollados en “la construcción del sí mismo a partir del discurso narrativo como un proceso semiótico”. Esto en la medida en que el cambio y la permanencia no solo son constitutivas de la narración; dado que los relatos se ocupan de lo humano, es una cuestión más bien inherente a nuestra constitución ontológica. Lo anterior es susceptible de ser demostrado a partir de la noción de identidad narrativa; la cual, comparte los elementos que fundan la identidad tanto personal como colectiva. Se trata de la oposición entre mismidad e ipseidad, las cuales refieren a lo mismo, lo que permanece y a lo que cambia, lo que puede ser de otra manera, así como a la alteridad. Con relación al fragmento analizado es importante poner el acento en el tipo de transformación de la que se ocupó el análisis, es la modificación de la versión discursiva que se tenía de una persona. Esto da la posibilidad de indagar a cerca del papel de quien hace la historia; es decir, si lo que se pretende es someterla al discurso como inmodificable, o si a partir de allí se pueden operar cambios que la afecten.

Lo anterior, da cuenta de las posibilidades que se abren en torno al relato, aplicables a la vida. En este sentido puede decirse que el peso de la historia no constituye una determinación para el porvenir; tal sería el móvil atribuible a Josefa Acevedo de Gómez, al intentar dar testimonio de las formas en que se puede cambiar el curso de las cosas, sin desconocer lo que sucedió, pero con la plena conciencia de la responsabilidad que implica el futuro; en el caso del objeto de análisis, se puede representar esta noción con los hijos y la esposa de Valerio, quienes serán los depositarios de la nueva versión. Además, la autora se manifiesta como agente de la acción que implica pensar la vida de un modo distinto; por lo cual se imputa moralmente la novedad en el pensamiento que pueda suscitar su trabajo. Este bien puede ser un ejemplo para quien se interesa en la investigación en literatura, ser testimonio, de ese sí mismo que se configura en una narración y que se compromete con el futuro a partir de las iniciativas que permitan pensar al hombre colombiano de un modo más justo, es decir que por un pasado de violencia que se sedimenta como si no hubiese otra cosa, siempre existe la articulación con el mundo de lo posible, mundo que es más incluyente y que forja las expectativas en la esperanza y en la acción. Esta es, talvez, la exigencia que pone este trabajo con los textos, configurar sociedades más justas y más incluyentes, en proyectos realizables sobre los cuales cada quien ha de responder ¡heme aquí!